

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



Benedicto XVI
en España

Peregrino entre
los peregrinos

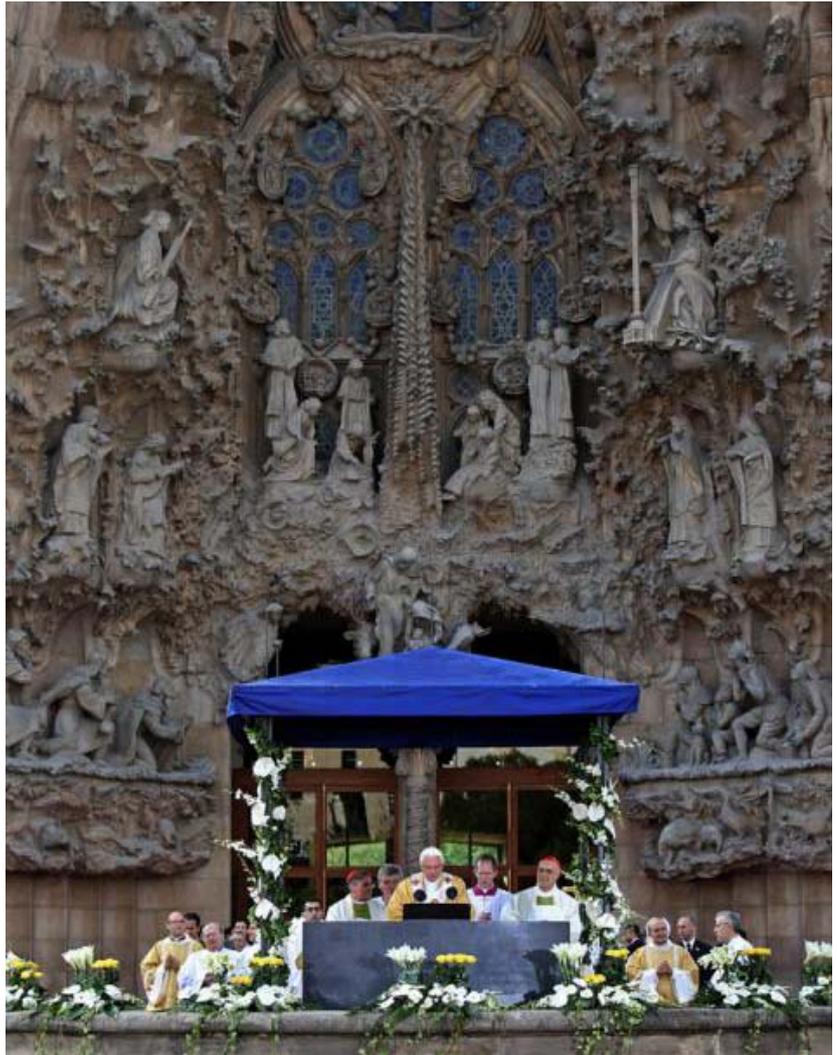
Consagración del
templo de la
Sagrada Familia

La Sagrada Familia,
templo expiatorio

La realeza de Cristo
y de María

San André Bessette,
apóstol de san José

¡GRACIAS, SANTO PADRE!



«... yo quisiera invitar a España y a Europa a edificar su presente y a proyectar su futuro desde la verdad auténtica del hombre, desde la libertad que respeta esa verdad y nunca la hiere, y desde la justicia para todos, comenzando por los más pobres y desvalidos. Una España y una Europa no sólo preocupadas de las necesidades materiales de los hombres, sino también de las morales y sociales, de las espirituales y religiosas, porque todas ellas son exigencias genuinas del único hombre y sólo así se trabaja eficaz, íntegra y fecundamente por su bien.»

Año LXVII- Núm. 952
Noviembre 2010

BENEDICTO XVI (Santiago de Compostela)

Sumario

¡Gracias, Santo Padre! <i>Josep M. Mundet Gifre</i>	3
Benedicto XVI en España: Santiago de Compostela y Barcelona <i>Jorge Soley Climent</i>	4
Palabras del Papa a su llegada al aeropuerto de Santiago de Compostela	8
Palabras del arzobispo de Santiago de Compostela	9
Homilía del Santo Padre en la misa celebrada en la plaza del Obradoiro	10
Palabras de bienvenida del cardenal Lluís Martínez Sistach	12
Homilía del Santo Padre en la misa de consagración de la iglesia de la Sagrada Familia	13
Palabras del Santo Padre en la visita a la obra benéfico-social Nen Déu	15
Palabras del Papa a los periodistas en el avión que le conducía a Santiago de Compostela	16
El Camino de Santiago: sentido histórico y actual de la peregrinación <i>Bruno de Salvador Sala</i>	18
La Sagrada Familia, templo expiatorio <i>Carlos Mas de Xaxars Gassó, pbro.</i>	22
«San José acabará el templo» <i>José-Javier Echave-Sustaeta del Villar</i>	26
Gaudí y la Sagrada Familia <i>Javier Barraicoa</i>	29
La Sagrada Familia: «La fe de los sencillos es la fuerza de la Iglesia» <i>Gerardo Manresa Presas</i>	32
La realeza de Cristo y de María. <i>Guillermo Pons Pons</i>	34
San André Bessette, apóstol de la devoción a san José <i>Marta Montagut Porcar</i>	37
Contemplando la vida de Cristo. La casa de san Pedro <i>Ramón Gelpí</i>	40
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	42
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	43
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	45

Edita

Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre

Redacción y Administración

Duran i Bas, 9, 2ª

Redacción: 93 317 47 33

Administración y fax: 93 317 80 94

08002 BARCELONA

<http://www.orlandis.org>

E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

NOVIEMBRE ha sido para los católicos españoles el mes del viaje del Papa a España. Un viaje más, pero con unas características muy particulares, en especial su venida a Barcelona para consagrar y elevar a la categoría de basílica el templo expiatorio de la Sagrada Familia. Antes, pero, acudiría a Santiago de Compostela como un peregrino más en las postrimerías de este Año Santo. En uno y otro lugar, su enseñanza ha tocado temas que no nos pueden dejar indiferentes. Por eso el lector hallará en estas páginas las palabras más relevantes pronunciadas durante su viaje, sin olvidar las que dijo respondiendo a las preguntas de los periodistas que le acompañaban en el avión que le llevaba a Santiago de Compostela.

Junto a la tumba del Apóstol, Benedicto XVI evocó un tema sobre el que ya insistía su antecesor Juan Pablo II y que él también ha citado a menudo: las raíces cristianas de Europa. La fe de Europa se manifestaba en el pasado de muchas maneras: en la cultura, en las costumbres, en las relaciones sociales, en la vida familiar, y en este Camino de Santiago que miles de peregrinos trazaron con su fervor y su penitencia. El Papa llama a Europa a reencontrarse con sus orígenes, a recuperar su fe en Dios: «Es necesario que Dios vuelva resonar gozosamente bajo los cielos de Europa». Es una tarea con la que todos debemos sentirnos comprometidos.

No es habitual que un papa consagre una iglesia. Por ello la consagración del templo de la Sagrada Familia adquiere una significación especial. A sus méritos artísticos se une el valor de este gesto del Papa. Millones de personas que contemplaron en directo la ceremonia –la espléndida, bella, emotiva ceremonia– no podrán olvidar nunca que este templo, visitado diariamente por miles de personas procedentes de todo el mundo, es obra de un artista cristiano genial que trabajaba para Dios, y que a partir de ahora esta obra genial, magnífica, está destinada al sacrificio eucarístico y a la gloria de la Familia de Nazaret. La homilía de Benedicto XVI merece ser leída atentamente por la riqueza de contenidos: recordó a los santos que ha dado la tierra catalana, habló de la entrega de Gaudí, de la devoción a san José, de la Belleza, «signo visible del Dios invisible», de la dignidad del hombre...

De la Sagrada Familia hemos querido destacar su carácter de templo expiatorio. A ello responde el artículo de nuestro colaborador mosén Carlos Mas de Xaxars. Expiatorio –fruto del sacrificio y con sentido de reparación por los pecados del mundo– debía ser según la voluntad de sus iniciadores; y expiatorio era para Gaudí. Otros artículos aportan más datos sobre el templo y sobre la personalidad de su arquitecto.

Nueva gloria para san José ha sido la canonización, el pasado 17 de octubre, de san André Bessette, el humilde portero del colegio de la Congregación de la Santa Cruz de Montreal, impulsor del monumental santuario de San José de la ciudad canadiense, a quien Dios concedió el don de hacer milagros, de quien el doctor Francisco Canals era ferviente devoto. Le recuerda el artículo de Marta Montagut.

¡Gracias, Santo Padre!

DESDE que Paulo VI peregrinó a Tierra Santa, los viajes de los papas fuera de la península italiana se han sucedido ininterrumpidamente. Juan Pablo II fue un papa viajero que en su larguísimo pontificado recorrió el mundo entero y congregó a millones de personas para anunciarles de viva voz el mensaje evangélico. Benedicto XVI, a pesar de su avanzada edad, ha seguido esta costumbre y en estos meses de noviembre lo hemos tenido entre nosotros. La visita de un papa es siempre un acontecimiento nuevo, una presencia renovada de quien es, en expresión de santa Catalina de Siena, «el dulce Cristo en la tierra». Con su paso entre nosotros nos hemos sentido reconfortados, «confirmados en nuestra fe», miembros de la Iglesia universal que preside el Sucesor de Pedro desde Roma y que tiene a Cristo por Cabeza. Por eso exclamamos con gozo ¡gracias, Santo Padre!

Gracias, Santo Padre, por venir de nuevo a España. Esta nación, en otro tiempo espiritualmente rica, está hoy socialmente desorientada, agobiada por un laicismo agresivo, que destruye la familia, enfría los corazones, aleja a la juventud de los sacramentos, abre el camino al materialismo más feroz y despiadado...; esta nación necesita sentir vuestra presencia y escuchar vuestra palabra, que reafirma nuestra fe y nos une como miembros de la familia de los discípulos de Cristo.

Gracias por acudir a Santiago de Compostela y ser un peregrino más para recordarnos que nuestra vida es un peregrinaje hacia la patria celestial. Desde Santiago habéis hablado a Europa, esta Europa que parece haber olvidado sus raíces cristianas, pero que en otro tiempo llegó a Compostela «para ponerse a los pies de Santiago y dejarse transformar por el testimonio de su fe» y trazar caminos de cultura, de oración, de misericordia y de conversión.

Gracias por venir a Barcelona, «la gran metrópoli», en acertada y sugerente imagen apocalíptica de nuestro arzobispo. Barcelona –Cataluña– se ha distinguido en el pasado por su amor a la Cátedra de Pedro, por su «romanidad». El dominico fray Tomás de Rocabertí, gloria de nuestro siglo XVIII, escribió la *Bibliotheca maxima pontificia*, en veintidós volúmenes, la más vasta enciclopedia nunca reunida sobre la autoridad pontificia. Cataluña ha sido patria de santos, de mártires, de fundadores, siempre en íntima comunión y fidelidad a las consignas del Sumo Pontífice. Nuestro «santo obispo» Torras i Bages, en *La tradició catalana* y en otros muchos escritos, nos dejó muestras de este amor de los catalanes de ayer hacia el Sucesor de Pedro. Hoy sólo podemos desear que vuestra visita sirva para reavivar en nosotros este amor, signo del vigor de nuestra fe.

Gracias por consagrar para el culto nuestro templo expiatorio de la Sagrada Familia. Porque es cierto que se trata de una excelsa obra de arte, cuya fama ha llegado a todos los rincones de la tierra; pero es más cierto aún que esta obra de arte ha sido posible gracias a la voluntad de miles, de millones de devotos que querían un templo dedicado al culto a la Sagrada Familia y a san José y que con sus humildes aportaciones hicieron que la genialidad de Gaudí pudiera plasmarse en piedra. Vuestro gesto, Santo Padre, creemos que habrá sido fundamental para que se disipen todas las dudas sobre la finalidad y la finalización de esta obra. Gracias también por reivindicar a Gaudí como artista cristiano, como cristiano consecuente, porque, según vuestras palabras, supo superar la escisión entre la belleza de las cosas y Dios como Belleza.

Gracias, Santo Padre, por haber honrado a san José en vuestra homilía al recordar las palabras de Gaudí «san José acabará el templo» y aludir también a que vos lleváis el nombre de pila de José. Esta revista siente como especial tarea la de difundir la devoción al santo Patriarca siguiendo el impulso que le imprimieron dos de sus redactores ya fallecidos, Francisco Canals y José M.^a Petit. En el cielo ellos también habrán celebrado la consagración del templo y vuestras palabras.

Gracias por vuestra visita a la obra del Nen Déu. La Iglesia demuestra su fe en la caridad, en su amor al prójimo, especialmente hacia los más débiles. Este mundo parece valorar sólo lo fuerte, lo sano, y quiere esconder lo débil, lo enfermo. Pero la Iglesia reivindica el valor de toda criatura ante los ojos de Dios. Vuestras palabras, no por oídas muchas veces de labios vuestros o de vuestros predecesores, dejan de ser necesarias cuando cada día se atenta contra la vida de los más débiles: «es imprescindible que los nuevos desarrollos tecnológicos en el campo médico nunca vayan en detrimento del respeto a la vida y dignidad humana, de modo que quienes padecen enfermedades o minusvalías psíquicas o físicas puedan recibir siempre aquel amor y atenciones que los hagan sentirse valorados como personas en sus necesidades concretas».

Santo Padre, vuestra reciente visita a España nos ha llenado de gozo. Nos ha parecido una fiesta serena, amable, llena de riqueza espiritual, de gestos simbólicos, de esperanza, de la presencia entre nosotros del «dulce Cristo en la tierra». Por todo ello, ¡muchas gracias, Santo Padre!

JOSEP M. MUNDET GIFRE,
director

Benedicto XVI en España: Santiago de Compostela y Barcelona

JORGE SOLEY CLIMENT

Exultantes de alegría y gozo

ESCRIBIMOS estas líneas exultantes de alegría y gozo por el regalo que hemos recibido con la visita apostólica de Benedicto XVI a Santiago de Compostela y Barcelona, una visita por la que no podemos menos que expresar nuestra profunda gratitud al Papa. Y es que este viaje se ha vivido con una intensidad inusitada, algo habitual en todo lo que envuelve al Vicario de Cristo, pero que las circunstancias por las que está pasando España han potenciado más si cabe. Como dijo el Papa en el coloquio que mantuvo con los periodistas a bordo del avión que le llevaba a Santiago, «en España ha nacido una laicidad, un anticlericalismo, un secularismo fuerte y agresivo como lo vimos precisamente en los años treinta, y esta disputa, más aún, este enfrentamiento entre fe y modernidad, ambos muy vivaces, se realiza hoy nuevamente en España». El clima previo (y posterior, con los sucesos del Valle de los Caídos) confirma lo verdadero del juicio del Papa, por mucho que escandalice a quienes prefieren los discursos huecos y un lenguaje políticamente correcto que no osa llamar a las cosas por su propio nombre. Las oleadas de odio hacia la Iglesia desatado por parte de un laicismo que cada día que pasa disimula menos y se torna más y más agresivo no tiene precedente más que en el oscuro periodo histórico al que el Papa se refería.

Pero con lo que no contaban estos profetas del odio era con un Papa, verdadero Cristo en la Tierra, claro y valiente a un tiempo, pero al mismo tiempo delicado y entrañable, un verdadero padre que no puede ocultar su amor por sus hijos, que les habla de lo que debe hablarles, aunque les duela, pero que siempre lo hace con cariño, con esa mirada y esos gestos que desarmen a cualquiera persona de buena voluntad. Esto fue lo que vivimos en las dos jornadas en que el Papa estuvo en nuestra tierra.

En el vuelo rumbo a Santiago

AUNQUE las palabras referidas al secularismo agresivo hayan sido las más destacadas por la prensa, la rueda de prensa en el avión que llevaba al Papa desde Roma al aeropuerto de

Lavacolla fue aprovechada para hacer una especie de resumen ex ante de lo que iba a ser la visita apostólica. Allí el Papa habló de que la identidad europea era una identidad espiritual formada a través de las peregrinaciones y de su amor hacia España que explica el privilegio de ser el país al que más ha viajado. También allí avanzó la idea de que el templo expiatorio de la Sagrada Familia es «un signo precisamente para nuestro tiempo». En la visión de Gaudí, afirmaba el Papa, se perciben sobre todo tres elementos: «El primero es la síntesis entre continuidad y novedad, tradición y creatividad.[...] En segundo lugar, Gaudí buscaba este trinomio: libro de la naturaleza, libro de la Escritura, libro de la liturgia.[...] Y finalmente hay un tercer punto: esta catedral nació por una devoción típica del siglo XIX: san José, la Sagrada Familia de Nazaret, el misterio de Nazaret, pero esta devoción de ayer es de grandísima actualidad, porque el problema de la familia, de la renovación de la familia como célula fundamental de la sociedad, es el gran tema de hoy». Actualidad pues rabiosa para un mundo que necesita urgentemente volver la mirada a la iglesia doméstica de Nazaret.

Peregrino en Santiago: es necesario que Dios vuelva a resonar gozosamente bajo los cielos de Europa

YA desde el primer momento de su viaje a España el Papa fue testigo del amor filial y el agradecimiento de los españoles, algunos de los cuales habían dormido la noche al raso para poder darle la bienvenida. Tras un breve discurso, que Benedicto XVI concluyó con una invitación «a España y a Europa a edificar su presente y a proyectar su futuro desde la verdad auténtica del hombre», el recorrido desde Lavacolla hasta el Obradoiro a bordo del papamóvil fue seguido por una multitud de personas deseosas de ver al Papa y expresarle el amor que la mayoría de los españoles sienten hacia Pedro. Una muestras de afecto que se repetirían en todas las etapas del breve pero intenso viaje.

Para la memoria quedan tres momentos inolvidables: el Papa, que afirmó venir como peregrino en su primer discurso poco después de aterrizar, vis-



tiendo la capa con esclavina decorada con las conchas de peregrino y abrazando al Apóstol; la mirada interesada de Su Santidad al contemplar el botafumeiro, con fondo de obispos y cardenales entonando el himno al apóstol Santiago (alguno con verdadero entusiasmo) y la emotiva Salve marinera interpretada por los de la Escuela Naval de Marín, signo del fervor mariano de un pueblo y de un ejército que se resiste a plegarse a las exigencias secularizadoras del actual gobierno.

Ya en la plaza del Obradorio, Benedicto XVI, durante la homilía, se preguntó por la aportación del Evangelio a Europa, esa Europa que es hija de la Iglesia, para responder con una sencillez genial y cargada de consecuencias: «Su aportación se centra en una realidad tan sencilla y decisiva como ésta: que Dios existe y que es Él quien nos ha dado la vida», algo que se resume, en sugerencia del papa en «Santa Teresa de Jesús cuando escribió: “Sólo Dios basta”».

Pero el Papa no ignora que es precisamente el abandono de esta concepción el proyecto que caracteriza a la actual Europa y así afirmó: «Es una trage-

dia que en Europa, sobre todo en el siglo XIX, se afirmase y divulgase la convicción de que Dios es el antagonista del hombre y el enemigo de su libertad. Con esto se quería ensombrecer la verdadera fe bíblica en Dios, que envió al mundo a su Hijo Jesucristo, a fin de que nadie perezca, sino que todos tengan vida eterna». Frente a esta pretensión demoníaca, la Iglesia proclama a los cuatro vientos (aunque le valga la persecución y la muerte) que «Dios es el origen de nuestro ser y cimiento y cúspide de nuestra libertad; no su oponente». Recapitulaba Benedicto XVI afirmando, con voz llena de esperanza sobrenatural, que no humana, que «es necesario que Dios vuelva a resonar gozosamente bajo los cielos de Europa».

En Barcelona, desde el balcón del obispado

EXISTÍA expectación sobre el recibimiento que la ciudad de Barcelona iba a dar a Benedicto XVI. Mucho se habían esforzado para que ésta fuera alicaída, para que quienes tildan a la Igle-

¿Cuál es la aportación específica y fundamental de la Iglesia a esa Europa, que ha recorrido en el último medio siglo un camino hacia nuevas configuraciones y proyectos? Su aportación se centra en una realidad tan sencilla y decisiva como ésta: que Dios existe y que es Él quien nos ha dado la vida.

Benedicto XVI: Homilía en Santiago de Compostela

sia de Infame tuvieran el máximo protagonismo: desde dinero público y complicidades gubernamentales hasta un protagonismo exagerado hasta el infinito por parte de algunos medios de comunicación. Pero la realidad fue otra muy distinta. Miles de personas, familias enteras, pero sobre todo muchos jóvenes, catalanes y también llegados de otros puntos de la geografía española, se agolparon en torno a la catedral y el palacio arzobispal para dar la bienvenida al Sumo Pontífice en esta su primera visita a la Ciudad Condal. Muchos llegaban de las horas santas, como la que vivimos en Balmesiana, y el fervor espiritual se expresaba con cantos, velas encendidas, banderas vaticanas, catalanas y españolas con el Sagrado Corazón y aumentaba a medida que se acercaba la hora prevista para la llegada del Papa. Tras la espera, la explosión de júbilo cuando el coche con el Papa llegó, raudo, a su destino, como queriendo gritar muy alto, para que se enterara toda Barcelona, también los inquilinos de la vecina plaza de San Jaime, que la ciudad ama a su Papa.

El coche había pasado como una exhalación y la gente ya empezaba a dispersarse feliz (a la mañana siguiente había que madrugar), cuando el Papa nos dejó un regalo que compensó con creces las horas de pie de espera al salir a saludar desde el balcón del Palacio episcopal. El Papa estaba cansado, pero quiso tener ese detalle de cariño con quienes le habían expresado tanto amor. De los grupos contrarios a la visita papal, a los que tanto protagonismo les había dado una cierta prensa, ni rastro (luego nos enteramos de que unas sesenta personas se habían reunido en la Vía Layetana convocadas por la CGT).

En la Sagrada Familia con san José y en defensa de la familia

LA mañana del domingo amaneció temprano para las miles de personas que asistieron a la consagración del templo expiatoria de la Sagrada Familia, ahora también basílica menor, y las amenazas de lluvia no sólo no se cumplieron, sino que Barcelona recibió a Benedicto XVI con un día esplendoroso. El Papa estuvo arropado en todo momento: a lo largo del recorrido en papamóvil, en los alrededores del templo y en su interior, e incluso por aquellos que, debido a la imposibilidad de albergarlos en las calles adyacentes debieron seguir, con fervor encomiable, la ceremonia desde el interior de la plaza de toros de la Monumental.

La ceremonia de consagración de la iglesia fue de una gran belleza litúrgica, cuidadísima, acompañada de una perfecta combinación de música sacra

y cantos, como el Credo cantado en catalán (el tradicional *Crec en un Déu*), consiguiendo asombrar a los miles de asistentes a la ceremonia y a los cientos de miles que la estaban siguiendo por televisión con una serie de ritos poco frecuentes (no se consagra un templo cada día) pero cargados de un potentísimo simbolismo.

Quiso empezar Benedicto XVI ensalzando la fe y la vida de Gaudí y recordando a tantos santos nacidos en estas tierras, entre los que quiso incluir a los mártires de la persecución religiosa de la década de los años treinta, al afirmar sin dejar espacio para interpretaciones sesgadas que «este acto es también, de algún modo, el punto cumbre y la desembocadura de una historia de esta tierra catalana que, sobre todo desde finales del siglo XIX, dio una pléyade de santos y de fundadores, de mártires y de poetas cristianos».

Pasó luego el Papa a destacar la importancia en la génesis del templo de la Sagrada Familia de la devoción a san José, a quien, en palabras del propio Gaudí, debemos esta maravilla artística que lleva el Evangelio a todo el pueblo. Así, el Papa afirmó que «La alegría que siento de poder presidir esta ceremonia se ha visto incrementada cuando he sabido que este templo, desde sus orígenes, ha estado muy vinculado a la figura de san José. Me ha conmovido especialmente la seguridad con la que Gaudí, ante las innumerables dificultades que tuvo que afrontar, exclamaba lleno de confianza en la divina Providencia: «San José acabará el templo». Por eso ahora, no deja de ser significativo que sea dedicado por un Papa cuyo nombre de pila es José».

El Papa, a lo largo de su homilía, realizó una catequesis de la Belleza, «signo visible del Dios invisible, a cuya gloria se alzan estas torres, saetas que apuntan al absoluto de la luz y de Aquel que es la Luz, la Altura y la Belleza misma». Recordó cómo Gaudí había introducido la Creación dentro del templo, al tiempo que había sacado los retablos afuera, para que así los hombres de nuestra época pudieran contemplar los misterios de la vida de Jesucristo tal y como se exponen en esa oración también apropiada para nuestra época del rosario, oración de los sencillos. Las reiteradas referencias al templo como reflejo de la nueva Jerusalén celestial desplegaron una serie de imágenes que ayudaron a comprender el significado de una liturgia que Benedicto XVI cuidó con detalle exquisito.

A continuación, el Papa, fiel a su ministerio, abandonó discursos autocomplacientes y no dudó en afirmar que la necesidad de consagrar la Sagrada Familia, algo inaudito en una época como la nuestra que ya no construye catedrales, es necesaria precisamente porque los hombres se han alejado de Dios como nunca en la historia: «pienso que la dedicación de

este templo de la Sagrada Familia, en una época en la que el hombre pretende edificar su vida de espaldas a Dios, como si ya no tuviera nada que decirle, resulta un hecho de gran significado».

Allí donde está san José está la Sagrada Familia de Nazaret, y el Papa reiteró la doctrina de la Iglesia al pedir ayuda y protección para la familia y recordar que «el amor generoso e indisoluble de un hombre y una mujer es el marco eficaz y el fundamento de la vida humana en su gestación, en su alumbramiento, en su crecimiento y en su término natural. Sólo donde existen el amor y la fidelidad, nace y perdura la verdadera libertad», palabras que en la España del siglo XXI suenan a polémicas, lo que no hace más que confirmar el profundo desvarío en que nos encontramos sumidos. Como la defensa de la vida de los más débiles que el Papa, con valentía y serenidad, volvió a proclamar ante los poderosos de este mundo al afirmar que la Iglesia aboga «para que se defienda la vida de los hijos como sagrada e inviolable desde el momento de su concepción [...] Por eso, la Iglesia se opone a todas las formas de negación de la vida humana y apoya cuanto promueva el orden natural en el ámbito de la institución familiar».

Al acabar la ceremonia, el Papa salió a la fachada del Nacimiento, engalanada con unas preciosas alfombras de flores, para rezar el Ángelus entre aclamaciones. Allí, Benedicto XVI volvió a proclamar a los cuatro vientos «la dignidad y el valor primordial del matrimonio y la familia, esperanza de la humanidad, en la que la vida encuentra acogida, desde su concepción a su declive natural». También recordó a san José Manyanet y su obra de difusión de la devoción a la Sagrada Familia entre el pueblo catalán, para acabar con una referencia a la caridad de Gaudí y a su convicción de que «los pobres siempre han de encontrar acogida en el templo, que es la caridad cristiana».

En el hospital del Nen Déu, con los predilectos de Cristo

LA tarde nos tenía reservado un acto más familiar y entrañable, en el que Benedicto XVI visitó la Obra del Nen Déu, dedicada a la asistencia de niños enfermos y necesitados. Asistimos aquí a la visión de un Papa emocionado que disfrutó de la compañía de estos niños discapacitados y sus familias, saludándoles y bendiciéndoles uno a uno, como un abuelo que goza entre los suyos y mostrando la predilección de Cristo por los más débiles.

Allí escuchó a los niños cantar y expresarle su cariño, a lo que el Papa respondió que «para el cris-

tiano, todo hombre es un verdadero santuario de Dios, que ha de ser tratado con sumo respeto y cariño». Luego recordó a una sociedad que mata a los discapacitados cuando los detecta antes de nacer que «es imprescindible que los nuevos desarrollos tecnológicos en el campo médico nunca vayan en detrimento del respeto a la vida y dignidad humana, de modo que quienes padecen enfermedades o minusvalías psíquicas o físicas puedan recibir siempre aquel amor y atenciones que los haga sentirse valorados como personas en sus necesidades concretas».

Se despedía Benedicto XVI «dando gracias a Dios por vuestras vidas, tan preciosas a sus ojos, y asegurándoos que ocupáis un lugar muy importante en el corazón del Papa». Contemplando su rostro saltaba a la vista.

Hasta pronto, Santo Padre

FALTABA sólo el acto de despedida en el aeropuerto de El Prat, tras la breve reunión con el hasta entonces desaparecido presidente del gobierno Rodríguez Zapatero (raudo siempre para «rezar» junto a Obama o a cualquier socio de la pretenciosa y plúmbea «Alianza de civilizaciones» pero alérgico al Papa y al pueblo católico). Aprovechó el Papa para enlazar las dos etapas de su visita y recordar lo que fue la Cristiandad, verdadero ideal de civilización cristiana que superaba con los lazos de fe las diferencias nacionales y que Benedicto XVI presentó como objetivo para Europa: «Los caminos que atravesaban Europa para llegar a Santiago eran muy diversos entre sí, cada uno con su lengua y sus particularidades, pero la fe era la misma. Había un lenguaje común, el Evangelio de Cristo. En cualquier lugar, el peregrino podía sentirse como en casa. Más allá de las diferencias nacionales, se sabía miembro de una gran familia, a la que pertenecían los demás peregrinos y habitantes que encontraba a su paso. Que esa fe alcance nuevo vigor en este continente».

Las últimas palabras del Papa en tierras catalanas fueron para expresar nuevamente su amor hacia todos los pueblos de España («con la oración y el pensamiento, he deseado abrazar a todos los españoles») y, recordando que ésta es tierra de María, nos puso bajo su protección, pidiéndole «copiosos dones celestiales, que os ayuden a vivir como una sola familia, guiados por la luz de la fe», único crecimiento que de verdad puede unir a los españoles, y citándonos para la Jornada Mundial de la Juventud del año que viene en Madrid. Allí estaremos, Santo Padre.

«Siento una profunda alegría al estar de nuevo en España»

Palabras del Papa a su llegada al aeropuerto de Santiago de Compostela

[...]

En lo más íntimo de su ser, el hombre está siempre en camino, está en busca de la verdad. La Iglesia participa de ese anhelo profundo del ser humano y ella misma se pone en camino, acompañando al hombre que ansía la plenitud de su propio ser. Al mismo tiempo, la Iglesia lleva a cabo su propio camino interior, aquél que la conduce a través de la fe, la esperanza y el amor, a hacerse transparencia de Cristo para el mundo. Ésta es su misión y éste es su camino: ser cada vez más, en medio de los hombres, presencia de Cristo, «a quien Dios ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención» (1 Co 1,30). Por eso, también yo me he puesto en camino para confirmar en la fe a mis hermanos (cf. Lc 22, 32).

Vengo como peregrino en este Año Santo Compostelano y traigo en el corazón el mismo amor a Cristo que movía al apóstol Pablo a emprender sus viajes, ansiando llegar también a España (cf. Rm 15,22-29). Deseo unirme así a esa larga hilera de hombres y mujeres que, a lo largo de los siglos, han llegado a Compostela desde todos los rincones de la Península y de Europa, e incluso del mundo entero, para ponerse a los pies de Santiago y dejarse transformar por el testimonio de su fe. Ellos, con la huella de sus pasos y llenos de esperanza, fueron creando una vía de cultura, de oración, de misericordia y conversión, que se ha plasmado en iglesias y hospitales, en albergues, puentes y monasterios. De esta manera, España y Europa fueron desarrollando una fisonomía espiritual marcada de modo indeleble por el Evangelio.

Precisamente como mensajero y testigo del Evangelio, iré también a Barcelona, para alentar la fe de sus gentes acogedoras y dinámicas. Una fe sembrada ya en los albores del cristianismo, y que fue germinando y creciendo al calor de innumerables ejemplos de santidad, dando origen a tantas instituciones de beneficencia, cultura y educación. Fe que inspiró al genial arquitecto Antoni Gaudí a emprender en esa ciudad, con el fervor y la colaboración de muchos, esa maravilla que es el templo de la Sagrada

Familia. Tendré la dicha de dedicar ese templo, en el que se refleja toda la grandeza del espíritu humano que se abre a Dios.

Siento una profunda alegría al estar de nuevo en España, que ha dado al mundo una pléyade de grandes santos, fundadores y poetas, como Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Francisco Javier, entre otros muchos; la que en el siglo xx ha suscitado nuevas instituciones, grupos y comunidades de vida cristiana y de acción apostólica y, en los últimos decenios, camina en concordia y unidad, en libertad y paz, mirando al futuro con esperanza y responsabilidad. Moviada por su rico patrimonio de valores humanos y espirituales, busca asimismo superarse en medio de las dificultades y ofrecer su solidaridad a la comunidad internacional.

Estas aportaciones e iniciativas de vuestra dilatada historia, y también de hoy, junto al significado de estos dos lugares de vuestra hermosa geografía que visitaré en esta ocasión, me dan pie para ensanchar mi pensamiento a todos los pueblos de España y de Europa. Como el siervo de Dios Juan Pablo II, que desde Compostela exhortó al Viejo Continente a dar nueva pujanza a sus raíces cristianas, también yo quisiera invitar a España y a Europa a edificar su presente y a proyectar su futuro desde la verdad auténtica del hombre, desde la libertad que respeta esa verdad y nunca la hiere, y desde la justicia para todos, comenzando por los más pobres y desvalidos. Una España y una Europa no sólo preocupadas de las necesidades materiales de los hombres, sino también de las morales y sociales, de las espirituales y religiosas, porque todas ellas son exigencias genuinas del único hombre y sólo así se trabaja eficaz, íntegra y fecundamente por su bien.

Queridos amigos, os reitero mi agradecimiento por vuestra amable bienvenida y vuestra presencia en este aeropuerto. Renuevo mi cariño y cercanía a los amadísimos hijos de Galicia, de Cataluña y de los demás pueblos de España. Al encomendar a la intercesión de Santiago Apóstol mi estancia entre vosotros, suplico a Dios que sus bendiciones alcancen a todos. Muchas gracias.

¡Bienvenido a Compostela!

Palabras del arzobispo de Santiago de Compostela previas a la misa en la plaza del Obradoiro

Bienvenido, Santo Padre, a esta archidiócesis compostelana, a esta ciudad de Santiago, a Galicia, a España! El eco de la voz del apóstol Santiago, Amigo del Señor, sigue resonando entre nosotros. Y multitudes de peregrinos continúan llegando a esta Iglesia de Santiago de Compostela que por su vinculación inmemorial con el Apóstol protomártir hunde sus raíces en el Evangelio de Cristo y mantiene viva su memoria.

Santidad, gracias a Dios el deseo de tenerle entre nosotros, se ha hecho realidad. Aquí le acogemos en este atardecer como los discípulos de Emaús al Señor, pues no pueden ser ajenos a la caridad, aquellos con quienes camina la verdad.

Muchas gracias por haber venido. Estoy seguro de poder hablar en nombre de toda la archidiócesis, de los señores cardenales, arzobispos, obispos y sacerdotes; de los religiosos y laicos de las diócesis hermanas, de Sus Altezas y de las autoridades nacionales, autonómicas y municipales, cuando manifiesto nuestra alegría al recibirle. Hay una frase en las cantigas de la literatura gallega, que describe una entrañable expectación por alguien especial. Dice así: «Eu atendendo ó meu Amigo». Así de entusiasmados esperábamos su llegada.

Al saber que vendría, nos encontramos más sosegadamente alabando a Dios, sabiendo que el sucesor de Pedro nos traería palabras de vida que renovarían nuestra esperanza de peregrinos en camino hacia la gloria. Como «Peregrino de la fe y testigo de Cristo resucitado», se une, Santo Padre, a tantos y tantos peregrinos que en este Año Santo han participado en las gracias jubilaires, haciendo memoria de la Tradición apostólica y procurando los bienes espirituales.

Aquí llegan el Camino de Santiago o los caminos en los que «se contemplan nuevos horizontes que hacen recapacitar sobre las angosturas de la propia existencia y la inmensidad que el ser humano tiene dentro y fuera de sí, preparándole para ir en busca de lo que realmente su corazón anhela». El peregrino vuelve siempre a sus raíces. Tal vez por eso, la maraña de caminos de Santiago sobre un mapa, se parece a una gran raíz. Y en el Camino surgen preguntas necesarias que buscan respuestas clarificadoras.

Jerusalén, Roma, Santiago... Rutas para el espíritu del ser humano, que se rebela a desaparecer bajo la asfixia del materialismo. Caminos para pensar y descubrir por qué razón venimos a este mundo. Sendas abiertas por las huellas de Dios, dando respuesta a la pregunta de por qué aún no somos plenamente felices en nuestra peregrinación terrena a pesar de intentarlo tantas veces.

A este lado del Camino de Santiago necesitamos la revitalización de nuestra fe; el ardor y el coraje de una nueva evangelización para anunciar a Cristo en fidelidad y con creatividad pastoral; la fuerza para seguir peregrinando; la conversión porque hay heridas que sanar; la profundidad que nos rescate de la superficialidad anodina y anestesiada que nos distrae y nos hace olvidar que la Iglesia en su misión profética lleva el sello martirial, para ser testigo de Cristo crucificado y resucitado.

Santo Padre, nos encantaría poder estirar más su agenda entre nosotros en esta querida tierra, acogedora y hospitalaria, llamada en su día Finisterre. En todo caso le acompañamos con nuestro filial afecto y apoyo que brotan de la fidelidad y de la gratitud. Le queremos y sabemos que nos quiere. Caminamos con Su Santidad y sabemos que camina con nosotros. Cuando salga a faenar por los mares del mundo en la barca de Pedro, recuerde que otra pequeña barca estará muy cerca: la de Santiago, atenta a cualquier señal que la de Pedro pueda hacernos para ayudarle como nos dice el relato evangélico. Queremos echar las redes en el nombre del Señor como hicieron los Doce, volviendo a experimentar el asombro de los resultados. Esta tarde en unión con el sucesor de Pedro esta Iglesia local proclama que Jesús es el Señor, síntesis viviente de toda nuestra visión de fe, que da sentido a nuestra vida e ilumina nuestra muerte.

En la Cruz Jesús nos dio como madre a María que el discípulo amado, Juan, acogió en su casa. En el Pilar de Zaragoza, el Apóstol Santiago, su hermano, comprobó en medio de sus angustias y sufrimientos apostólicos la cercanía materna de la Madre de Jesús. Ella peregrina siempre a nuestro lado.

Santo Padre, al manifestar sentimientos de profunda alegría por recibirle en Santiago de Compostela le ofrezco esta casa del Amigo del Señor y en nombre de todos, como los discípulos de Emaús le dijeron al Señor: «Quédate con nosotros, la mesa está preparada», queremos rezar con Vuestra Santidad, escuchar con fe su palabra para seguir fielmente las orientaciones que quiera darnos y nos disponemos a participar en la Mesa de la Eucaristía, «pan del pueblo peregrino», para continuar nuestra peregrinación hacia la ciudadanía de los santos reflejada en el Pórtico de la Gloria, donde podemos descubrir cómo se anticipa lo celeste en lo terreno, la eternidad en la historia, teniendo todo a lo que va a venir en la esperanza. De todo corazón le decimos: ¡Muchas gracias, Santidad!

«Llego como peregrino entre los peregrinos»

Homilía del Santo Padre en la misa celebrada en la plaza del Obradoiro

Amadísimos hermanos en Jesucristo:

Doy gracias a Dios por el don de poder estar aquí, en esta espléndida plaza repleta de arte, cultura y significado espiritual. En este Año Santo, llego como peregrino entre los peregrinos, acompañando a tantos como vienen hasta aquí sedientos de la fe en Cristo resucitado. Fe anunciada y transmitida fielmente por los Apóstoles, como Santiago el Mayor, a quien se venera en Compostela desde tiempo inmemorial.

Agradezco las gentiles palabras de bienvenida de monseñor Julián Barrio Barrio, arzobispo de esta Iglesia particular, y la amable presencia de Sus Altezas Reales los Príncipes de Asturias, de los señores cardenales, así como de los numerosos hermanos en el episcopado y el sacerdocio. Vaya también mi saludo cordial a los parlamentarios europeos, miembros del intergrupo «Camino de Santiago» así como a las distinguidas autoridades nacionales, autonómicas y locales que han querido estar presentes en esta celebración. Todo ello es signo de deferencia para con el Sucesor de Pedro y también del sentimiento entrañable que Santiago de Compostela despierta en Galicia y en los demás pueblos de España, que reconoce al Apóstol como su patrón y protector. Un caluroso saludo igualmente a las personas consagradas, seminaristas y fieles que participan en esta Eucaristía y, con una emoción particular, a los peregrinos, forjadores del genuino espíritu jacobeo, sin el cual poco o nada se entendería de lo que aquí tiene lugar.

Una frase de la primera lectura afirma con admirable sencillez: «Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor con mucho valor» (Hch 4,33). En efecto, en el punto de partida de todo lo que el cristianismo ha sido y sigue siendo no se halla una gesta o un proyecto humano, sino Dios, que declara a Jesús justo y santo frente a la sentencia del tribunal humano que lo condenó por blasfemo y subversivo; Dios, que ha arrancado a Jesucristo de la muerte; Dios, que hará justicia a todos los injustamente humillados de la historia.

«Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo, que Dios da a los que le obedecen» (Hch 5,32), dicen los apóstoles. Así pues, ellos dieron testimonio de la vida, muerte y resurrección de Cristo Jesús, a quien conocieron mientras predicaba y hacía milagros. A nosotros, queridos hermanos, nos toca hoy seguir el ejemplo de los apóstoles, cono-

ciendo al Señor cada día más y dando un testimonio claro y valiente de su Evangelio. No hay mayor tesoro que podamos ofrecer a nuestros contemporáneos. Así imitaremos también a san Pablo que, en medio de tantas tribulaciones, naufragios y soledades, proclamaba exultante: «Este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que esa fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros» (2 Co 4,7).

Junto a estas palabras del Apóstol de los Gentes, están las propias palabras del Evangelio que acabamos de escuchar, y que invitan a vivir desde la humildad de Cristo que, siguiendo en todo la voluntad del Padre, ha venido para servir, «para dar su vida en rescate por muchos» (Mt 20,28). Para los discípulos que quieren seguir e imitar a Cristo, el servir a los hermanos ya no es una mera opción, sino parte esencial de su ser. Un servicio que no se mide por los criterios mundanos de lo inmediato, lo material y vistoso, sino porque hace presente el amor de Dios a todos los hombres y en todas sus dimensiones, y da testimonio de Él, incluso con los gestos más sencillos. Al proponer este nuevo modo de relacionarse en la comunidad, basado en la lógica del amor y del servicio, Jesús se dirige también a los «jefes de los pueblos», porque donde no hay entrega por los demás surgen formas de prepotencia y explotación que no dejan espacio para una auténtica promoción humana integral. Y quisiera que este mensaje llegara sobre todo a los jóvenes: precisamente a vosotros, este contenido esencial del Evangelio os indica la vía para que, renunciando a un modo de pensar egoísta, de cortos alcances, como tantas veces os proponen, y asumiendo el de Jesús, podáis realizaros plenamente y ser semilla de esperanza.

Esto es lo que nos recuerda también la celebración de este Año Santo Compostelano. Y esto es lo que en el secreto del corazón, sabiéndolo explícitamente o sintiéndolo sin saber expresarlo con palabras, viven tantos peregrinos que caminan a Santiago de Compostela para abrazar al Apóstol. El cansancio del andar, la variedad de paisajes, el encuentro con personas de otra nacionalidad, los abren a lo más profundo y común que nos une a los humanos: seres en búsqueda, seres necesitados de verdad y de belleza, de una experiencia de gracia, de caridad y de paz, de perdón y de redención. Y en lo más recóndito de todos esos hombres resuena la presencia

de Dios y la acción del Espíritu Santo. Sí, a todo hombre que hace silencio en su interior y pone distancia a las apetencias, deseos y quehaceres inmediatos, al hombre que ora, Dios le alumbrará para que le encuentre y para que reconozca a Cristo. Quien peregrina a Santiago, en el fondo, lo hace para encontrarse sobre todo con Dios que, reflejado en la majestad de Cristo, lo acoge y bendice al llegar al Pórtico de la Gloria.

Desde aquí, como mensajero del Evangelio que Pedro y Santiago rubricaron con su sangre, deseo volver la mirada a la Europa que peregrinó a Compostela. ¿Cuáles son sus grandes necesidades, temores y esperanzas? ¿Cuál es la aportación específica y fundamental de la Iglesia a esa Europa, que ha recorrido en el último medio siglo un camino hacia nuevas configuraciones y proyectos? Su aportación se centra en una realidad tan sencilla y decisiva como ésta: que Dios existe y que es Él quien nos ha dado la vida. Solo Él es absoluto, amor fiel e indeclinable, meta infinita que se trasluce detrás de todos los bienes, verdades y bellezas admirables de este mundo; admirables pero insuficientes para el corazón del hombre. Bien comprendió esto santa Teresa de Jesús cuando escribió: «Sólo Dios basta».

Es una tragedia que en Europa, sobre todo en el siglo XIX, se afirmase y divulgase la convicción de que Dios es el antagonista del hombre y el enemigo de su libertad. Con esto se quería ensombrecer la verdadera fe bíblica en Dios, que envió al mundo a su Hijo Jesucristo, a fin de que nadie perezca, sino que todos tengan vida eterna (cf. Jn 3,16).

El autor sagrado afirma tajante ante un paganismo para el cual Dios es envidioso o despectivo del hombre: ¿Cómo hubiera creado Dios todas las cosas si no las hubiera amado, Él que en su plenitud infinita no necesita nada? (cf. Sab 11,24-26). ¿Cómo se hubiera revelado a los hombres si no quisiera velar por ellos? Dios es el origen de nuestro ser y cimiento y cúspide de nuestra libertad; no su oponente. ¿Cómo el hombre mortal se va a fundar a sí mismo y cómo el hombre pecador se va a reconciliar a sí mismo? ¿Cómo es posible que se haya hecho silencio público sobre la realidad primera y esencial de la vida humana? ¿Cómo lo más determinante de ella puede ser recluso en la mera intimidad o remitido a la penumbra? Los hombres no podemos vivir a oscuras, sin ver la luz del sol. Y, entonces, ¿cómo es posible que se le niegue a Dios, sol de las inteligencias, fuerza de las voluntades e imán de nuestros corazones, el derecho de proponer esa luz que disipa toda tiniebla? Por eso, es necesario que Dios vuelva a resonar gozosamente bajo los cielos de Europa; que esa palabra santa no se pronuncie jamás en vano; que no se pervierta haciéndola servir a fines que le son impropios. Es menester que se profiera santamente. Es

necesario que la percibamos así en la vida de cada día, en el silencio del trabajo, en el amor fraterno y en las dificultades que los años traen consigo.

Europa ha de abrirse a Dios, salir a su encuentro sin miedo, trabajar con su gracia por aquella dignidad del hombre que habían descubierto las mejores tradiciones: además de la bíblica, fundamental en este orden, también las de época clásica, medieval y moderna, de las que nacieron las grandes creaciones filosóficas y literarias, culturales y sociales de Europa.

Ese Dios y ese hombre son los que se han manifestado concreta e históricamente en Cristo. A ese Cristo que podemos hallar en los caminos hasta llegar a Compostela, pues en ellos hay una cruz que acoge y orienta en las encrucijadas. Esa cruz, supremo signo del amor llevado hasta el extremo, y por eso don y perdón al mismo tiempo, debe ser nuestra estrella orientadora en la noche del tiempo. Cruz y amor, cruz y luz han sido sinónimos en nuestra historia, porque Cristo se dejó clavar en ella para darnos el supremo testimonio de su amor, para invitarnos al perdón y la reconciliación, para enseñarnos a vencer el mal con el bien. No dejéis de aprender las lecciones de ese Cristo de las encrucijadas de los caminos y de la vida, en el que nos sale al encuentro Dios como amigo, padre y guía. ¡Oh Cruz bendita, brilla siempre en las tierras de Europa!

Dejadme que proclame desde aquí la gloria del hombre, que advierta de las amenazas a su dignidad por el expolio de sus valores y riquezas originarios, por la marginación o la muerte infligidas a los más débiles y pobres. No se puede dar culto a Dios sin velar por el hombre su hijo y no se sirve al hombre sin preguntarse por quién es su Padre y responderle a la pregunta por Él. La Europa de la ciencia y de las tecnologías, la Europa de la civilización y de la cultura, tiene que ser a la vez la Europa abierta a la trascendencia y a la fraternidad con otros continentes, al Dios vivo y verdadero desde el hombre vivo y verdadero. Esto es lo que la Iglesia desea aportar a Europa: velar por Dios y velar por el hombre, desde la comprensión que de ambos se nos ofrece en Jesucristo.

Queridos amigos, levantemos una mirada esperanzadora hacia todo lo que Dios nos ha prometido y nos ofrece. Que Él nos dé su fortaleza, que aliente a esta archidiócesis compostelana, que vivifique la fe de sus hijos y los ayude a seguir fieles a su vocación de sembrar y dar vigor al Evangelio, también en otras tierras.

Que Santiago, el amigo del Señor, alcance abundantes bendiciones para Galicia, para los demás pueblos de España, de Europa y de tantos otros lugares allende los mares, donde el Apóstol es signo de identidad cristiana y promotor del anuncio de Cristo. Amén.

Hemos esperado con gozo vuestra visita apostólica

Palabras de bienvenida del cardenal Lluís Martínez Sistach en el templo de la Sagrada Familia

Santo Padre, sed bienvenido entre nosotros.

Santidad, sed muy bienvenido a esta ciudad e Iglesia de Barcelona que os acoge con afecto filial y con un corazón agradecido. Vuestra solicitud apostólica en favor de todas las Iglesias os ha movido a aceptar presidir la dedicación a Dios de este templo de la Sagrada Familia. El pueblo cristiano de nuestras tierras os lo agradece y quiere corresponder con la acogida muy cordial y la oración constante para que el Señor os asista y os conforte en el ejercicio de vuestro ministerio de sucesor del apóstol Pedro al servicio de toda la Iglesia de Jesucristo.

Hemos esperado con gozo vuestra visita apostólica y la hemos preparado con la oración, la catequesis sobre el ministerio que el Señor os ha confiado y la solidaridad con los que sufren más las consecuencias de la crisis económica. Queremos escuchar vuestras palabras que, como «dulce Cristo en la tierra», nos dirigiréis para confirmarnos en la fe y revitalizar nuestra identidad cristiana. Esperamos muchos frutos espirituales y pastorales de vuestra visita apostólica.

Esta magna asamblea litúrgica presidida por el Sucesor de Pedro hace realidad el sueño del siervo de Dios Antoni Gaudí cuando proyectó este templo. Su sueño surge de las visiones proféticas del Apocalipsis y su objetivo es que este templo que nos acoge sea el cielo en la tierra, la nueva Jerusalén que baja y se pone a habitar en medio de la humanidad, simbolizada por Barcelona, la gran metrópoli. Gaudí con esta construcción rebosante de belleza y de simbología, deseaba que el cielo bajara a la tierra y que la ciudad de Dios llegara a ser la ciudad de los hombres y, en consecuencia, la ciudad de los hombres llegara a ser la ciudad de Dios. El templo entero se convierte en una explicación de la Jerusalén anunciada por la profecía del vidente de Patmos.

Esta obra maravillosa que se ha ido construyendo desde el año 1882 con la aportación del pueblo catalán es una expresión de su alma religiosa y de sus raíces cristianas desde hace más de mil años. Un pueblo que ama el templo de la Sagrada Familia por su significación religiosa y artística, que valora a Antoni Gaudí como arquitecto genial y cristiano ejemplar, y que está muy satisfecho de que hoy, presidiéndonos, Santo Padre, se dedique este incomparable templo a mayor gloria y alabanza de Dios. Para culminar este gran hito han contribuido, además de la Asociación de Devotos de San José que promovió la construcción del templo, su principal artífice Antoni Gaudí, los arquitectos, artistas, técnicos y albañi-

les y todos los miembros del Patronato de la Junta Constructora de la Sagrada Familia con su trabajo, competencia y generosidad.

Desde hoy esta iglesia –que al finalizar la celebración Vuestra Santidad declarará basílica– estará dedicada al culto litúrgico y continuará acogiendo a millones de personas de todo el mundo para ofrecerle este bello espacio de celebración de la fe, de oración, de anuncio de la Palabra de Dios y de reflexión sobre el sentido trascendente de la vida. A los habitantes de la nueva Jerusalén «el Señor les iluminará» (Ap 22, 5). Del mismo modo, la luz armoniosa del templo de la Sagrada Familia hará que los que entren en él –muchos de ellos provenientes del atrio de los gentiles– experimenten la calidez de la gloria de Dios.

Gaudí decía que en la Sagrada Familia todo era providencial. Creemos que es providencial que Vuestra Santidad esté hoy aquí entre nosotros y que sea el obispo de Roma y el Pastor de la Iglesia universal quien presida la dedicación de este templo que es único en el mundo y tiene una clara significación universal. Ante las dificultades Gaudí decía: «San José acabará el templo». Consideramos que también es providencial que para el culto litúrgico el templo se haya terminado hoy con esta celebración presidida por un papa que lleva el nombre de José como nombre de su bautismo.

En la historia de Cataluña el ministerio del Obispo de Roma ha estado siempre muy presente. En la profesión de fe en nuestra lengua vernácula, desde el siglo xvii, se profesa la fe en la Iglesia católica, apostólica y romana. La historia del templo de la Sagrada Familia hace honor a esta devoción al sucesor de san Pedro. El pergamino que se colocó junto con la primera piedra, en la fiesta de san José de 1882, expresa una profunda comunión de los promotores con el papa León XIII. En 1957, con motivo del 75 aniversario de la colocación de la primera piedra, la Junta Constructora del templo fue recibida en audiencia por el papa Pío XII y hoy se cumplen los 28 años de aquel 7 de noviembre de 1982, en el que el papa Juan Pablo II visitó este templo durante su viaje apostólico a España.

Santidad, como herederos de aquellos cristianos que pusieron los fundamentos de esta obra admirable, en el momento de dedicarla a Dios, deseamos también renovar aquellos sentimientos de devoción y de estima al Sucesor de Pedro y de comunión con vuestra persona que carga hoy con el peso del servicio a todas las Iglesias y a la defensa de la dignidad de la persona, de la vida humana desde su inicio hasta la muerte, del matrimonio y de la familia, de la justicia y de la paz en el mundo.

«Gaudí, con su obra, nos muestra que Dios es la verdadera medida del hombre»

Homilía del Santo Padre en la misa de consagración de la iglesia de la Sagrada Familia

Amadísimos hermanos y hermanas en el Señor:

«Hoy es un día consagrado a nuestro Dios; no hagáis duelo ni lloréis... El gozo en el Señor es vuestra fortaleza» (Neh 8,9-11). Con estas palabras de la primera lectura que hemos proclamado quiero saludaros a todos los que estáis aquí presentes participando en esta celebración. Dirijo un afectuoso saludo a Sus Majestades los Reyes de España, que han querido cordialmente acompañarnos. Vaya mi saludo agradecido al señor cardenal Lluís Martínez Sistach, arzobispo de Barcelona, por sus palabras de bienvenida y su invitación para la dedicación de esta iglesia de la Sagrada Familia, admirable suma de técnica, de arte y de fe. Saludo igualmente al cardenal Ricardo María Carles Gordó, arzobispo emérito de Barcelona, a los demás señores cardenales y hermanos en el episcopado, en especial, al obispo auxiliar de esta Iglesia particular, así como a los numerosos sacerdotes, diáconos, seminaristas, religiosos y fieles que participan en esta solemne ceremonia. Asimismo, dirijo mi deferente saludo a las autoridades nacionales, autonómicas y locales, así como a los miembros de otras comunidades cristianas, que se unen a nuestra alegría y alabanza agradecida a Dios.

Este día es un punto significativo en una larga historia de ilusión, de trabajo y de generosidad, que dura más de un siglo. En estos momentos, quisiera recordar a todos y a cada uno de los que han hecho posible el gozo que a todos nos embarga hoy, desde los promotores hasta los ejecutores de la obra; desde los arquitectos y albañiles de la misma, a todos aquellos que han ofrecido, de una u otra forma, su inestimable aportación para hacer posible la progresión de este edificio. Y recordamos, sobre todo, al que fue alma y artífice de este proyecto: a Antoni Gaudí, arquitecto genial y cristiano consecuente, con la antorcha de su fe ardiendo hasta el término de su vida, vivida en dignidad y austeridad absoluta. Este acto es también, de algún modo, el punto cumbre y la desembocadura de una historia de esta tierra catalana que, sobre todo desde finales del siglo XIX, dio una pléyade de santos y de fundadores, de mártires y de poetas cristianos. Historia de santidad, de creación artística y poética, nacidas de la fe, que hoy recogemos y presentamos como ofrenda a Dios en esta Eucaristía.

La alegría que siento de poder presidir esta ceremonia se ha visto incrementada cuando he sabido que este templo, desde sus orígenes, ha estado muy vin-

culado a la figura de san José. Me ha conmovido especialmente la seguridad con la que Gaudí, ante las innumerables dificultades que tuvo que afrontar, exclamaba lleno de confianza en la divina Providencia: «San José acabará el templo». Por eso ahora, no deja de ser significativo que sea dedicado por un Papa cuyo nombre de pila es José.

¿Qué hacemos al dedicar este templo? En el corazón del mundo, ante la mirada de Dios y de los hombres, en un humilde y gozoso acto de fe, levantamos una inmensa mole de materia, fruto de la naturaleza y de un inconmensurable esfuerzo de la inteligencia humana, constructora de esta obra de arte. Ella es un signo visible del Dios invisible, a cuya gloria se alzan estas torres, saetas que apuntan al absoluto de la luz y de Aquel que es la Luz, la Altura y la Belleza misma.

En este recinto, Gaudí quiso unir la inspiración que le llegaba de los tres grandes libros en los que se alimentaba como hombre, como creyente y como arquitecto: el libro de la naturaleza, el libro de la Sagrada Escritura y el libro de la Liturgia. Así unió la realidad del mundo y la historia de la salvación, tal como nos es narrada en la Biblia y actualizada en la liturgia. Introdujo piedras, árboles y vida humana dentro del templo, para que toda la creación convergiera en la alabanza divina, pero al mismo tiempo sacó los retablos afuera, para poner ante los hombres el misterio de Dios revelado en el nacimiento, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. De este modo, colaboró genialmente a la edificación de la conciencia humana anclada en el mundo, abierta a Dios, iluminada y santificada por Cristo. E hizo algo que es una de las tareas más importantes hoy: superar la escisión entre conciencia humana y conciencia cristiana, entre existencia en este mundo temporal y apertura a una vida eterna, entre belleza de las cosas y Dios como Belleza. Esto lo realizó Antoni Gaudí no con palabras sino con piedras, trazos, planos y cumbres. Y es que la belleza es la gran necesidad del hombre; es la raíz de la que brota el tronco de nuestra paz y los frutos de nuestra esperanza. La belleza es también reveladora de Dios porque, como Él, la obra bella es pura gratuidad, invita a la libertad y arranca del egoísmo.

Hemos dedicado este espacio sagrado a Dios, que se nos ha revelado y entregado en Cristo para ser definitivamente Dios con los hombres. La Palabra

revelada, la humanidad de Cristo y su Iglesia son las tres expresiones máximas de su manifestación y entrega a los hombres. «Mire cada cual cómo construye. Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, que es Jesucristo» (1 Co 3,10-11), dice san Pablo en la segunda lectura. El Señor Jesús es la piedra que soporta el peso del mundo, que mantiene la cohesión de la Iglesia y que recoge en unidad final todas las conquistas de la humanidad. En Él tenemos la Palabra y la presencia de Dios, y de Él recibe la Iglesia su vida, su doctrina y su misión. La Iglesia no tiene consistencia por sí misma; está llamada a ser signo e instrumento de Cristo, en pura docilidad a su autoridad y en total servicio a su mandato. El único Cristo funda la única Iglesia; Él es la roca sobre la que se cimienta nuestra fe. Apoyados en esa fe, busquemos juntos mostrar al mundo el rostro de Dios, que es amor y el único que puede responder al anhelo de plenitud del hombre. Ésa es la gran tarea, mostrar a todos que Dios es Dios de paz y no de violencia, de libertad y no de coacción, de concordia y no de discordia. En este sentido, pienso que la dedicación de este templo de la Sagrada Familia, en una época en la que el hombre pretende edificar su vida de espaldas a Dios, como si ya no tuviera nada que decirle, resulta un hecho de gran significado. Gaudí, con su obra, nos muestra que Dios es la verdadera medida del hombre. Que el secreto de la auténtica originalidad está, como decía él, en volver al origen, que es Dios. Él mismo, abriendo así su espíritu a Dios ha sido capaz de crear en esta ciudad un espacio de belleza, de fe y de esperanza, que lleva al hombre al encuentro con quien es la Verdad y la Belleza misma. Así expresaba el arquitecto sus sentimientos: «Un templo [es] la única cosa digna de representar el sentir de un pueblo, ya que la religión es la cosa más elevada en el hombre».

Esa afirmación de Dios lleva consigo la suprema afirmación y tutela de la dignidad de cada hombre y de todos los hombres: «¿No sabéis que sois templo de Dios?... El templo de Dios es santo: ese templo sois vosotros» (1 Co 3,16-17). He aquí unidas la verdad y dignidad de Dios con la verdad y la dignidad del hombre. Al consagrar el altar de este templo, considerando a Cristo como su fundamento, estamos presentando ante el mundo a Dios que es amigo de los hombres e invitando a los hombres a ser amigos de Dios. Como enseña el caso de Zaqueo, del que se habla en el Evangelio de hoy (cf. Lc 19,1-10), si el hombre deja entrar a Dios en su vida y en su mundo, si deja que Cristo viva en su corazón, no se arrepentirá, sino que experimentará la alegría de compartir su misma vida siendo objeto de su amor infinito.

La iniciativa de este templo se debe a la Asociación de Amigos de San José, quienes quisieron dedicarlo a la Sagrada Familia de Nazaret. Desde siem-

pre, el hogar formado por Jesús, María y José ha sido considerado como escuela de amor, oración y trabajo. Los patrocinadores de este templo querían mostrar al mundo el amor, el trabajo y el servicio vividos ante Dios, tal como los vivió la Sagrada Familia de Nazaret. Las condiciones de la vida han cambiado mucho y con ellas se ha avanzado enormemente en ámbitos técnicos, sociales y culturales. No podemos contentarnos con estos progresos. Junto a ellos deben estar siempre los progresos morales, como la atención, protección y ayuda a la familia, ya que el amor generoso e indisoluble de un hombre y una mujer es el marco eficaz y el fundamento de la vida humana en su gestación, en su alumbramiento, en su crecimiento y en su término natural. Sólo donde existen el amor y la fidelidad, nace y perdura la verdadera libertad. Por eso, la Iglesia aboga por adecuadas medidas económicas y sociales para que la mujer encuentre en el hogar y en el trabajo su plena realización; para que el hombre y la mujer que contraen matrimonio y forman una familia sean decididamente apoyados por el Estado; para que se defiendan la vida de los hijos como sagrada e inviolable desde el momento de su concepción; para que la natalidad sea dignificada, valorada y apoyada jurídica, social y legislativamente. Por eso, la Iglesia se opone a todas las formas de negación de la vida humana y apoya cuanto promueva el orden natural en el ámbito de la institución familiar.

Al contemplar admirado este recinto santo de asombrosa belleza, con tanta historia de fe, pido a Dios que en esta tierra catalana se multipliquen y consoliden nuevos testimonios de santidad, que presten al mundo el gran servicio que la Iglesia puede y debe prestar a la humanidad: ser icono de la belleza divina, llama ardiente de caridad, cauce para que el mundo crea en aquel que Dios ha enviado (cf. Jn 6,29).

Queridos hermanos, al dedicar este espléndido templo, suplico igualmente al Señor de nuestras vidas que de este altar, que ahora va a ser ungido con óleo santo y sobre el que se consumará el sacrificio de amor de Cristo, brote un río constante de gracia y caridad sobre esta ciudad de Barcelona y sus gentes, y sobre el mundo entero. Que estas aguas fecundas llenen de fe y vitalidad apostólica a esta Iglesia archidiocesana, a sus pastores y fieles.

Deseo, finalmente, confiar a la amorosa protección de la Madre de Dios, María Santísima, Rosa de Abril, Madre de la Merced, a todos los que estáis aquí, y a todos los que con palabras y obras, silencio u oración, han hecho posible este milagro arquitectónico. Que ella presente también a su divino Hijo las alegrías y las penas de todos los que lleguen a este lugar sagrado en el futuro, para que, como reza la Iglesia al dedicar los templos, los pobres puedan encontrar misericordia, los oprimidos alcanzar la libertad verdadera y todos los hombres se revistan de la dignidad de hijos de Dios. Amén.

«Es imprescindible que los nuevos desarrollos tecnológicos en el campo médico nunca vayan en detrimento del respeto a la vida y dignidad humana»

Palabras del Santo Padre en la visita a la obra benéfico-social «Nen Déu»

Siento una gran alegría al poder estar con todas las personas que formáis esta más que centenaria obra benéfico-social del Nen Déu. Agradezco al cardenal Lluís Martínez Sistach, arzobispo de Barcelona, a la hermana Rosario, superiora de la comunidad, a los niños Antonio y María del Mar, que han tomado la palabra, así como a los que tan maravillosamente han cantado, la cordial bienvenida que me han dispensado.

Doy también las gracias a los presentes, en particular a los miembros del Patronato de la Obra, a la madre general y a las religiosas franciscanas de los Sagrados Corazones, a los niños, jóvenes y adultos acogidos en esta institución, a sus padres y demás familiares, así como a los profesionales y voluntarios que aquí ejercen su benemérita labor.

Quisiera, asimismo, expresar mi reconocimiento a las autoridades, invitándolas a prodigarse para que los servicios sociales alcancen siempre a los más desvalidos, y a quienes sostienen con su generoso apoyo entidades asistenciales de iniciativa privada, como esta Escuela de Educación Especial del Nen Déu. En estos momentos, en que muchos hogares afrontan serias dificultades económicas, los discípulos de Cristo hemos de multiplicar los gestos concretos de solidaridad efectiva y constante, mostrando así que la caridad es el distintivo de nuestra condición cristiana.

Con la dedicación de la basílica de la Sagrada Familia, se ha puesto de relieve esta mañana que el templo es signo del verdadero santuario de Dios entre los hombres. Ahora, quiero destacar cómo, con el esfuerzo de ésta y otras instituciones eclesiales análogas, a la que se sumará la nueva residencia que habéis deseado que llevara el nombre del Papa, se pone de manifiesto que, para el cristiano, todo hombre es un verdadero santuario de Dios, que ha de ser tratado con sumo respeto y cariño, sobre todo cuando se encuentra en necesidad. La Iglesia quiere así hacer realidad las palabras del Señor en el Evangelio: «Os aseguro que cuanto hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40). En esta tierra, esas palabras de Cristo han impulsado a muchos hijos de la Iglesia a dedicar sus

vidas a la enseñanza, la beneficencia o el cuidado de los enfermos y discapacitados. Inspirados en su ejemplo, os pido que sigáis socorriendo a los más pequeños y menesterosos, dándoles lo mejor de vosotros mismos.

En el cuidado de los más débiles, mucho han contribuido los formidables avances de la sanidad en los últimos decenios, que han ido acompañados por la creciente convicción de la importancia de un esmerado trato humano para el buen resultado del proceso terapéutico. Por eso, es imprescindible que los nuevos desarrollos tecnológicos en el campo médico nunca vayan en detrimento del respeto a la vida y dignidad humana, de modo que quienes padecen enfermedades o minusvalías psíquicas o físicas puedan recibir siempre aquel amor y atenciones que los hagan sentirse valorados como personas en sus necesidades concretas.

Queridos niños y jóvenes, me despido de vosotros dando gracias a Dios por vuestras vidas, tan preciosas a sus ojos, y asegurándoos que ocupáis un lugar muy importante en el corazón del Papa. Rezo por vosotros todos los días y os ruego que me ayudéis con vuestra oración a cumplir con fidelidad la misión que Cristo me ha encomendado. No me olvido tampoco de orar por los que están al servicio de los que sufren, trabajando incansablemente para que las personas con discapacidades puedan ocupar su justo lugar en la sociedad y no sean marginadas a causa de sus limitaciones. A este respecto, quisiera reconocer, de manera especial, el testimonio fiel de los sacerdotes y visitantes de enfermos en sus casas, en los hospitales o en otras instituciones especializadas. Ellos encarnan ese importante ministerio de consolación ante las fragilidades de nuestra condición, que la Iglesia busca desempeñar con los mismos sentimientos del Buen Samaritano (cf. Lc 10,29-37).

Por intercesión de Nuestra Señora de la Merced y de la beata madre Carmen del Niño Jesús, que Dios bendiga a cuantos integráis la gran familia de esta espléndida obra, así como a vuestros seres queridos y a quienes cooperáis con esta institución u otras semejantes a ésta. Que de ello sea prenda la Bendición Apostólica, que cordialmente imparto a todos.

«La verdad se expresa en la belleza»

Palabras del Papa a los periodistas en el avión que le conducía a Santiago de Compostela

—Padre Lombardi: Santidad, en el mensaje con motivo del reciente congreso de los santuarios que se celebraba precisamente en Santiago de Compostela, usted ha dicho que vive su pontificado con sentimientos de peregrino. También en su escudo aparece la concha del peregrino. ¿Quiere decirnos algo sobre la perspectiva de la peregrinación, también en su vida personal y en su espiritualidad, y sobre los sentimientos con los que se dirige como peregrino a Santiago?

—Benedicto XVI: ¡Buenos días! Podría decir que estar en camino forma parte de mi biografía. Pero esto quizá es algo exterior; sin embargo, me ha hecho pensar en la inestabilidad de esta vida, en el hecho de estar en camino. Sobre la peregrinación uno podría decir: Dios está en todas partes, no hace falta ir a otro lugar, pero también es cierto que la fe, según su esencia, consiste en ser peregrino. La Carta a los Hebreos muestra la figura de Abraham, que sale de su tierra y se convierte en peregrino hacia el futuro por toda la vida, y este movimiento abrahámico sigue estando presente en el acto de fe, es un ser peregrino sobre todo interiormente pero debe expresarse también exteriormente. En ocasiones hay que salir de la vida cotidiana, del mundo de lo útil, del utilitarismo, para ponerse verdaderamente en camino hacia la trascendencia, trascenderse a sí mismo y la vida cotidiana, y así encontrar también una nueva libertad, un tiempo de replanteamiento interior, de identificación de sí mismo, para ver al otro, a Dios. Así es también siempre la peregrinación: no consiste sólo en salir de sí mismo hacia el más Grande, sino también en caminar juntos. La peregrinación congrega, vamos juntos hacia el otro y así nos encontramos recíprocamente. Basta decir que los caminos de Santiago son un elemento en la formación de la unidad espiritual del continente europeo: peregrinando aquí se ha encontrado la común identidad europea, y también hoy renace este movimiento, este sueño de estar en movimiento espiritual y físicamente, de encontrarse el uno con el otro y de encontrar silencio, libertad, renovación, y encontrar a Dios.

—Padre Lombardi: Gracias, Santidad. Ahora dirigimos la mirada a Barcelona. ¿Qué significado puede tener la consagración de un templo como la Sagrada Familia al comienzo del siglo XXI? ¿Hay algún aspecto específico de la visión de Gaudí que le ha impresionado en particular?

—Benedicto XVI: En realidad, esta catedral es también un signo precisamente para nuestro tiempo. En la visión de Gaudí, percibo sobre todo tres elementos. El primero es la síntesis entre continuidad y novedad, tradición y creatividad. Gaudí tuvo la valentía de insertarse en la gran tradición de las catedrales, de atreverse en su siglo, con una visión totalmente nueva. Presenta esta catedral como lugar del encuentro entre Dios y el hombre en una gran solemnidad. Tiene la valentía de estar en la tradición pero con una creatividad nueva, que renueva la tradición, y demuestra así la unidad y el progreso de la historia. Es algo hermoso. En segundo lugar, Gaudí buscaba este trinomio: libro de la naturaleza, libro de la Escritura, libro de la liturgia. Y esta síntesis es precisamente hoy de gran importancia. En la liturgia, la Escritura se hace presente, se convierte en realidad hoy, no es una Escritura de hace dos mil años sino que es celebrada, realizada. En la celebración de la Escritura habla la creación, encuentra lo creado, y encuentra su verdadera respuesta, porque —como nos dice san Pablo— la criatura sufre, y en lugar de ser destruida, despreciada, aguarda a los hijos de Dios, es decir, quienes la ven en la luz de Dios. Esta síntesis entre el sentido de la creación, la Escritura y la adoración es precisamente un mensaje muy importante para la actualidad. Y finalmente hay un tercer punto: esta catedral nació por una devoción típica del siglo XIX: san José, la Sagrada Familia de Nazaret, el misterio de Nazaret, pero esta devoción de ayer es de grandísima actualidad, porque el problema de la familia, de la renovación de la familia como célula fundamental de la sociedad, es el gran tema de hoy y nos indica hacia dónde podemos ir tanto en la edificación de la sociedad como en la unidad entre fe y vida, entre religión y sociedad. Expresa el tema fundamental de la familia, diciendo que Dios mismo se hizo hijo en la familia y nos llama a edificar y vivir la familia.

—Padre Lombardi: Y continuando con esta línea, Gaudí y la Sagrada Familia representan, como usted ha dicho, el binomio entre fe y arte. ¿Cómo puede la fe volver a encontrar hoy su puesto en el mundo del arte y de la cultura? ¿Es éste uno de los temas importantes de su pontificado?

—Benedicto XVI: Así es. Vosotros sabéis que yo insisto mucho en la relación entre fe y razón, en que la fe, y la fe cristiana, sólo encuentra su identidad en la apertura a la razón, y que la razón se realiza si

trasciende hacia la fe. Pero del mismo modo es importante la relación entre fe y arte, porque la verdad, fin y vida de la razón, se expresa en la belleza y se autorrealiza en la belleza, se encuentra como verdad. Y donde está la verdad debe nacer la belleza. Donde el ser humano se realiza de modo correcto se expresa en la belleza. La relación entre verdad y belleza es inseparable y por eso tenemos necesidad de la belleza. En la Iglesia, desde el comienzo, incluso en la gran modestia y pobreza del tiempo de las persecuciones, la expresión de la salvación de Dios ha tenido lugar en las imágenes del mundo, en el arte, la pintura, en el canto, y luego también en la arquitectura. Todo esto es constitutivo para la Iglesia y sigue siendo constitutivo para siempre. De este modo, la Iglesia era madre de las artes por siglos y siglos. El gran tesoro del arte —música, arquitectura, pintura—, ha nacido de la fe en la Iglesia. Actualmente hay un cierto disenso, pero esto daña tanto al arte como a la fe: el arte que perdiera la raíz de la trascendencia ya no se dirigiría hacia Dios, sería un arte escindido, perdería su raíz viva; y una fe que dejara el arte en el pasado, ya no sería fe en el presente. Hoy se debe expresar de nuevo como verdad, que está siempre presente. Por eso, el diálogo o el encuentro entre arte y fe está inscrito en la más profunda esencia de la fe. Debemos hacer todo lo posible para que también hoy la fe se exprese en arte auténtico, como Gaudí, en la continuidad y en la novedad, y para que el arte no pierda el contacto con la fe.

—Padre Lombardi: En estos meses emprende su camino el nuevo dicasterio para la nueva evangelización. Y muchos se preguntan si precisamente España, con el desarrollo de la secularización y de la disminución de la práctica religiosa, es uno de los países en los que usted pensó como objetivo para este nuevo dicasterio o incluso como objetivo principal...

—Benedicto XVI: Con este dicasterio he pensado en el mundo entero porque la novedad del pensamiento, la dificultad de pensar en los conceptos de la Escritura, de la teología, es universal, pero se da un punto central, el mundo occidental, con su secularismo, su laicidad, y la continuidad de la fe que debe renovarse para ser la fe de hoy y para responder al desafío de la laicidad. En Occidente, todos los grandes países tienen su propio modo de vivir este problema: hemos tenido, por ejemplo, los viajes a Francia, a la República Checa, al Reino Unido, donde por todas partes está presente de modo específico para una nación, para una historia, el mismo problema. Y esto vale también de manera fuerte para España. España era siempre, por una parte, un país originario de la fe. Pensemos que el renacimiento del catolicismo en la época moderna ocurrió sobre todo gracias a España. Figuras como san Igna-

cio de Loyola, santa Teresa y san Juan de Ávila, son figuras que han renovado el catolicismo y conformado la fisonomía del catolicismo moderno. Pero también es verdad que en España ha nacido una laicidad, un anticlericalismo, un secularismo fuerte y agresivo como lo vimos precisamente en los años treinta, y esta disputa, más aun, este enfrentamiento entre fe y modernidad, ambos muy vivaces, se realiza hoy nuevamente en España: por eso, para el futuro de la fe y del encuentro —¡no el desencuentro!, sino encuentro— entre fe y laicidad, tiene un foco central también en la cultura española. En este sentido, he pensado en todos los grandes países de Occidente, pero sobre todo también en España.

—Padre Lombardi: Con el viaje a Madrid del año próximo con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud (JMJ), usted habrá hecho tres viajes a España, algo que no ha sucedido con ningún otro país. ¿Por qué este privilegio? ¿Es un signo de amor o de particular preocupación?

—Benedicto XVI: Naturalmente es un signo de amor. Se podría decir que es una coincidencia que venga tres veces a España. La primera visita fue el gran encuentro internacional de las familias, en Valencia: ¿cómo el Papa podría estar ausente si las familias del mundo se encuentran? El próximo año tiene lugar la JMJ, el encuentro de la juventud del mundo en Madrid, y en esa ocasión el Papa no puede estar ausente. Y finalmente tenemos el Año Santo de Santiago, y la consagración después de más de cien años de trabajo de la catedral de la Sagrada Familia de Barcelona. ¿Cómo no podía venir el Papa? Por tanto, las ocasiones son también los desafíos, casi una necesidad de ir. Ahora bien, precisamente el hecho de que precisamente en España se concentren tantas ocasiones muestra también que es realmente un país lleno de dinamismo, lleno de la fuerza de la fe, y la fe responde a los desafíos que están igualmente presentes en España. Por eso decimos que la casualidad ha hecho que venga, pero esta casualidad demuestra una realidad más profunda, la fuerza de la fe y la fuerza del desafío para la fe.

—Gracias, Santidad. Y ahora, si quiere decir algo más para concluir nuestro encuentro, ¿hay algún mensaje particular que usted espera dar a España y al mundo actual con este viaje?

—Benedicto XVI: Yo diría que este viaje tiene dos temas: el tema de la peregrinación, estar en camino, y el tema de la belleza, la expresión de la verdad en la belleza, la continuidad entre tradición y renovación. Yo pienso que estos dos temas del viaje son también un mensaje: estar en camino, no perder el camino de la fe, buscar la belleza de la fe, la novedad y la tradición de la fe que sabe expresarse y sabe encontrarse con la belleza moderna, con el mundo de hoy. Gracias.

El Camino de Santiago: sentido histórico y actual de la peregrinación

BRUNO DE SALVADOR SALA

Somos peregrinos

LA Biblia es el testimonio escrito de una peregrinación que marca el camino del hombre hacia la felicidad: destino para el que Dios le ha creado. Abraham es un peregrino errante a la búsqueda del destino que Dios le ha anunciado. Peregrina Jacob, el gran patriarca. El pueblo de Israel se libera de la esclavitud del Faraón, y se forja como pueblo, peregrinando. Los Apóstoles, y sobre todo Santiago, anuncian la Buena Noticia de Jesús, liberación definitiva de los obstáculos –insalvables para el hombre– que le impiden ser feliz, peregrinando por todo el mundo entonces conocido.

Cuando los cristianos europeos ven amenazada su fe por el imparable avance del islam, se afirman en ella peregrinando hacia el recién descubierto Sepulcro del Primer Peregrino cristiano de Occidente: Santiago «el Trueno», mote que le puso el mismo Jesús, el Salvador.

Tres son principales objetivos que históricamente han perseguido los peregrinos a Santiago:

1. Convertir su corazón de los «valores» derivados del pecado (orgullo, egoísmo...) a los del amor y del Evangelio, e invitar a los demás a hacer lo mismo.
2. Comprometerse con su fe y ser más coherentes con ella.
3. Manifestar a todos públicamente que creían en la herencia de Santiago, que no era otra que anunciar que Cristo vive y que es nuestra esperanza imperecedera de salvación.

Como señala el arzobispo de Santiago de Compostela, don Julián Barrio, «el Camino es peregrinación, es vía que el peregrino hace sin patria en el destierro de este mundo. Es como toda creación del hombre un signo y así, en última instancia, es figura de la vida humana. La fatiga del Camino ayuda a comprender al hombre «viator» que ha sido creado por Dios y liberado por Cristo. En este contexto el peregrino aprende a dar y a recibir, pues sólo es capaz de aceptar y de dar quien descubre que no lo posee todo y que la existencia es un caminar hacia su fin, que la vida es un camino. La experiencia religiosa de la peregrinación jacobea, teniendo como referencia al Apóstol Santiago, amigo del Señor, nos anima a trabajar para que crezcan los valores del

espíritu, plasmando lo celeste en lo terreno, la eternidad en la historia como lo manifiesta el Pórtico de la Gloria».

La formación del Camino

EL fenómeno de formación del Camino de Santiago comenzó en la primera mitad del siglo IX, pocos años después del hallazgo de la Tumba Apostólica, ocurrido hacia el año 829. Este acontecimiento ocurre cuando Europa ve peligrar su identidad y su cultura (ambas basadas en una fe común) por el avance del islam, que llega a invadir España y parte de Francia, y el adopcionismo, doctrina patrocinada por Elipando, arzobispo de Toledo, que buscaba rebajar la fe cristiana para hacerla compatible con los nuevos invasores. La noticia, dada a todos por el obispo de Iria, Teodomiro, y por el rey Alfonso II el Casto, desata un movimiento en toda Europa, que busca manifestar la solidaridad con la herencia del apóstol Santiago.

De este modo se fue creando una ruta en la que continuamente quedaba de manifiesto el amor y caridad de una sociedad con la que el peregrino se encuentra al hacer el Camino. Ésta influye en el peregrino y éste en ella. Así caminando, hicieron el Camino de Santiago.

Los siglos XII y XIII fueron los Siglos de Oro de la peregrinación a Santiago. El Renacimiento y la Reforma se vieron acompañados por ataques al fenómeno santiaguista, quizá efecto de la lógica reacción pendular siempre presente en los momentos de cambio, pero el fenómeno siguió en pie aunque sin tanta espectacularidad como la que tuvo en el medioevo. La bula de León XIII *Deus Omnipotens* significó un nuevo impulso que fue yendo a más durante el siglo XX.

El concepto cristiano de «peregrino» en la historia

LA expresión *peregrino* de suyo ha tenido un sentido amplio, como «extranjero», y en este significado aparece numerosas veces. Con la peregrinación a Santiago tomó un sentido más pre-

ciso. Así Dante, en *Vita Nuova*, 40: «Peregrino» por antonomasia es el que va a Santiago. Son palmeros los que van a Tierra Santa, romeros los que van a Roma; «por peregrino en sentido estricto, no se entiende sino el que va hacia la casa de Santiago o vuelve de ella». En la *Divina Comedia*, en el Paraíso, señalando al apóstol Santiago, dice... «ecco il varone per cui laggiù si visita Galizia» (*Divina Comedia* 25,15). Ser peregrino es dirigirse a la tumba de Santiago de Compostela. Y es hacerlo con sentido de «*pietatis causa*», es decir, con un sentido cristiano o, al menos, con alguna intención religiosa.

En toda peregrinación hay que tener en cuenta, sobre todo: la motivación, el camino y la meta.

La motivación, tratándose de peregrinar a Santiago, es dirigirse a la tumba de un Apóstol de Jesucristo; alguien que estuvo en relación personal y en contacto con Él: de Él aprendió el mensaje de Salvación, convivió durante tres años por los caminos de Palestina con las circunstancias de vivir en el tiempo y en el contexto de su inserción terrena. Los apóstoles son los responsables de la transmisión de la fe original recibida de Jesucristo. Por ello una Tumba Apostólica tiene una significación única en la Iglesia.

Es la motivación lo que hace a uno ser o no ser peregrino. Unos lo hacen con profundo sentido religioso y de penitencia para llegarse a las raíces apostólicas de la fe, otros en búsqueda de un encuentro con la fe, tal vez por primera vez, o acaso para recuperar, después de un tiempo de abandono, la fe perdida... Las diferentes actitudes pueden tener el mismo fondo en la intención. Y es la intención la que constituye a uno en peregrino.

El peregrino suele recibir la bendición de Dios para hacer este difícil camino antes de partir. Así la expresa el *Codex calixtinus* del siglo XII (L.I, cap.17):

«En nombre de nuestro Señor Jesucristo, recibe este morral hábito de tu peregrinación, para que castigado y enmendado te apresures en llegar a los pies de Santiago, a donde ansías llegar, y para que después de haber hecho el viaje, vuelvas al lado nues-

tro con gozo, con la ayuda de Dios, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

»Recibe este báculo que sea como sustento de la marcha y del trabajo, para el camino de tu peregrinación, para que puedas vencer las catervas del enemigo y llegar seguro a los pies de Santiago, y después de hecho el viaje, volver junto a nos con alegría, con la anuencia del mismo Dios, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.»

Desde que la peregrinación a la tumba de Santiago, surgida espontáneamente a lo largo de los siglos IX y X, se institucionalizó, adquiriendo determinadas consideraciones sociales y religiosas, fue necesario acreditar haberla cumplido. Para ello, primero, se utilizaron las insignias que se adquirían únicamente en Santiago consistentes en la venera o concha de vieira.

Es fácil deducir la facilidad de falsificar esta rudimentaria certificación. Falsificación que se dio efectivamente, obligando a los preladados de Compostela y al mismísimo Papa a decretar penas de excomuniación contra los falsificadores. Más eficaz, por ser más difíciles de falsificar, fueron las llamadas cartas probatorias, que ya se expedían en el siglo XIII. Estas cartas son el origen directo de la *Compostela*. En el siglo XVI los Reyes Católicos constituyeron la Fundación del Hospital Real y para él hicieron construir el edificio que hoy ocupa el Hospital de los Reyes Católicos, convertido el año 1954 en hotel de gran lujo. Los peregrinos al presentar la *Compostela*, adquirían el derecho a ser hospedados gratuitamente durante tres días. Las necesidades sanitarias de los peregrinos convirtieron a la institución, tras las necesarias ampliaciones, en el hospital más importante de Galicia y, más tarde, en sede de la famosa escuela médica compostelana.

La aparición de los vehículos a motor y, ya en nuestro siglo, la popularización del turismo, significó una cierta crisis para la peregrinación. El esfuerzo y sacrificio en expiación de los pecados que hasta este momento significó la peregrinación, dejaban el paso a una actividad placentera y agradable en que emplear las vacaciones. Las autoridades civiles en otros santuarios comenzaron a expedir certifica-

Este acto es también, de algún modo, el punto cumbre y la desembocadura de una historia de esta tierra catalana que, sobre todo desde finales del siglo XIX, dio una pléyade de santos y de fundadores, de mártires y de poetas cristianos. Historia de santidad, de creación artística y poética, nacidas de la fe, que hoy recogemos y presentamos como ofrenda a Dios en esta Eucaristía.

Benedicto XVI: Homilía en la Sagrada Familia

dos de estas visitas imitando a la Compostela (tal es el caso de Tierra Santa, donde expide un certificado el Ministerio de Turismo israelí.). Gracias a Dios, el Cabildo de la Iglesia Metropolitana de Santiago siguió expidiendo el certificado y reclamando, aunque con escaso éxito, el cumplimiento del deber fundacional por parte del hoy Hostal de los Reyes Católicos. No obstante, la catedral actualmente limitó la Compostela a aquellos que acuden a la tumba del Apóstol por motivo religioso y a pie, en bicicleta o a caballo. Para ello se exige haber recorrido como mínimo los últimos cien kilómetros a pie o a caballo o también los últimos doscientos en bicicleta; quedan excluidas, por tanto, otras formas de desplazamiento para acceder a la Compostela, excepto cuando se trate de discapacitados que pueden venir en silla de ruedas sin motor.

El Año Compostelano

COMPOSTELA goza de un singular privilegio concedido por vez primera hacia el año 1122. Aunque la bula de concesión más antigua, que conservamos, es la *Regis aeterni* del papa Alejandro III fechada en 1179, en ésta se confirma el privilegio del papa Calixto II (1118-1124). Este papa, hermano de Raimundo de Borgoña y, por lo tanto, tío del rey Alfonso VII, fue un gran benefactor de la Iglesia de Compostela. El privilegio concedido, y confirmado por Alejandro III, consiste en que cada año que el 25 de julio, fiesta del Apóstol Santiago, coincide en domingo se podrán ganar en la Iglesia de Compostela en plenitud las gracias del Jubileo.

El Año Jubilar es un año de conversión interior. Jesús comenzó su ministerio anunciando: el tiempo se ha cumplido, ha llegado el Reino de Dios. ¡Convertíos y creed la Buena Noticia! Y dice también que viene a anunciar un año de gracia del Señor (Lc 4,16).

Año Santo o Jubilar es un tiempo en que la Iglesia concede singulares gracias espirituales a los fieles a imitación de lo que la Biblia dice del Año Jubilar de los israelitas: cada siete años era Año Sabático; en él recuperaba las tierras quien las había vendido por necesidad y los esclavos adquirían la libertad. Cada cincuenta años era Año Jubilar (Lv 25).

Jesús dice que Él viene a anunciar un año de gracia del Señor (Lc 4,16). La Iglesia con el Año Jubilar concede también un especial año de gracia: El Año Santo es una gracia para todos y, singularmente, es una invitación a los que se encuentran distantes de una actitud de fe, para volver de nuevo a la vida cristiana. Los que necesitan médico son los enfermos (Mt 9,12), para volver al pastor de nuestras almas, si estamos descarriados (1 Pe 2,35).

En resumen, el Año Santo es:

– Un tiempo privilegiado de gracia que la Iglesia nos ofrece para una renovación interior (conversión) de nuestra vida cristiana.

– Una llamada desde Compostela a todos los peregrinos, para que escuchemos la Palabra de Dios predicada por Santiago, purifiquemos nuestro corazón de todo pecado y emprendamos el camino del seguimiento de Cristo, Luz del mundo, hacia la Jerusalén celeste.

– Un jubileo, junto a la tumba del apóstol Santiago, que nos hace participar de los bienes espirituales de toda la Iglesia.

– Una concesión del perdón y la misericordia de Dios, por el valor infinito del sacrificio redentor de Cristo, por la oración y méritos de la Virgen María y de todos los santos.

Y nos ofrece la posibilidad de expresar nuestra fe en Cristo Jesús, Luz del mundo, recibir el perdón y la misericordia de Dios, renovar nuestra vida cristiana a partir del Evangelio y alcanzar la gracia jubilar de la indulgencia plenaria.

La actualidad del sentido cristiano del concepto de «peregrino»

ESTE Año Santo miles de personas han peregrinado a Santiago (más de ciento cincuenta jóvenes de Schola lo hicimos este agosto). Queda ya atrás Compostela. Pero, atención, el Camino continúa, la peregrinación hacia la Jerusalén Celeste debe proseguir con un sentido constante de conversión, tal como lo hacían los peregrinos en la Edad Media.

Mención especial merece al respecto el discurso dirigido por Benedicto XVI al arzobispo de Santiago al inaugurarse el presente Año Santo Compostelano: «se abre un tiempo especial de gracia y de perdón, de la “gran perdonanza”, como dice la tradición. Una oportunidad particular para que los creyentes recapaciten sobre su genuina vocación a la santidad de vida, se impregnen de la Palabra de Dios, que ilumina e interpela, y reconozcan a Cristo, que sale a su encuentro, les acompaña en las vicisitudes de su caminar por el mundo y se entrega a ellos personalmente, sobre todo en la Eucaristía. Pero también los que no tienen fe, o tal vez la han dejado marchitar, tendrán una ocasión singular para recibir el don de “Aquel que ilumina a todos los hombres para que puedan tener finalmente vida” (*Lumen gentium*, 16). Santiago de Compostela se distingue desde tiempos remotos por ser meta eminente de peregrinos, cuyos pasos han marcado un Camino que lleva el nombre del Apóstol, hasta cuyo sepulcro acuden gentes especialmente de las más diversas

Al contemplar admirado este recinto santo de asombrosa belleza, con tanta historia de fe, pido a Dios que en esta tierra catalana se multipliquen y consoliden nuevos testimonios de santidad, que presten al mundo el gran servicio que la Iglesia puede y debe prestar a la humanidad: ser icono de la belleza divina, llama ardiente de caridad, cauce para que el mundo crea en aquel que Dios ha enviado (cf. Jn 6,29).

Benedicto XVI: Homilía en la Sagrada Familia

regiones de Europa para renovar y fortalecer su fe. Un Camino sembrado de tantas muestras de fervor, penitencia, hospitalidad, arte y cultura, que nos habla elocuentemente de las raíces espirituales del Viejo Continente».

La actualidad del significado cristiano del «peregrino» entronca con sus orígenes pues «peregrinar» a Santiago supone una gran ocasión para conocer y admirar el testimonio de fe que nos han dejado tantas generaciones desde la Edad Media. Una fe que ha conformado todos los ámbitos de la vida. Esto fue posible porque aquellos hombres vivían la vida con un sentido de «peregrinación», sabiendo que «este mundo es camino para el otro». Así, viviendo de cara al Cielo, eran capaces de aspirar a cosas grandes, de trabajar en obras que superaban con mucho sus fuerzas, como la construcción de grandes catedrales. Además, los hombres del siglo XIII entendían la gravedad del pecado: «muerte, juicio, infierno y gloria, ten cristiano en la memoria» y se ponían en camino para hacer penitencia y sobre todo «para servir a Dios y para honrar a los santos». Esta perspectiva es de gran actualidad e importancia para el cristiano del siglo XXI pues, en definitiva, supone volver al origen de los valores evangélicos.

En este sentido, Benedicto XVI nos continúa diciendo en su mensaje dirigido al arzobispo de Santiago con motivo de la inauguración del Año Santo Compostelano: «El lema de este nuevo Año Jubilar Compostelano, *Peregrinando hacia la luz*, así como la carta pastoral para esta ocasión, *Peregrinos de la fe y testigos de Cristo resucitado*, siguen fielmente esta tradición y la reproponen como una llamada evangelizadora a los hombres y mujeres de hoy, recordando el carácter esencialmente peregrino de la Iglesia y del ser cristiano en este mundo (cf. *Lumen*

gentium, 6.48-50). En el Camino se contemplan nuevos horizontes que hacen recapacitar sobre las angustias de la propia existencia y la inmensidad que el ser humano tiene dentro y fuera de sí, preparándole para ir en busca de lo que realmente su corazón anhela. Abierto a la sorpresa y la trascendencia, el peregrino se deja instruir por la Palabra de Dios, y de este modo va decantando su fe de adherencias y miedos infundados. Así hizo el Señor resucitado con los discípulos que, aturdidos y desalentados, iban de camino hacia Emaús. Cuando a la palabra se añadió el gesto de partir el pan, a los discípulos “se les abrieron los ojos” (cf. Lc 24, 31) y reconocieron al que creían sumido en la muerte. Entonces se encuentran personalmente con Cristo, que vive para siempre y forma parte de sus vidas. En ese momento, su primer y más ardiente deseo es anunciar y atestiguar lo ocurrido ante los demás (cf. Lc 24, 35). Pido fervientemente al Señor que acompañe a los peregrinos, que se dé a conocer y entre en sus corazones, “para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10). Ésta es la verdadera meta, la gracia, que el mero recorrido material del Camino no puede alcanzar por sí solo, y que lleva al peregrino a convertirse en testigo ante los demás de que Cristo vive y es nuestra esperanza imperecedera de salvación (...).».

Santiago Apóstol, ruega por nosotros, ruega por España. Cor Iesu, adveniat Regnum tuum.



Benedicto XVI aclamado por la multitud en Santiago de Compostela

La Sagrada Familia, templo expiatorio

CARLOS MAS DE XAXARS GASSÓ, PBRO.

La reparación por los pecados

EL carácter expiatorio de algunos templos tiene su origen en una nota típica de la devoción al Corazón de Jesús, que ante el olvido y desprecio del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, promueve una respuesta de amor y reparación, de entrega personal que, según la generosidad de cada uno, llegará a la reparación y expiación dolorosa de los pecados del mundo, unida al sacrificio eucarístico.

Desde la perspectiva de la revelación a santa Margarita en que Cristo se queja de la falta de correspondencia a su amor surge en la Iglesia el culto reparador que verá en el sacrificio por los pecados la oportunidad de acompañar a Cristo en su pasión y, desde la pequeñez de la criatura, aceptar su invitación a completar con nuestra respuesta lo que «falta a la pasión de Cristo». Por la Redención operada en el Calvario Cristo no sólo nos perdona sino que nos invita y nos acepta a ayudarlo como hizo con el Cirineo o la Verónica.

La reparación por los pecados, en tiempos anteriores, pudo tener una connotación jurídica —el pago de una deuda contraída por la ofensa a Dios— que ahora queda sublimada por su auténtica motivación: el deseo de corresponder al amor redentor de Cristo, de consolar al que en su queja nos ha revelado lo más profundo de su Corazón. Reparación por los pecados propios que humildemente hemos de reconocer y por los pecados del prójimo uniéndonos a la oración de Cristo en la cruz «Padre, perdónales...».

En la segunda mitad del siglo XIX surgirán compromisos colectivos de reparación por una aguda conciencia de los males de los tiempos y los pecados de los pueblos. Y así, se construirán templos con un explícito carácter de expiación y reparación en los que tendrá un lugar especial el culto eucarístico concretado en la Adoración Perpetua al Santísimo Sacramento y que serán construidos con la aportación popular que se quiere fruto de un sacrificio.

Montmartre, un antecedente

DESPUÉS de la derrota contra Prusia en la guerra de 1870 y los sucesos revolucionarios de la *Commune* en París, surgió con fuerza en el país la convicción de la necesidad de recono-

cer los pecados de Francia y de pedir perdón por ellos. En la inmediatez de aquellos acontecimientos, en 1872, se produjo la iniciativa de convocar a Francia en Lourdes para este fin cuando el santuario empezaba a ser conocido y escuchado el mensaje de la Virgen urgiendo a orar por los pecadores; fue la primera peregrinación nacional que, a lo largo de aquel año, llevó al santuario de Lourdes a unos trescientos mil franceses bajo el lema «Fe y esperanza» para rezar por las calamidades del país. Llevaba la iniciativa una señora, madame de Blic, que consiguió movilizar a todos los obispos de Francia y obtener las bendiciones del papa Pío IX. Al año siguiente, en la Asamblea Nacional francesa, se votó la construcción de un templo expiatorio en París como un edificio religioso a perpetuidad en homenaje a la memoria de los numerosos ciudadanos franceses que habían perdido la vida durante la Guerra franco-prusiana y para expiar los pecados cometidos por la Comuna de París. Fue la Basílica del Sagrado Corazón situada en lo alto de la colina de Montmartre en París. La iniciativa laical debe ser destacada con fuerza.

La primera piedra se colocó en 1875, y aunque se completó en 1914, no se consagró hasta el fin de la primera guerra mundial, en 1919. La iglesia fue construida con fondos procedentes exclusivamente de una suscripción popular nacional.

El Tibidabo

VISITABA Barcelona san Juan Bosco en una estancia de cuatro semanas desde el 8 de abril al 6 de mayo de 1886. Venía a consolidar las Escuelas Profesionales de Sarriá, fundadas dos años antes, y a conseguir ayudas para el Templo del Sagrado Corazón de Jesús que, por encargo del Papa, estaba construyendo en Roma junto a la actual estación Termini.

Esta noticia sugirió a los doce caballeros que adquirieron la cima del Tibidabo en 1876 que había llegado el momento de cumplir su compromiso de reservar la cima del monte para el culto cristiano (no a la pura diversión, ni a alguna secta, como parece se había intentado). Aquel sacerdote con fama de santo, que afrontaba la responsabilidad de una construcción en Roma, bien podría, ayudado por sus hijos, los salesianos, llevar a término algo semejante en Barcelona.



Por este motivo, el 5 de mayo de 1886, por la tarde, cuando Don Bosco iba a agradecer a la Virgen de la Merced –representada en piedra sobre la puerta de la Cripta– los bienes reportados con su visita, recibió de los propietarios un pergamino que decía: «Para perpetuar el recuerdo de vuestra visita a esta ciudad, se han reunido estos señores, y de común acuerdo han determinado cederos la propiedad del monte Tibidabo, a fin de que en la cumbre del mismo, que amenaza convertirse en un semillero de irreligión, se levante un Santuario al Sagrado Corazón de Jesús para mantener firme e indestructible la religión que con tanto celo y ejemplo nos habéis predicado y que es noble herencia de nuestros padres».

Don Bosco respondió conmovido: «Me hallo todo confuso por la inesperada y nueva prueba que me dais de vuestro sentimiento religioso y de vuestra piedad. Os lo agradezco; y sabed que en estos momentos sois instrumentos de la divina Providencia porque cumplís sus inescrutables designios. Cuando salí de Turín, pensaba para mis adentros: “Ahora está casi terminada la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Roma; es preciso que estudie otra empresa para honrar y propagar esta salutífera devoción”.

»Y una voz interior me tranquilizaba pensando que aquí podría satisfacer mi deseo; era una voz que me repetía: “¡Tibi dabo! ¡Tibi dabo!” (te daré, te daré).

»Sí, señores; sois los instrumentos de la divina Providencia; con vuestra ayuda muy pronto se le-

vantará en este monte un majestuoso santuario dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, en el cual todos podrán acercarse a los Santos Sacramentos y será un perpetuo recuerdo de vuestra caridad y de vuestro afecto a la religión católica de la que tantas y tan hermosas pruebas habéis dado».

El 29 de octubre de 1901 se inaugura el funicular hasta la cumbre del Tibidabo y el 28 de diciembre de 1902 por fin –pasados dieciséis años de la entrega a Don Bosco– el cardenal Casañas, obispo de Barcelona, pone la primera piedra del futuro templo destacando que «santificar la montaña del Tibidabo dedicándola al adorable Corazón de Jesús es, sin duda, la mejor reparación que puede ofrecerse a Dios por parte de Barcelona de las ofensas de toda clase que contra Él se cometen en nuestra ciudad... El Sagrado Corazón de Jesús se alzará en la cumbre del Tibidabo... como eficazísimo pararrayos que, desarmando los de la divina justicia irritada por nuestros pecados, los convierta en centellas de misericordia, que conmuevan y enciendan en su amor a todos los hombres».

Cuando la cripta se hallaba a mitad de la construcción, el 7 de marzo de 1909 peregrinó a la cumbre un grupo de la obra expiatoria en favor de los difuntos, presidida por su fundador monseñor Buguet. Desde entonces el Tibidabo, asociado a esta Obra, ha reforzado su título de templo expiatorio. Quien más impulsó el rasgo expiatorio del Tibidabo fue ciertamente la señora Amelia Vivé Negra, madre de familia, quien promovió sin más recursos que su fervor y su calor comunicativo una campaña de

reparación a través de privaciones cuyo producto se destinaba al Tibidabo, campaña que fue adquiriendo amplia difusión y penetración popular. Al morir el 20 de julio de 1928 su seudónimo de María Victoria tenía resonancias nacionales por lo que los muros del templo superior se levantaban a buen ritmo, cerrando las airosas columnas terminadas en marzo de 1920.

Templo nacional expiatorio

CON ocasión del Congreso Eucarístico de Madrid el 28 de junio de 1911 el arzobispo de Granada, doctor Messeguer, lo concluyó con estas palabras: «Hemos hablado del arte, hemos hablado del amor. Debemos dejar un monumento perenne de arte y de amor. Por voluntad de Dios manifestada de varios modos, los padres salesianos, que parecen destinados por Dios a impulsar prácticamente el movimiento social cristiano, están edificando un santuario en la cumbre del Tibidabo en honor al Sagrado Corazón de Jesús. Pongo pues, a vuestra aprobación, la proposición siguiente: El Congreso hace votos para que como fruto y recuerdo de esta grandiosa Asamblea, se propague por toda España la idea del Templo nacional dedicado al Sagrado Corazón en el Tibidabo a fin de que los españoles tengamos también cuanto antes nuestro Montmartre». La Asamblea, puesta en pie, aclamó con entusiasmo indescriptible esta conclusión.

El templo no se terminaría hasta 1961. La estatua actual que corona el templo fue subida el 10 de octubre y el papa Juan XXIII, al encender por primera vez la iluminación de la estatua y el templo el 21 de octubre, con ocasión de la bendición del templo, dijo: «Al iluminar este monumento al Sagrado Corazón y la montaña del Tibidabo, corona de Barcelona, pedestal y trono de Cristo Rey, queremos invocar su benevolencia sobre esta magnífica ciudad y sobre España entera, que paternalmente bendecimos».

La Sagrada Familia

EN la ciudad de Barcelona había surgido con gran fuerza la devoción a san José que llevaría a la erección del primer santuario en el mundo a él dedicado. Comenzado a construir por la Madre Petra en 1895, fue inaugurado el 20 de abril de 1902. A partir de entonces fue un centro de devoción a san José, de acogida asistencial de niños necesitados de ella, de irradiación josefina llevada por la Congregación de Madres de Desamparados y de San José de la Montaña.

Será también movido por la devoción a san José

que el librero Josep Maria Bocabella iniciará el proyecto del templo expiatorio de la Sagrada Familia, para honrar a la trinidad de la tierra: Jesús, María y José.

Y así, en paralelo al templo del Tibidabo, en la ciudad de Barcelona se construían dos templos de carácter expiatorio. ¡Qué vitalidad espiritual de aquellos tiempos en respuesta a las calamidades de la época! En una época de tantos santos fundadores de órdenes para la caridad –san Antonio M^a Claret, el padre Coll, el padre Manyanet, el padre Palau, sor Petra, la madre Ràfols, santa Joaquina de Vedruna, santa Teresa Jornet, beato Manuel Domingo y Sol, san Enrique de Ossó, santa Paula Montal...– se iniciaba el 19 de marzo de 1882 a partir del proyecto del arquitecto diocesano Francisco de Paula del Villar (1828-1901) la construcción del templo en un lugar entonces casi desértico de la ciudad. A finales de 1883, se encargó a Gaudí la continuación de las obras, labor que no abandonó hasta su muerte, en 1926. A partir de entonces, varios arquitectos han continuado la obra siguiendo la idea original de Gaudí.

El templo siempre ha sido expiatorio

EN el documento de 19 de marzo de 1882 en que el obispo José M^a Urquinaona, asistido del canónigo Morgades, obispo electo de Vic, bendecía el solar y ponía la primera piedra del Templo, se lee: «Templo Expiatorio a la Sagrada Familia para que despierte de la tibieza los corazones dormidos, exalte la fe, dé calor a la caridad, y contribuya a que el Señor se apiade del país». Es decir, desde sus inicios, hace ahora 128 años, se construye a partir de donativos fruto del sacrificio y con sentido de reparación por los pecados del mundo. El propio Gaudí dijo: «El templo expiatorio de la Sagrada Familia lo hace el pueblo y se refleja en él. Es una obra que está en las manos de Dios y en la voluntad del pueblo.» «El sacrificio es lo único fructífero. El templo de la Sagrada Familia es la catedral de los pobres, que se tiene que construir con pequeñas limosnas, fruto del sacrificio de todo el pueblo.» Y también: «El templo de la Sagrada Familia será expiatorio. Esto significa que debe nutrirse de sacrificios; si no se pudiese nutrir de ellos sería una obra censurable y no se acabaría». La palabra *expiatorio* es la que provoca sentimientos de indignación entre los sectarios.

Acabamos de celebrar la dedicación del templo por el papa Benedicto XVI después de la cobertura de las naves que ya permite empezar el culto. Glosemos aquí solamente la dimensión expiatoria del templo.

Los católicos de Francia fueron capaces en 1873 de proponer y conseguir un compromiso de la Asamble Nacional para construir un templo en Montmartre. Estaban en la conciencia de todos el desastre de la guerra Franco-Prusiana y, sobre todo, los crímenes de la revolución de la Comuna de París. Había clara conciencia del pecado de la sociedad, de los católicos y de todos y se escuchaba la llamada de la Virgen en Lourdes: orad por los pecadores.

En España también se vivieron suficientes episodios revolucionarios, de persecución a la Iglesia y de intentos de destrucción del tejido social cristiano para generar una conciencia de necesidad de oración expiatoria que acompañaba a la expansión de la devoción al Corazón de Jesús.

De ahí que los dos templos que se edificaban en Barcelona tuvieran un sentido mucho más amplio que el de la sola ciudad. En el caso del Tibidabo asumido de una manera explícita en el XXII Congreso Eucarístico Nacional en 1911. En el de la Sagrada Familia también con aportaciones de toda España.

En los tres templos será la aportación popular –«muchos pocos»– el grueso de la aportación económica con un sentido de expiación por los pecados de la sociedad.

También en los tres se deberá a los laicos la iniciativa –Montmartre y Sagrada Familia– o el empuje decisivo –Tibidabo– para su construcción.

Terminados Montmartre y Tibidabo son lugares de culto para todas las necesidades espirituales, pero destaca en ellos el culto a la Eucaristía por la Adoración perpetua en ellos establecida.

Terminada la fase de las obras que han permitido dedicar la Sagrada Familia nos podemos preguntar ahora cuál será su especificidad. El papa ha explicitado lo que todos conocemos de nuestra realidad social, el pecado del mundo actual, de nuestras sociedades y, en concreto, de nuestro país: todo cuanto contribuye a la disolución de la familia, a hacer difícil la fidelidad matrimonial y la perduración de la familia, todo cuanto se hace contra la vida y su dignidad. No creo que sea necesario apostillar la vida «desde su concepción hasta su fin», o adjetivar la familia como «tradicional». ¡La familia y la vida, basta! El Papa nos ha hablado de la familia y de la vida. Ha repetido al mundo el Evangelio de la vida, el único que puede dar respuesta a las necesidades del corazón humano. La dedicación del templo expiatorio de la Sagrada Familia parece, pues, providencial. Es la respuesta a las necesidades de nuestro tiempo. En estos tiempos el pecado que hay que expiar es el que destruye la vida y la familia.

¿Podrá ser el templo expiatorio de la Sagrada Familia el lugar de esta oración de amor a la familia alimentado en el modelo de la familia de Jesús, María y José? El hecho de ser basílica, título honorífico, ¿le hará quedarse en «Basílica de la Sagrada Familia» y arrinconar su carácter esencial de templo expiatorio?

Las torres de la Sagrada Familia forman parte de la imagen del cielo de Barcelona que seguirá cambiando a medida que prosiga la construcción de las torres que faltan, en especial la de 170 metros dedicada a Jesucristo que ha de coronar toda la construcción. La celebración del 7 de noviembre de 2010 contribuirá a lo que ha de ser un cambio decisivo: de una imagen ya característica de Barcelona, de la postal, hemos de pasar a llenar de sentido y vida el nuevo templo. Siendo extraordinaria la obra de Gaudí al poner en el exterior, para la vista de todos, lo que hasta ahora ofrecían las catedrales desde el interior con sus imágenes y vitrales, no puede ser suficiente. Es cierto que si los hombres callan, ¡las piedras hablarán, seguirán hablando en todas las lenguas! Pero nuestro deseo, el de Gaudí, el de todos los que han contribuido en los 128 años de historia de la construcción, el del Papa, es que la Sagrada Familia sea mucho más que el edificio religioso que deslumbra por su belleza y genialidad. Que sea el refugio de los que han de soportar la persecución –por incruenta quizás más difícil de sobrellevar– de un mundo que no quiere que Él reine sobre nosotros. Que sea el hogar acogedor y caluroso para los pobres de esta civilización: los de alimento y necesidades materiales y, sobre todo, los de calor de familia, de padre, de madre, de esposo, de esposa, de hijos... Que sea el lugar donde encuentren fuerza interior los que se han de enfrentar como médicos, enfermeras, asistentes sociales, padres, al moderno Moloch que odia la vida y que del no nacido pasará pronto (ya lo ha hecho) al anciano y luego, después de privar al hombre de sentido para su vida, le ayudará al suicidio «caritativo».

Seguro que, en adelante, los primeros bancos del Templo, se reservarán para aquellos que nuestro mundo –muchas de nuestras autoridades que el día de la dedicación con tanto afán los ocuparon– no quiere y que el Papa visitó en su despedida de Barcelona: los disminuidos físicos o psíquicos que no dan la talla para la calidad de vida que el mundo exige. Fue un gesto que habla al mundo del corazón del Evangelio: el amor gratuito por excelencia, el que se da a los que nada pueden dar y todo lo necesitan, y que los hijos de la Iglesia han de mostrar al mundo para que se pueda reencontrar con la verdad del hombre y la felicidad.

Jesús, María y José, rogad por nosotros.

«San José acabará el Templo»

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA DEL VILLAR

Tres Josés promotores del Templo: Bocabella, el padre Rodríguez y el padre Mañanet

MONTSERRAT fue cuna de la Asociación Josefina. En el monasterio benedictino Josep Maria Bocabella concibió la idea de fundar una asociación para llegar a Dios mediante la intercesión de san José, el triunfo de la Iglesia en las difíciles circunstancias que atravesaba el mundo en general, y en particular nuestra católica España», escribía *El propagador de la devoción a san José*. La Virgen «Moreneta» inspiró al librero Josep Maria Bocabella a que fundara en 1866 la Asociación Espiritual de Devotos del Glorioso Patriarca san José. En noviembre de 1870 apareció publicada la cédula de agregación de Pío IX en la asociación, cumplimentada de su puño y letra, con esta esperanzadora invocación: «María y José, que fueron el sostén de la Iglesia en su cuna, vuelven a ocupar hoy en los corazones el lugar que nunca hubieran debido perder. Una vez más se salvará el mundo.»

La asociación precisaba de un boletín, y su consiliario, el mercedario padre José María Rodríguez, entusiasta josefino, conocedor de que en Francia el marista José María Huguet editaba un *Propagador de san José*, propuso a Bocabella que le escribiera pidiéndole permiso para reproducir sus artículos. El hermano Huguet le autorizó, y le felicitó por su iniciativa «de una publicación destinada a proclamar en el reino que vio nacer a santa Teresa, las glorias de san José, y que, sin duda, habrá de atraer su bendición para que los infernales proyectos revolucionarios sean desbaratados por José y la Inmaculada María».

Bajo la dirección del padre Rodríguez salía el 8 de diciembre de 1866 el primer número de *El propagador de la devoción a san José*, del que se tiraron 25.000 ejemplares «con el fin de extender por España y sus dominios el culto del glorioso Patriarca, alcanzar del cielo, por su mediación, el triunfo de la Iglesia sobre sus enemigos, consolar al bondadoso e inmortal Pío IX en sus tribulaciones, y socorrerle pecuniariamente». *El propagador* se extiende por toda España, llegando a contar en pocos años con 20.000 suscriptores.

San José Mañanet y Vives, fundador de los «Hijos de la Sagrada Familia», que conocía a Bocabella como impresor de sus libros, tomó la iniciativa en 24 de Junio de 1869 de escribir al obispo de Urgel, José Caixal, proponiéndole la construcción de un

templo expiatorio «al glorioso Patriarca san José, patrón de la Iglesia universal y restaurador de España»; y añade: «Este pensamiento lo comuniqué más tarde al Sr. D. José Bocabella de Barcelona, quien lo inició en *El propagador de la devoción a san José*, (abril de 1874) dando todo esto pie al levantamiento del famoso templo de la Sagrada Familia».

Lo que se lee en *El propagador* de dicha fecha, escrito por fray José M^a Rodríguez, entonces vicario general de la Orden mercedaria y director del boletín, es: «Hermanos josefinos... he aquí un proyecto concebido tiempo hace por el celoso promotor de nuestra Asociación, el editor de nuestro “Propagador”, que os voy a explicar, pues, sin duda, así lo quiere san José... quiero llamar vuestra atención sobre lo que está sucediendo actualmente en Roma y en Francia respecto a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Roma, con asentimiento del Santo Padre, ha hecho voto de erigir un templo en honor del divino Corazón, luego que la Iglesia haya alcanzado el triunfo. Los católicos de Francia se han unido para levantar en el famoso Montmartre un grandioso santuario al adorable Corazón de Jesús en agradecimiento de las misericordias que les ha dispensado y a fin de merecer de nuevas. ¿Por qué, pues, los españoles devotísimos de san José no habríamos de seguir tan bellos ejemplos, y levantar a nuestra vez una iglesia dedicada a la Sagrada Familia?»

«Presidirá la entrada de la iglesia Pío IX teniendo en la mano los tres decretos con que ha glorificado en la Tierra a la Sagrada Familia»

JOSÉ María Bocabella, en *El Propagador* de febrero de 1875, daba cuenta a sus lectores de más detalles de su proyecto: «Se levantará en Barcelona, cuna de la asociación josefina que tanta gloria ha procurado a san José, y por lo tanto a la Sagrada Familia en nuestra patria... un templo... en cuyos altares se venerarán los dolores y gozos de san José... y a cuya entrada habrá un monumento con una estatua colosal de Pío IX teniendo en la mano los tres decretos con que ha glorificado en la Tierra a la Sagrada Familia, esto es, la extensión del culto del Sagrado Corazón de Jesús a toda la Iglesia católica, la declaración de la Inmaculada Concepción de María como dogma de fe, y la elección de san José por patrón de la Iglesia universal».



«Mi participación como arquitecto... fue un milagro de san José.» (Antoni Gaudí)

AL retirarse del proyecto el inicial arquitecto Francisco del Villar, Bocabella, pidió a san José que le enviara otro arquitecto, al que le inspirase lo que quería que fuera, y san José le envió al genial artífice que habría de proyectar y comenzar a construir su Templo. Años después el propio Gaudí así lo reconocería: «En la Sagrada Familia todo es fruto de la Providencia, incluida mi participación como arquitecto;... la dimisión de Villar fue un milagro de san José.» En diciembre de 1884 Gaudí entregaba el proyecto del altar de san José de la cripta. Bocabella, poco después, diría: «Gaudí es un regalo de la Providencia; lo envió san José»; en realidad era la misma Providencia obrando mediante su arquitecto, pues, como dice santo Tomás: «Cuando Dios elige a uno para algún ministerio, le da la disposición de suficiencia que es menester para ejercitarlo».

Bocabella veía las flaquezas espirituales de Gaudí, lógicas en el joven hijo de un calderero de pueblo, inmerso en el ambiente liberal de Barcelona. Le encomendó a san José, pues ahora era nada menos que el arquitecto de su Templo, y para convencerle de que debía ser su apóstol, con la excusa de que le ayudaría a comprender la simbología que habría de expresar en piedra, le regaló el «Año Litúrgico» del abad benedictino de Solesmes Dom. Próspero Guéranger. Su lectura le apasionó, y allí aprendió Gaudí a «abrir su espíritu a Dios, a crear un espacio de belleza, de fe y de esperanza, que lleva al hombre al encuentro con quien es la Verdad y la Belleza misma. Y a entender que: «Un templo [es] la única cosa digna de representar el sentir de un pueblo, ya que la religión es la cosa más elevada en el hombre» (Benedicto XVI)

Confirma el Papa en la audiencia general del 10 de noviembre que lo más significativo es que la obra del Templo cambió la vida de Gaudí: «Desde el momento en que aceptó el encargo de construcción de esa iglesia, su vida fue marcada por un cambio profundo», mediante «una intensa práctica de oración, ayuno y pobreza, advirtiendo la necesidad de prepararse espiritualmente para lograr expresar en la realidad material el misterio insondable de Dios». Mientras Gaudí «trabajaba en la construcción del templo, Dios construía en él el edificio espiritual, reforzándolo en la fe y acercándolo cada vez más a la intimidad de Cristo».

La compenetración entre el librero y el arquitecto fue creciendo, hasta el punto que, como dice Antonio Oliva, «Gaudí quedaba extasiado al oír a Bocabella, cuya fe y devoción le transmitía, y cuya voz era para él como palabra dirigida de lo alto.

«En cuanto a recursos, confesamos que se necesitan muchos, pero tenemos una ciega confianza en la protección de san José...» –y prosigue–: «Llevada a feliz término la construcción de la iglesia, se trasladaría procesionalmente el Santísimo Sacramento y el grupo de la Sagrada Familia, invitando a dicho acto a todos los ilustrísimos prelados de España, instándoles a que con su presencia se dignen hacer más solemne el acto. Entonces el Episcopado reunido podría consagrar nuestra nación a la Sagrada Familia y pedir al Sumo Pontífice que ordenase un rezo y señalase un día para venerar a la Sagrada Familia unida.»

«Hubiéramos podido creer que el Templo que soñamos sería cosa nuestra, pero la Providencia quiere que sea obra suya, obra de Dios, no de los hombres.» (José M^a Bocabella)

EL *captaire* (mendigo) del Temple», Bocabella, se las ingeniaba para recaudar limosnas con que construirlo, pero poco recibía. Lo que más sorprendía a Gaudí es ver que no se desanimaba ni rebajaba sus ambiciosos proyectos. Al contrario, escribía: «¡Esto va muy bien! Si nuestras gestiones hubieran sido enseguida coronadas por el éxito, hubiéramos podido creer que el Templo que soñamos sería cosa nuestra. Pero la Providencia nos acaba de decir que quiere que sea obra suya, obra de Dios, no de los hombres. Que se hará cuando Dios quiera. Prosigamos con fe».

En estos días hemos podido comprobar cómo esta convicción de José María Bocabella, transmitida por él a Gaudí, no era ni ilusoria ni infundada. Por encima de intentos de celebrar el acontecimiento como muestra del genio de un arquitecto y del orgullo colectivo de un pueblo, debemos humildemente reconocer que la erección de este Templo «no es cosa nuestra», que «es obra de Dios, no de los hombres». Desde esta perspectiva providencial, todo es sencillo: el que hoy podamos contemplar este magnífico templo ha sido, y es, un milagro continuado de san José, que seguirá, pues, como aseguraba Gaudí, el Templo se concluirá «cuando Dios quiera».

Gaudí sabía lo que quería Bocabella antes de que éste abriera la boca.»

«Ahora soy ya el portero del Templo... San José es un santo que tiene muchos recursos, San José lo acabará.» (Antoni Gaudí)

MOSÉN Lluís Bonet i Armengol, párroco de la Sagrada Familia y vicepostulador de la causa de beatificación de Gaudí, ha escrito: «Cuando el dinero faltaba del todo, Gaudí se convertía en mendicante. Iba por las calles de Barcelona a pedir. Muchos pensaron que estaba loco. No concebían que un hombre de su genio, que habría podido tener enormes riquezas si se hubiera limitado a los proyectos que la rica burguesía le pedía, pensara en cambio sólo en aquel templo «que quizás nunca podría acabarse». Pero a él no le importaban las habladurías, continuó construyendo con las ofrendas de la gente pobre. Al preguntar a Gaudí cuando acabaría el Templo, decía: «Mi cliente no tiene prisa»... «Las catedrales se levantaron con la fe y el esfuerzo de muchas generaciones durante varios siglos, Dios lo quiso así para que hayan sido más ricas y completas. La nuestra también será así. Y si alguien cuestionaba si se podría sufragarla, contestaba confiado: «No se apure: san José es un santo que tiene muchos recursos... san José acabará este templo.» Pocos meses antes de su muerte, viviendo ya en la pobre casa del guarda, a la entrada de las obras, con el venerable siervo de Dios, el párroco Mosén Gil Parés, mártir diez años después en julio de 1936, Antoni Gaudí reconocía: «Tengo sesenta y cuatro años, y la mitad de ellos los he empleado en este templo, y ahora soy ya su portero...»

«Desde hoy esta iglesia –que Vuestra Santidad declarará basílica– estará dedicada al culto litúrgico.» (Cardenal Lluís Martínez Sistach)

EN 2010, los designios de la Providencia encomendados a san José, han dado un paso más: el Templo Expiatorio de la Sagrada Familia ha sido nominado basílica, por lo que en adelante debe ser llamado basílica expiatoria de la Sagrada Familia, al tiempo que su espectacular recinto se ha adecuado para admiración de millones de visitantes.

El pasado 7 de noviembre el Templo ha sido dedicado con singular esplendor litúrgico por Su Santidad el Papa, a quien el cardenal Martínez Sistach se lo ha presentado con estas palabras: «Desde hoy esta iglesia –que al finalizar la celebración Vuestra

Santidad declarará basílica– estará dedicada al culto litúrgico... celebración de la fe, oración, anuncio de la Palabra de Dios...», declaración que comporta solemne compromiso de que la basílica ha de ser casa del Dios vivo, en la que ha de recibir adoración y culto cotidiano, dejando pronto de estar éste relegado a unas pocas horas en la cripta en que se inició hace 125 años, para ser litúrgicamente celebrado en el nuevo altar ungido con el santo crisma por el Papa, bajo la bóveda de majestuosas columnas de la basílica.

«La Sagrada Familia no es la última de las catedrales, sino la primera de la segunda tanda.» (Antoni Gaudí)

CONCLUIDA la fachada de la Gloria, en no más de quince años se espera queden erigidas, las cuatro torres de los evangelistas, la de la Virgen María y la de Jesucristo, de 170 metros de altura, pináculo eclesial más alto del mundo. San José, sombra del Padre Eterno en la Sagrada Familia de Nazaret, y en la de Barcelona, prosigue su tarea, que hará que para entonces la gran basílica haya instaurado y practique con esplendor parejo a su arquitectura, el culto permanente que con carácter expiatorio inspiró su erección, para que no sólo los turistas, sino todos los barceloneses podamos participar cotidianamente de su magnificencia, tal como, inspirados por san José, quisieron sus promotores, el santo padre Mañanet, Bocabella, Rodríguez y Gaudí.

La ya basílica expiatoria de la Sagrada Familia es obra de futuro, por lo que el cabal y completo cumplimiento de su providencial designio está reservado para nuevos tiempos que se avecinan de reinado de Cristo. Así lo intuía Antoni Gaudí, cuando Joan Maragall, próximo entonces a la Institución Libre de Enseñanza, acompañó a su amigo Giner de los Ríos a visitar las obras del Templo. Asombrado, Giner le felicitó con frase ambigua: «Verdaderamente, es la última de las catedrales», a lo que el intuitivo Gaudí respondió de inmediato con inspirada frase profética: «O la primera de la segunda tanda».

Pidamos al glorioso Patriarca la gracia de la imperturbable seguridad de Gaudí que ha admirado a Benedicto XVI, y que le hacía decir, lleno de confianza en la divina Providencia: «San José acabará el templo», seguridad de la que ya ha sido prueba palpable la gozosa presencia del Papa José entre nosotros. Magnífico anticipo de lo que habrá de ser, Deo volente, la próxima Jornada Mundial de la Juventud en Madrid.

Gaudí y la Sagrada Familia

JAVIER BARRAICOA

Ilustrador del Apocalipsis

AUNQUE muchos han tratado de presentarnos un Gaudí esotérico, donde su catolicismo sería una excusa para ocultar una obra masónica, podemos afirmar que el arquitecto fue sinceramente católico tras un proceso de conversión. Ya en la escuela de arquitectura, el curso de 1874-1875, esbozó una magnífica puerta de cementerio, inspirada en el texto de Ap 4,1, que reza: «Después de estas cosas, tuve una visión y vi una puerta abierta en el cielo». La puerta estaba ornamentada con motivos apocalípticos y ese espíritu poco a poco se fue manifestando a su alma. De hecho, años después, ante sus dudas sobre si aceptar o no el proyecto de la Sagrada Familia, le espetaron la siguiente consideración, que fue definitiva: «El Apocalipsis es la fuente de inspiración de los templos cristianos de todos los tiempos». Y en cierta medida, eso es lo que quedará reflejado en la Sagrada Familia, con la apoteosis de la fachada de la Gloria: el juicio final y el triunfo de la Iglesia.

Gaudí, para prepararse ante tan magna obra inició, en la cuaresma siguiente a la aceptación del proyecto, una intensa penitencia de ayuno. Encerrado en su casa, no abría la puerta a los amigos. Éstos, preocupados por su vida, hubieron de acudir a Torras y Bages para que lo rescatara de su penitencia. Gaudí había asumido aquella máxima de Fra Angélico: «Quien desee pintar a Cristo sólo tiene un camino: vivir con Cristo». Este proceso de identificación con Cristo, al igual que los pintores de iconos, lo inició Gaudí en esa cuaresma y ya le acompañó toda su vida. Podemos decir que el genial arquitecto catalán se sometió a los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. Por un lado fue célibe toda su vida, por otro vivió una pobreza y austeridad evangélicas, admirables debido a su fama y prestigio. Hasta llegó a ser confundido con un pobre debido a su plante humilde. Sin embargo, incluso en esta actitud vital, emanaba un porte especial. En algún momento llegó a decir: «No hay que confundir la pobreza con la miseria. La pobreza lleva a la elegancia y la belleza».

Arte y liturgia

RESPECTO a la obediencia, Gaudí la manifestó especialmente en el servicio a la liturgia. Entre las obras de su biblioteca, se encontraban desde el *Kempis*, hasta el *Misal romano*, pasando por obras tan entrañables como *El criterio*, de Balmes, *El Canigó* y *L'Atlàntida*, de Verdaguer, o las obras que Torras y Bages le remitía. Pero cabe destacar entre ellas *El Año Litúrgico*, de Dom Guéranger. Éste fue el reformador de Solesmes y uno de los grandes impulsores de la reforma litúrgica tan decaída a finales del siglo XIX. Gaudí fue concibiendo la Sagrada Familia como una liturgia en piedra que debía servir a las verdades de fe. La obediencia del arquitecto se manifestó en una anécdota. No entendía por qué una norma litúrgica obligaba a cubrir el sagrario con un canópeo (el velo). Gaudí pensaba que esta norma dificultaba que la belleza de los sagrarios se manifestara. Un amigo le sugirió que escribiera a Roma para ver si era posible obviar esa norma. Desde Roma contestaron que no, pues cumplía unas funciones litúrgicas. Gaudí lejos de enfadarse lo aceptó, pues empezó a entender que el arte está al servicio de la liturgia y no al revés.

Una de las pasiones de nuestro protagonista, que quedó reflejada en la Sagrada Familia, era su devoción al canto gregoriano. Gaudí acudía frecuentemente a San Felipe Neri, famosa ya por su dedicación a la música sacra, y donde estaba su director espiritual, el padre Agustí Mas Folch (carlista y mártir en 1936). Ahí se apuntó a cursos de gregoriano que inspiraron tanto las torres campanario, como la coral de la Sagrada Familia. El espacio elevado de la coral, fue diseñado para tres mil cantores, deseando que sus voces resonaran fuera del Templo. Igualmente, las torres debían albergar campanas tubulares que acompañaran a la coral. Así, en cada una de las torres, se escriben nueve «Sanctus»: tres en honor al Padre, tres en honor al Hijo, tres en honor al Espíritu Santo. Tanto la piedra, como las voces humanas, debían estar al servicio del culto.

De Gaudí, que poco escribió, nos quedan muchos testimonios que recogieron sus sentencias y reflexiones. Una de ellas, sentenciaba: «la gloria es la luz, la luz es la alegría y la alegría es el placer del espíritu». De ahí que la Sagrada Familia se convierta en una obra genial, al tratar de resolver los problemas de los constructores de catedrales respecto a la luz.

La obsesión de Gaudí por hallar esas soluciones, responde al sentido del arte cristiano. Había frecuentado el círculo artístico de Sant Lluc, que acogía a los artistas católicos en Barcelona. Las sesiones inaugurales, fueron dictadas por Torras y Bages que era el consiliario. Leyendo esas conferencias, se descubre cómo Gaudí se inspiró en ellas en sus reflexiones sobre la luz, el esplendor y la gloria, así como del arte y la belleza como reflejo de la divinidad. Esas conferencias, a su vez, estaban inspiradas en los textos de santo Tomás que aluden al arte.

El origen josefino de la Sagrada Familia

LA Sagrada Familia se remonta en su origen, como idea y sentir, a la figura del padre Mañanet. Este insigne santo catalán, fundador de la Congregación de los hijos de la Sagrada Familia, ante los acontecimientos que rodeaban a España y la Iglesia, tuvo una suerte de inspiración o inquietud. Había sido testigo de la revolución septembrina, de las persecuciones religiosas que se estaban viviendo en España y, sobre todo, de los ataques que estaba recibiendo el Papado con el surgimiento de la unificación de Italia y el robo de los Estados Pontificios. Se iba además a convocar el Concilio Vaticano I con grave riesgo para la Iglesia universal. Ante todo ello, escribió una carta al obispo Caixal en la que le relataba: «Me vino la idea de interesar al glorioso patriarca san José en este importantísimo negocio por medio de la erección de un templo expiatorio fabricado por la caridad de los españoles, grabando en su frontispicio, para memoria de las generaciones futuras, éstas o parecidas palabras: Al glorioso patriarca san José, Patrón de la Iglesia universal y restaurador de España».

El padre Mañanet, envió una copia de esta carta a un hombre singular: José María Bocabella, que era el editor de *El propagador de san José*. Éste era el boletín de la asociación espiritual de devotos de san José. Será Bocabella el que tome el reto de iniciar ese templo, solicitando a través de *El propagador* las limosnas que permitan erigir esa obra. La iglesia aunque previamente fue encargada a otro arquitecto, posteriormente pasaría a manos de Gaudí. El arquitecto catalán siempre tuvo claro estos orígenes de la Sagrada Familia y en alguna ocasión llegó a expresar que si ese templo no iba a ser expiatorio, entonces no tendría ningún sentido. Al colocarse la primera piedra, el 19 de marzo de 1882, *El Correo Catalán* publicaba unas significativas frases: «Expiar, es decir, pedir a Dios perdón y misericordia por los pecados que contra Él se cometen en España, y de los que no ha mucho se cometieron en los templos de Barcelona».

La modernidad acechaba con persecuciones que más tarde se reproducirán, en 1909, con la Semana Trágica de la que Gaudí fue testigo de primera mano. La Iglesia, desde Pío VII había contemplado la modernidad como una rebelión contra la Cristiandad. Este Papa sufrió en sus propias carnes el secuestro de Napoleón y su sentencia de muerte contra la Iglesia. Ante ello, secuestrado en el castillo de Fontainebleau, confió a san José la protección de la Iglesia y su misión fue tan bien cumplida que, al poco, Napoleón retornó los Estados Pontificios al Papa. Desde entonces, la Iglesia siempre ha visto a san José como el remedio a los males sociales que trae la modernidad, como bien se refleja en la *Quamquam pluries* de León XIII, o en la *Divini Redemptoris* de Pío XI, hasta llegar a la *Redemptoris custos*, de Juan Pablo II. Gaudí no quiso olvidarse de san José, que tantas veces aparece en la fachada del Nacimiento, y así diseñó para el centro de la Sagrada Familia el mejor homenaje. Rodeando el altar por el ábside, debían construirse siete capillas en honor a los siete dolores y gozos de san José. También, en el inicio del claustro del Rosario, reflejó en una pequeña escultura, a un anarquista que, mirando a la Virgen del Rosario, desiste de lanzar una bomba.

La fachada de la Gloria

NUESTRO arquitecto soñó una fachada fascinante que serviría de pórtico para adentrarse en la Jerusalén celeste que pretende representar el interior del templo. Así como en la fachada del Nacimiento encontramos tres puertas que representan la fe, la esperanza y la caridad (la puerta central), así en la fachada de la Gloria deben ir siete puertas. Ésta significarían los siete sacramentos como los instrumentos para alcanzar la gracia y conseguir la gloria. Sobre cada uno de los siete pórticos deberían ir inscritas las siete peticiones del padrenuestro, asociadas cada una a un sacramento. En las bóvedas de las puertas deberían plasmarse las bienaventuranzas. En el friso de la puerta deberían representarse una multitud de almas surgiendo entre las llamas, que fueran más bellas en la medida que se alzarán sobre la fachada, representando así las almas del purgatorio y cómo se van purificando y embelleciendo en la medida que se acercan a la gloria. Por encima de ellas iría una multitud de representaciones. Por un lado columnas que significarían las virtudes naturales y los dones del Espíritu Santo. En los frisos de las columnas se escribirían los nombres de las virtudes y en los pedestales los de los vicios opuestos. Se representarían las imágenes de la Iglesia: el arca de Noé, el arca de la Alianza y la casa de la familia de Nazaret. También ten-

drían su lugar, Adán y Eva, la Sagrada Familia, y más arriba una representación de la Trinidad. En la fachada, también, iluminado permanentemente estaría inscrito el Credo y unas nubes representarían la Gloria.

Otro de los proyectos de Gaudí para esta fachada, posiblemente irrealizable en nuestros días, era construir un subterráneo bajo la calle Mallorca. Ahí se emplazarían representaciones de monstruos e ídolos paganos, representando el infierno. Una apertura permitiría contemplar la fachada de la Gloria, para que así los devotos y visitantes tuvieran una pequeña aproximación de lo que se sentiría en el infierno contemplando una gloria inalcanzable ya. Es indu-

dable que un sentir catequético acompaña la obra. El templo había sido iniciado en lo que entonces era un arrabal de Barcelona, y Gaudí quiso plantearlo como una catequesis en piedra donde se reflejaran las verdades de fe. Por eso se dice que la Sagrada Familia es el único templo del mundo donde los iconos no están dentro, sino puestos en el exterior. Cuando alguien le dijo que esa era la última catedral, Gaudí respondió que no, que esa: «era la primera catedral de la segunda etapa». Reflejaba así una esperanza de resurgimiento de la Cristiandad. Quizá en estos tiempos aciagos, y con esta basílica, se cumplan aquellas palabras del Evangelio: «Si vosotros calláis, hablarán las piedras».

«Gaudí, inspirado por el ardor de su fe cristiana, logró convertir este templo en una alabanza a Dios hecha piedra»

Palabras del Santo Padre en la ceremonia del Ángelus en la plaza de la Sagrada Familia

Hermanos y hermanas en Nuestro Señor Jesucristo:

Ayer, en Puerto Alegre, Brasil, tuvo lugar la ceremonia de beatificación de la sierva de Dios María Bárbara de la Santísima Trinidad, fundadora de la Congregación de las Hermanas del Inmaculado Corazón de María. Que la fe profunda y la ardiente caridad con que ella siguió a Cristo, susciten en muchos el deseo de entregar por completo su vida a la mayor gloria de Dios y al servicio generoso de los hermanos, especialmente de los más pobres y necesitados.

Hoy, he tenido el enorme gozo de dedicar este templo a quien siendo Hijo del Altísimo, se anonadó haciéndose hombre y, al amparo de José y María, en el silencio del hogar de Nazaret, nos ha enseñado sin palabras, la dignidad y el valor primordial del matrimonio y la familia, esperanza de la humanidad, en la que la vida encuentra acogida, desde su concepción a su declive natural. Nos ha enseñado también que toda la Iglesia, escuchando y cumpliendo su Palabra, se convierte en su familia. Y más aún nos ha encomendado ser semilla de fraternidad que sembrada en todos los corazones aliente la esperanza.

Imbuido de la devoción a la Sagrada Familia de Nazaret, que difundió entre el pueblo catalán san José Manyanet, el genio de Antoni Gaudí, inspirado por el ardor de su fe cristiana, logró convertir este tem-

plo en una alabanza a Dios hecha piedra. Una alabanza a Dios que, como en el nacimiento de Cristo, tuviera como protagonistas a las personas más humildes y sencillas. En efecto, Gaudí, con su obra, pretendía llevar el Evangelio a todo el pueblo. Por eso concibió los tres pórticos del exterior del templo como una catequesis sobre Jesucristo, como un gran rosario, que es la oración de los sencillos, en el que se pueden contemplar los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos de Nuestro Señor. Pero también, y en colaboración con el párroco Gil Parés, diseñó y financió con sus propios ahorros la creación de una escuela para los hijos de los albañiles y para los niños de las familias más humildes del barrio, entonces un suburbio marginado de Barcelona. Hacía así realidad la convicción que expresaba con estas palabras: «Los pobres siempre han de encontrar acogida en el templo, que es la caridad cristiana».

Esta mañana he tenido también la satisfacción de declarar este templo como basílica menor. En ella, hombres y mujeres de todos los continentes admirarán la fachada del Nacimiento. Nosotros, ahora, meditamos el misterio de la Encarnación y elevamos nuestra plegaria a la Madre de Dios con las palabras del Ángel, y le confiamos nuestra vida y la de toda la Iglesia, al tiempo que suplicamos el don de la paz para todos los hombres de buena voluntad.

La Sagrada Familia: «La fe de los sencillos es la fuerza de la Iglesia»

GERARDO MANRESA PRESAS

Como una catedral del Medievo

HACE POCOS días, Benedicto XVI consagró el templo expiatorio de la Sagrada Familia y, al igual que millones de personas que lo han visitado, quedó impresionado. Pero su mirada fue más allá y el miércoles siguiente a la visita aún recordaba con gozo el templo, su historia y la entrega amorosa de Gaudí a su obra para hacer el bien y llevar a los hombres a Dios. Entre otras cosas, el Papa decía: «Al contemplar la grandiosidad y la belleza de ese edificio, que invita a elevar la mirada y el alma hacia lo Alto, hacia Dios, recordaba las grandes construcciones religiosas, como las catedrales del Medievo, que marcaron profundamente la historia y la fisonomía de las principales ciudades de Europa».

Y uno se puede preguntar, ¿por qué en el siglo XIX y XX, en que el espíritu religioso de los pueblos ha sido ametrallado por la Revolución y en el plano social hay un laicismo tal que oprime a los creyentes, se plantea construir un templo de una grandiosidad y belleza tal que invita a elevar la mirada y el alma hacia lo Alto, hacia Dios? ¿Por qué este templo se continúa construyendo en el siglo XX, e incluso en el XXI, cuando la Iglesia católica es atacada por los gobiernos de casi todos los países del mundo occidental, incluso por el Gobierno de España y el Gobierno autonómico de Cataluña? ¿Qué es lo que tiene el pueblo catalán fiel que en esta época, con las limosnas de varias generaciones de fieles católicos y con la oposición de la mayoría de los ilustrados del siglo, que querían dejar el templo abandonado, ha podido imponer su voluntad y acabar de construir el templo de la Sagrada Familia, que va a ser el nuevo símbolo de la ciudad de Barcelona?

Fidelidad y amor a la figura del Romano Pontífice

SI repasamos la historia podemos afirmar que la fidelidad de nuestro pueblo a la fe, que en su día predicó san Pablo y sus sucesores ha sido una constante a lo largo de todos los siglos. Desde san Fructuoso y sus diáconos, que en el siglo IV fueron los primeros que dieron su sangre por Cristo, hasta el siglo XX, en que muchos mártires siguieron el mismo camino, la fe en Cristo y la fidelidad a

su sucesor, el Romano Pontífice, se ha mantenido, no por nuestros méritos sino por la gracia de Dios, y a pesar de los graves inconvenientes que en muchos momentos se han opuesto a esta fidelidad. No pretendemos ahora repasar la historia de todos estos siglos, pero sí acercarnos un poco a los últimos siglos para poder contemplar la fuente que alimentó la idea de construir esta catedral digna del Medievo, como dice Benedicto XVI.

La fidelidad al Romano Pontífice, representante de Cristo en la tierra, y a la Iglesia que el pueblo catalán ha mantenido durante siglos quedó patente en el siglo XIX, en los momentos de la mayor persecución del mundo contemporáneo a la Iglesia en la persona del Papa.

En noviembre de 1848 el papa Pío IX tuvo que huir del Vaticano y refugiarse en Gaeta, por el ataque de las fuerzas revolucionarias italianas a los Estados Pontificios. Aunque volvió en abril de 1850, la persecución continuaría hasta la total pérdida de los Estados Pontificios y el encierro del papa en el Vaticano. En esta situación, en 1862, el papa Pío IX convocó a todos los obispos en Roma y les informó de las dificultades para defender los Estados Pontificios y pidió a todo el mundo católico oraciones invocando a san José y la propagación de su devoción, con la esperanza de que el protector de María y Jesús en su vida familiar sería también el protector de la Iglesia.

El señor Bocabella fue uno de los primeros barceloneses en cumplir estas peticiones del Papa y en seguida puso manos a la obra para su difusión. Por un lado, en 1862, instó al padre Claret (hoy día san Antonio María Claret) para que fundara la Lliga sacerdotal de Sant Josep, para los sacerdotes y en 1865, en Montserrat, ante una imagen de la Sagrada Familia tuvo la inspiración de fundar la Asociación Espiritual de Devotos de San José, para que los fieles pidieran diariamente a san José por el Santo Padre Pío IX. Al año siguiente convenció al obispo doctor Monserrat, y fue aprobada la Asociación y para mayor extensión publicó también un boletín titulado *El propagador de la devoción a san José*. En diciembre apareció el primer boletín con una tirada de 25.000 ejemplares. La expansión de esta asociación fue espectacular y en 1871 ya cuatrocientas mil personas se habían adherido a esta comunidad de oraciones a san José por el papa Pío IX. Cada año se le

hacían llegar al Santo Padre los donativos recibidos en la Asociación, fruto de los sacrificios de miles de personas sencillas que amaban al Santo Padre y rezaban a san José por su persona y por la Iglesia. Fue en 1871 cuando Bocabella, tras una audiencia con el Santo Padre, fue a Loreto y decidió construir en Barcelona, en honor a san José, un santuario a la Sagrada Familia de Nazaret. Así nació la idea del templo de la Sagrada Familia.

Bocabella quiso construir un templo como el de Loreto, pero cuando Gaudí se hizo cargo de la obra le cambió la idea y le convenció de que debía ser construido un templo mucho mayor, no por una generación, sino que, como las catedrales antiguas, su construcción debería durar muchos años.

El templo, por ser expiatorio, debía ser construido con las pequeñas limosnas que aportaban los socios devotos de san José y demás personas que quisieran que Barcelona tuviera un templo dedicado a la Sagrada Familia. Durante muchos años, a lo largo de seis generaciones, los fieles de Barcelona y del pueblo catalán han ido aportando sus pequeños ahorros, fruto de sus sacrificios, para su construcción. Incluso el mismo Gaudí paseaba por las calles pidiendo limosnas y urgía a sus amigos a que las diesen.

La lucha del pueblo fiel con los poderosos

A medida que pasaron los años fue creciendo la opinión de importantes colectivos de dirigentes, tanto civiles como políticos, de que, ya fuera por falta de espíritu religioso o por espíritu antirreligioso o por odio a la Iglesia, no veían bien la culminación de dicha obra y ponían cualquier inconveniente a su finalización. Esta postura contrastaba con el deseo de la mayoría del pueblo sencillo que participaba con sus donativos en las cuestaciones públicas que se realizaban por la ciudad de Barcelona. Se intentaba convencer al pueblo fiel de la inutilidad de sus sacrificios con razones ilustradas, que consideraban esta obra fuera de tiempo y de lugar; o que se estaba desfigurando la obra arquitectónica de Gaudí y era más apropiado dejarla tal como estaba; o por razones económicas –gastar tanto dinero en una obra mastodónica cuando hay otras cosas que hacer–, o bien con las razones del laicismo que domina la época.

Así ha ocurrido con el viaje del Santo Padre a Barcelona. La visita deseada y esperada con gran fe

e ilusión por la mayor parte de barceloneses y catalanes fieles y sencillos, ha sido criticada y rechazada por los que dominan, ya sea política o intelectualmente, al servicio del espíritu del mal. Pero todo se ha visto desbordado por el bien que ha sido para todos la visita de Benedicto XVI.

Hace pocos días, el 11 de octubre, Benedicto XVI en la inauguración del Sínodo de las Iglesias orientales, tomaba un texto del capítulo 12 del Apocalipsis para reflejar la situación actual en el mundo, que creo refleja también lo ocurrido con el templo de la Sagrada Familia.

Benedicto XVI comparó la escalofriante lucha de la «Mujer revestida del sol» contra el «enorme Dragón rojo como el fuego», narrada en el Apocalipsis, a la batalla que hoy libran las ideologías y poderes, incluso los «capitales anónimos que esclavizan al hombre». En la visión bíblica, «el Dragón se puso delante de la Mujer que iba a dar a luz, para devorar a su hijo en cuanto naciera», explica el versículo 4. «La Mujer tuvo un hijo varón que debía regir a todas las naciones con un cetro de hierro. Pero el hijo fue elevado hasta Dios y hasta su trono», dice la Escritura.

En el versículo 15 de ese capítulo del Apocalipsis puede leerse que el dragón vomita detrás de la Mujer como un río de agua para que la arrastre. «Pero la tierra vino en ayuda de la Mujer, abrió su boca y se tragó el río que el dragón había vomitado».

El Papa interpretó este río como las «corrientes que dominan a todos y que quieren hacer desaparecer la fe de la Iglesia, la cual ya no parece tener sitio ante la fuerza de estas corrientes que se imponen como la única racionalidad, como la única forma de vivir». «Y la tierra que absorbe estas corrientes es la fe de los sencillos, que no se deja arrastrar por estos ríos y salva a la Madre y al Hijo», añadió. «Esta auténtica sabiduría de la fe sencilla, que no se deja devorar por las aguas, es la fuerza de la Iglesia».

Esto es lo que ha ocurrido durante todos estos años con el templo de la Sagrada Familia: el pueblo sencillo, con sus sacrificios y limosnas, fiel hijo de la Iglesia, ha absorbido las corrientes de todas las tentaciones del demonio que en boca de los poderes del mundo han querido ver fracasada la culminación de este templo de la Sagrada Familia que ha de ser un centro de culto para dar mucha gloria a Dios, y para que, como dice Benedicto XVI, esta tierra catalana que, sobre todo desde finales del siglo XIX, dio una pléyade de santos y de fundadores, de mártires y de poetas cristianos, los continúe dando en el siglo XXI.



Josep M.ª Bocabella

La realeza de Cristo y de María

Una mística experiencia de santo Domingo de Silos

GUILLERMO PONS PONS

El desarrollo doctrinal acerca de Cristo Rey y de María Reina

LA santidad y las virtudes del santo abad de Silos, que en el siglo XI fue una figura muy destacada en el reino de Castilla al restaurar ese monasterio después de las demoledoras incursiones de Almanzor, llenaron de admiración a reyes y preladados, así como a todo el pueblo. La veneración de este santo se extendió por toda España, después de su muerte, especialmente porque muchos cautivos cristianos manifestaron haberse visto maravillosamente liberados al invocarle en el tiempo de su triste condición de cautividad.

No es mi intención exponer el desarrollo de su fecunda vida y de su labor como abad del monasterio al que logró elevar a una gran altura espiritual y al que supo también transformar en un valioso emporio de cultura y de arte. Sólo quiero destacar una manifestación suya que se produjo durante su última enfermedad y en momentos cercanos a su glorioso tránsito, en la cual se halla una referencia a Cristo Rey y a la realeza de María. Estos datos nos son conocidos gracias a la biografía latina que escribió su discípulo Grimaldo y a la vida que, basándose en las mismas fuentes contemporáneas del santo, compuso en el siglo XIII en hermosos y sugestivos versos Gonzalo de Berceo, el primer poeta castellano cuyo nombre conocemos.

En el decurso de los tiempos la riqueza doctrinal contenida en las fuentes de la revelación va adquiriendo a veces un notable desarrollo en cuanto que se avanza en su conocimiento y se van descubriendo con nueva claridad diversos aspectos que adquieren una mayor explicitación. Esto es lo que ha acaecido respecto de la realeza de Cristo que queda muy de relieve en diversos pasajes de la Sagrada Escritura, y lo mismo ocurre en cuanto a la condición regia de María, que al menos implícitamente queda también de manifiesto por razón de su maternidad divina y porque además a ella le pertenece «una cierta participación en aquel influjo eficaz por el que su Hijo y nuestro Redentor justamente se dice que reina en las mentes y voluntades de los hombres».¹

En tiempos bastante cercanos a nosotros el magisterio pontificio se ha expresado con mucha claridad y precisión teológica respecto de la realeza de Cristo y

de María. Pío XI, cuyo lema pontificio era *Pax Christi in regno Christi*, ya en su primera encíclica *Ubi arcano* (23 de diciembre de 1922) relacionaba muy destacadamente la paz de las naciones con el reinado social de Cristo; pero sobre todo en otra encíclica suya, *Quas primas* (11 de diciembre de 1925), con la cual instituyó la fiesta litúrgica de Cristo Rey, se desenvolvía el concepto teológico del reinado de Cristo, precisando que no se trataba de una concepción hierocrática, sino de una doctrina de ámbito religioso, que, sin embargo, no podía dejar de tener consecuencias para la sociedad en cuanto que ésta no puede independizarse de los principios de la moralidad, del hecho de la revelación y del magisterio eclesial. El deseo que subyacía en el documento era el de que la manifestación pública de la adhesión a Cristo fuera la consecuencia de una ferviente vida cristiana conducida bajo la inspiración y la efectividad del reinado interior de Cristo en las almas.²

Pío XII el 11 de octubre de 1954, año que por el mismo Papa había sido declarado como especialmente dedicado a María por celebrarse el centenario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, instituía la fiesta de la realeza de María mediante la encíclica *Ad coeli Reginam*. El Pontífice iniciaba el documento con estas expresivas palabras: «A la Reina del cielo, ya desde los primeros siglos de la Iglesia católica, elevó el pueblo cristiano suplicantes oraciones e himnos de alabanza y piedad, así en sus tiempos de felicidad y alegría como en los de angustia y peligros; y nunca faltó la esperanza en la Madre del Rey divino, Jesucristo, ni languideció aquella fe que nos enseña cómo la Virgen María, madre de Dios, reina en todo el mundo con maternal corazón, al igual que está coronada con la gloria de la realeza en la bienaventuranza celestial».³

Es evidente que esta floración de la doctrina católica sobre la realeza de Cristo y de María se había ido manifestando mediante un fructífero proceso basado en las fuentes de la revelación y en el sentido de la fe

1. Pío XII, encíclica *Ad coeli Reginam*, 11 octubre 1954.

2. Un buen estudio con amplios y oportunos comentarios sobre la doctrina de Pío XI acerca del reinado de Cristo puede verse en L. CANO, «Reinaré en España», Encuentro, Madrid 2008, pp. 180-210.

3. *Ad coeli Reginam*, 1.

(*sensus fidei*) del pueblo cristiano, que se pone de manifiesto ya en la época patrística y que en la Alta Edad Media se pondrá de relieve mediante actitudes y expresiones de unas peculiares características.

La exaltación de Cristo, cuyo reino no tendrá fin

LA proclamación del «Reino de Dios» por Cristo ocupa un lugar esencial en su ministerio y acerca de sí mismo Él asegura: *Me ha sido dado todo poner en el cielo y en la tierra; id, pues; enseñad a todas las gentes* (Mt 28, 18-19). San Jerónimo comenta este texto diciendo: «Le ha sido dado poder en el cielo y en la tierra para que aquel que antes [de la encarnación] reinaba en el cielo, por la fe de los creyentes reine sobre la tierra».⁴

Es de especial importancia el testimonio del *Símbolo Niceno-constantinopolitano*: «Está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos; y su reino no tendrá fin».⁵ En san Agustín hallamos esta clara manifestación acerca de la realeza del Salvador: «Como el mismo Cristo que procede de la estirpe de David según la carne y *que es sobre todas las cosas Dios digno de ser bendecido por los siglos de los siglos* (Rm 9, 5) es nuestro rey y nuestro Dios: nuestro rey en cuanto que nació de la tribu de Judá según la carne, Cristo Señor y Salvador; y nuestro Dios, en cuanto que Él existe antes de Judá y antes del cielo y de la tierra, *por quien fueron hechas todas las cosas*, tanto las espirituales como las corporales».⁶

Entre la copiosa himnodia medieval hallamos un himno a la Santa Cruz, de autor anónimo, perteneciente al siglo XI, cuya primera estrofa dice así: *Christe, Rex regum, dominator orbis, / Angelorum lux, hominum Redemptor, / Vita, pax, virtus, via, spes salusque / Unica mundi*.⁷ («Oh Cristo, Rey de reyes, dominador del universo, / luz de los ángeles, de los hombres redentor, / vida, paz, fuerza, camino, esperanza y salvación / única del mundo»).

María, reina y señora

AL comentar los Santos Padres el misterio de la anunciación del Señor y la visitación de María a Isabel no pueden dejar de intuir la dignidad regia de la que es escogida como Madre

del Señor, del cual se anuncia que *le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin* (Lc 1, 32-33); y al considerar el saludo de Isabel a María, en el que se le dice: *¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?* (Lc 1, 43).

El reino que, de acuerdo con las profecías, se establece dentro de la descendencia davídica y que, por encima de todas las expectativas, constituye el reino eterno y universal del Ungido del Señor, reino que no tendrá fin, y que afecta a la persona de la Madre del Salvador, la cual obtiene una dignidad que alcanza una relevancia de algún modo parecida a la de la «*guebirâ*», o sea, a la reina madre según el uso de la dinastía davídica, aunque la supere extraordinariamente. Ella, en efecto, por divina disposición, participará en la obra salvadora de Cristo, por la cual a los fieles se les *otorgará ampliamente la entrada al reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo* (2 Pe, 1, 11).

De estas realidades de gracia deriva el que desde los primeros siglos los Padres de la Iglesia designaran a María como *Señora*, en el sentido de madre de Jesucristo, nuestro Rey y Señor y así también asociada a Él, como Reina. En el siglo VII san Ildefonso de Toledo ve la dignidad real de María asociada íntimamente a la de Cristo y al hacer al Señor ofrenda de su escrito sobre la *Perpetua virginidad de María*, exclama: «Para ser siervo devoto del Hijo del Padre, deseo fielmente el servicio de la Madre. Pues así se refiere al Señor lo que sirve a la esclava, así redundará en honor del Hijo lo que se emplea en la Madre, así pasa al Rey el honor que se emplea en el servicio de la Reina».⁸

En san Andrés de Creta hallamos también una explícita referencia a María como Reina de los cielos, en un sermón sobre la Dormición de María, en el que dice: «La Iglesia, reina de la multitud de los creyentes, acompaña hoy en su triunfo y ofrece con regocijo sus mejores obsequios a la Reina de todo el género humano, a la que Dios, rey y señor del universo, con triunfal magnificencia, constituye Reina de los cielos».⁹

En el siglo XI aparece la famosa antífona mariana *Salve, Regina misericordiae*, también con la variante más difundida *Salve, Regina, Mater misericordiae*. Se ha atribuido a diversos poetas. Jacobo de Vorágine la considera como obra del obispo de Compostela san Pedro de Monsoro.¹⁰ Esta composición constituye uno de los testimonios principales de la proclamación que se haya hecho en la Iglesia de la realeza de María.

4. *Comentario al Evangelio de Mateo* 4, 28, 1820: CCL 77, 282-283; BPa 45, 322.

5. *Símbolo del Concilio Constantinopolitano I. La fe de la Iglesia* BAC 446, 854.

6. *Enarraciones sobre los salmos*, 75, 1: BAC 246, 985.

7. M. A. MARCOS CASQUERO – J. OROZ RETA, *Lírica latina medieval*, II, BAC, Madrid 1997, p. 400.

8. *De la perpetua virginidad de María*, 12: BAC 320, 152.

9. *Sermón 2º sobre la Dormición*: PG 97, 1079.

10. M. A. MARCOS CASQUERO – J. OROZ RETA, *Lírica latina*, cit., p. 420.

La invocación a María como Reina alcanzará gran difusión en el siglo XII, especialmente por obra de abades y autores cistercienses, sobre todo en la himnodia asuncionista. *Locum tenet Regi Regina proximum* (La Reina ocupa un lugar cercano al Rey) se canta en un extenso himno que se inicia con el verso *Laetus plaudat coetus Ecclesiae*¹¹ y de ese mismo tiempo es la muy difundida antífona *Ave, Regina coelorum*.

Al siglo anterior, el undécimo, pertenece el hermoso testimonio acerca de la realeza de Cristo y de María, que se encuentra en los relatos auténticos de la vida de santo Domingo de Silos que a continuación pasamos a exponer.

En el tránsito del santo abad de Silos

EN el mes de diciembre del año del Señor 1073 el monasterio de Silos se hallaba envuelto en una situación de incertidumbre, pero al mismo tiempo de esperanza en lo que afectaba a la vida que se iba apagando de su santo abad y restaurador de la vida monástica. Era en el tiempo de Adviento y en los días en que, según la liturgia hispánica se iba a celebrar la hermosa fiesta de la Expectación del parto de la Virgen Madre de Dios. El santo gozaba de una profunda veneración por parte de sus monjes, de los vecinos del monasterio y de la gente toda de la región, en la cual la vida de santidad del padre Domingo resplandecía con un maravilloso fulgor del alma que era percibido tanto por las personas de más relieve, los reyes de Castilla, los prelados y los abades de los monasterios cercanos, como por sus hijos espirituales que bajo su guía experta y bondadosa se habían consagrado al Señor, observando la regla de san Benito.

La vida del santo había transcurrido en medio de no pocas incertidumbres y dificultades, pero la paz monástica se había instalado, por encima de sinsabores y problemas, en su alma generosa y desprendida. Había experimentado alternativas de absurdas intrusiones regias en el monaquismo por lo que hubo de alejarse del rey don García de Nájera, hijo de Sancho el Mayor de Navarra; pero el rey de Castilla don Fernando le confió el arduo trabajo de restaurar el monasterio de Silos. Había realizado esta obra con esfuerzo y constancia. Al finalizar el año 1073 presentía el abad que era el Rey celestial quien le estaba llamando. Berceo nos lo presenta comunicando a los monjes su presentimiento:

«Frayres, díxoles, muérome, poca es la mi vida:
Toda mi hacienda contadla por complida.
A Dios vos encomiendo, la mi grey querida,
Él vos guarde de cueta et de mala caída».¹²

11. J. M.^a BOVER, *La Asunción de María*, BAC, Madrid, 1947, p. 351.

Según narran las crónicas, el 14 de diciembre llamó el abad al prior y al mayordomo del monasterio y les advirtió que prepararan lo necesario porque iban a llegar en breve el obispo y los reyes. Se creía que, en efecto, el obispo de Burgos don Jimeno podría llegar para la fiesta de la Expectación, pero la anunciada venida de los reyes se consideraba fuera de cualquier posibilidad. Quienes recibieron el encargo supusieron que la fiebre era la causa verdadera del aviso que el abad les dirigiera.

Al oscurecer del día 17 llegó el obispo, gran amigo y confidente del santo. Al día siguiente, el prelado decidió dejar el monasterio. El abad parecía un tanto recuperado y el obispo se propuso regresar a su sede en vistas a las próximas celebraciones navideñas, pero el santo le rogaba que permaneciera un poco más y que se iría «cuando Dios lo indicara». Ante las razones del obispo, el abad con rostro risueño le dijo: «Marchaos, pues, y que Dios os bendiga; pero veréis cómo regresáis muy pronto».

Al alborear el día de la Expectación de Nuestra Señora, el abad dirigiéndose a los dos referidos monjes, les habló así: «En verdad os digo que los reyes han llegado a la casa esta noche y han estado conmigo en la iglesia desde las doce hasta el alba». Y luego añadió: «Hijuelos, hijitos míos, el Rey y la Reina me han invitado esta noche para dentro de tres días al convite sacratísimo de la gloria. Ya mi gozo es cumplido...».¹³

Efectivamente, el 20 de diciembre aconteció el glorioso tránsito del santo abad:

«Fo cerrando los ojos el santo confesor,
apretó bien los labros, non vidieste mejor,
alçó ambas las manos a Dios nuestro Señor
rendió a Él la alma a muy grand su sabor».¹⁴

El monje de Silos Dom Rafael Alcocer, que moriría mártir, estando en el priorato de Nuestra Señora de Montserrat de Madrid en 1936, al final de su hermosa biografía de santo Domingo escribe: «Con razón le llama Berceo *lucerna de grandes luces*. Tenía en su espíritu la alborada que recreaba en su rostro; las luminosidades opulentas y cálidas con que los hombres superiores alientan a los demás en su marcha y les alumbran el camino».¹⁵

12. GONZALO DE BERCEO, *Vida de santo Domingo de Silos*, estrofa 494.

13. RAFAEL ALCOCER, *Santo Domingo de Silos*, Burgos 1974, pp. 284-287.

14. GONZALO DE BERCEO, *Vida de santo Domingo de Silos*, estrofa 521.

15. RAFAEL ALCOCER, *Santo Domingo de Silos*, cit. p. 296.

San André Bessette, apóstol de la devoción a san José

MARTA MONTAGUT PORCAR

«Les envió un santo»

SAN André Bessette nació el 9 de agosto de 1845 en Saint-Grégoire d'Iberville, cerca de Montreal (Canadá) en el seno de una humilde familia numerosa, desprovista de bienes terrenales pero rica en virtudes. En el bautismo recibió el nombre de Alfred. Su padre, carpintero de oficio, murió al ser aplastado por un árbol, contando Alfred sólo nueve años. Su madre se dedicó a educar a sus hijos en la fe y les hablaba de Jesús, María y José, pero tres años más tarde murió víctima de tuberculosis. Con doce años sus tíos le acogieron y le consideraron como un hijo y él les correspondió con obediencia y afecto. Su párroco, André Provençal, se percató de su pureza de sentimientos y de su caridad poco frecuente a su edad. Le tomó especial afecto y le preparó cuidadosamente para la Primera Comunión, enseñándole a invocar a san José, patrono de Canadá.

Pero sus tíos son pobres, y para ganarse la vida Alfred deja la escuela y se pone a trabajar en casa de un zapatero y luego ayudando a un agricultor. Comienza por aquella época a intensificar su práctica de vida espiritual levantándose muy temprano para rezar el vía crucis, hacer largo rato de oración, rezar el rosario varias veces al día, conversar a menudo con san José, confiándole sus trabajos, sus penas y sus alegrías y también hace penitencia.

Tras ejercer en casa de un herrero, a los veinte años emigra a los Estados Unidos, donde encontrará ocupación en una hilandería y una granja.

Durante sus años en tierras norteamericanas, Alfred siguió manteniendo contacto con su párroco, el padre Provençal. En 1869 recibe de él una carta que le conturba: el párroco le propone que ingrese en la vida religiosa como simple fraile. La vida religiosa le atrae, pero no está seguro de que su precaria salud le permita ser aceptado y perseverar. Durante seis meses le rezó a san José para que le iluminase. Finalmente, un domingo de diciembre, vuelve a Saint-Césaire y le dice al ya anciano padre Provençal que está decidido a ser religioso y ambos, llenos de gozo, dirigen una plegaria de agradecimiento a san José.

En el otoño de 1870, Alfred se dirige al noviciado de la Congregación de la Santa Cruz de Montreal, dedicada a la docencia. Es acogido con gran bondad por el padre superior, a quien el padre Provençal ha-

bía escrito: «Les envió un santo para su comunidad». Al estar familiarizado con todo tipo de trabajos, el joven cumple de buen grado las diferentes tareas que se le encomiendan, en unión con Jesús y bajo la mirada de san José. El 27 de diciembre recibe el hábito y toma el nombre de fray André, en memoria del padre André Provençal.

El nuevo fraile es nombrado portero del colegio que se encuentra junto al noviciado, pero su salud es tan precaria que sus superiores hablan de no admitirlo a la profesión religiosa. Un día en que el obispo de Montreal visita el colegio fray André se arroja a sus pies para suplicarle que interceda para que le permitan profesar los votos. Le revela con sencillez su deseo de servir a Dios y a sus hermanos en las tareas cotidianas y le habla de su especial devoción por san José, en honor del cual le gustaría construir un santuario en lo alto de una colina cercana. El prelado, que acaricia también en secreto la posibilidad de edificar una iglesia monumental dedicada a san José, le responde: «No temas, serás admitido a la profesión». Así, ante la sorpresa de sus hermanos de religión, que lo consideran un simple, profesa el 28 de diciembre de 1871.

«Dejado en la puerta»

UNA vez profesado, fray André continúa destinado a la portería. Al final de su vida, dirá con humor: «Al acabar el noviciado, los superiores me dejaron en la puerta... Allí me quedé cuarenta años, sin irme». Sus días transcurren en una conserjería estrecha, con una mesa, algunas sillas y un banco como único mobiliario. Siempre está allí, atento a las necesidades de todos, sonriente y servicial. Pero su tarea no resulta fácil. Continuamente están llamando a la puerta y el fraile recibe a los visitantes, los acompaña hasta el locutorio y corre luego a buscar al religioso o al alumno correspondiente. A veces le tratan con aspereza, pues el religioso al que buscan no está disponible, y en ocasiones la visita se va dando un portazo. Semejantes disgustos le producen a veces impaciencias, de las que se arrepiente enseguida amargamente. Durante la noche, hasta bien tarde, está arrodillado lavando, encerando y sacando brillo al suelo de locutorios y pasillos. Una vez terminada la jornada, se cuele en la capilla y se entrega a un largo rato de oración.

Fray André ejerce también las tareas de lavandería, enfermería, peluquería y aún tiene tiempo de conversar amistosamente con los alumnos, ayudándoles en su vida espiritual. Cuando alguna vez consigue que le sustituyan en la portería, su mayor alegría consiste en trepar por entre las zarzas hacia la cercana colina de Montreal, donde, en medio de una profunda oración, se entrega en lo más hondo de su corazón a un diálogo secreto con san José. Después de bajar del montículo, reanuda su trabajo con gran fidelidad a su deber de estado, como si nada. Su humildad consiste en aceptar estar donde Dios lo ha situado, cumpliendo con su banal tarea, a imitación de san José.

Vida ordinaria pero favor extraordinario

TRAS quince años de vida religiosa, fray André recibe del Santo Patriarca la gracia de hacer milagros. La Divina Sabiduría se complace de este modo en dejar constancia de una parte de su poder a un instrumento humilde y dócil, para el mayor beneficio de los hombres. Consciente de su debilidad, fray André, lejos de vanagloriarse del don recibido, repite sin cesar que sólo es un agente de san José, nada más. «Lo que yo pueda hacer de prodigioso –asegura– es un simple favor que Dios concede para que el mundo abra los ojos. ¡Pero, por desgracia, el mundo permanece ciego!».

Una noche, mientras se encuentra junto a un alumno enfermo de difteria, recibe una inspiración: sin hacer ruido, baja a la capilla, toma una medalla de san José y vuelve a subir. «Hermano, ¿por qué me ha dejado solo? Estoy sufriendo mucho. – Ya no vas a sufrir más», contesta el religioso mientras se pone a frotar con la medalla el cuello del joven, a la vez que reza a san José. Después el enfermo se durmió y al despertarse al alba exclamó: «¡Hermano, estoy curado!».

Algún tiempo después, fray André visita al procurador del colegio, quien le comenta que hace ya un mes que tiene una herida en la pierna que no consigue curar. La llaga tiene mal aspecto y está preocupado al pensar en todo el trabajo que tiene acumulado en el despacho. «Haga una novena al padre adoptivo del Divino Maestro; sólo nueve días nos separan de su festividad», le aconseja nuestro fraile. Llegado el día de san José, la llaga ha desaparecido por completo; ante el asombro de todos, el procurador baja a la capilla.

La noticia de los primeros milagros de fray André se difunde por toda la ciudad, y los enfermos empiezan a acudir con la esperanza de ser curados. La afluencia alcanza enseguida tales dimensiones que el superior se conmueve y asigna a fray André un

local abandonado y miserable para que pueda recibirlos. Si bien cura los cuerpos, el fraile pone cuidado sobre todo en la salvación de las almas. A un enfermo que acude a verlo, le dice: «Si quiere que san José le cure, abandone a la mujer con quien vive en fornicación y vuelva a visitarme». Y a otro, le dice: «Vaya a confesarse y empiece una novena a san José. –¿A confesarse? ¡Si hace veinte años que no lo hago! ¡Le prometo que me confesaré!». Y la curación se produjo enseguida.

Su bondad y compasión se emparejaban con una notable lucidez. Ante los numerosos pedidos de curación que recibía comentaba: «Es sorprendente como la gente viene a mi pidiendo curaciones, pero rara vez humildad y fe. Sin embargo, ambas son tan importantes...», y agregaba: «Si el alma está enferma, debemos empezar por curarla». Por lo tanto, con frecuencia preguntaba a las personas que venían a consultarle: «¿Tiene usted fe en Dios? ¿Cree que puede hacer algo por usted? Vaya a confesarse, comulgue y luego vuelva a visitarme».

El hermano André comprendía el sentido y el valor del sufrimiento. «Las personas que sufren tienen algo que ofrecer a Dios y cuando logran sobrellevar este sufrimiento es cuando se produce ¡el milagro de cada día!...». A una persona que estaba sufriendo le recomendó cómo llevar cristianamente el sufrimiento: «No pidas que desaparezca el sufrimiento, pide más bien la gracia de poder sobrellevarlo bien».

Pero la actividad de fray André también provoca reacciones adversas. Entre ellas la del doctor Joseph Charette, quien ridiculizaba sus actitudes. Un día su esposa tuvo una fuerte hemorragia nasal que no había manera de detener. Ella pidió que le llevaran donde el religioso, pero el médico rehusó. «¿Dices que me amas y serías capaz de dejarme morir desangrada?», le dijo su mujer. Charette se dirigió donde fray André, quien le respondió: «Doctor, regrese a casa que la hemorragia se ha detenido». Y así fue.

Su actitud distante en presencia de extraños contrastaba drásticamente con su jovialidad y buen humor que demostraba entre amigos. Era muy bromista y con frecuencia decía: «No deben ponerse tristes, hace bien reírse un poco». Era muy alegre e intentaba siempre comunicar su alegría a los demás, especialmente a los pobres y desafortunados.

Por las tardes el hermano André visitaba hogares y hospitales en compañía de algún amigo. Uno de ellos contaría en una ocasión: «Naturalmente, el hermano André tenía buen corazón, pero creo que era más bien el amor a Dios lo que le llevaba a ocuparse de los enfermos, de los pobres y de los desdichados». De hecho, ponía tanto empeño y buen humor en sus salidas diarias que algunos lo considera-

ban como «un viejo intrépido al que le gustaba pasear en el coche de algún amigo». Pero ante comentarios de este tipo fray André replicó un día: «Hay quienes piensan que visito a los enfermos por simple placer. Después de una jornada de trabajo, está lejos de ser un placer...».

El Oratorio

Los jueves, fray André se llevaba consigo a algunos alumnos y profesores a Mont-Royal. Poco a poco, va tomando cuerpo el proyecto de edificar un oratorio en la ladera de la montaña. En julio de 1896, se adquieren los terrenos y es colocada una estatua de san José en la cavidad de una roca, donde fray André recibirá en adelante a los enfermos mientras dure el buen tiempo. Muy pronto se eleva una capilla: «el Oratorio». En la época de vacaciones, fray André está siempre allí hasta la noche, pues sus superiores le dejan ahora total libertad de acción.

A partir de 1908, fray André vive permanentemente en el Oratorio, instalado en lo alto de la capilla, donde recibe a toda clase de personas. «No tengo poder alguno. Nada de lo que hago en las curaciones procede de mí, sino que todo viene de san José, que consigue esas gracias excepcionales de Dios. Soy únicamente un vil instrumento del que se sirve el patrono de la Iglesia para realizar prodigios, para suscitar conversiones y progresos en la perfección cristiana». Más que las curaciones, lo que le importa es la repercusión espiritual de los milagros en las almas.

En 1912, como algunas peregrinaciones consiguen reunir a más de diez mil personas, el Oratorio se queda pequeño y se decide ampliarlo. Pronto el arzobispo de Montreal considera la posibilidad de construir una basílica en honor de san José. Primeramente se construye una cripta espaciosa, cerca de la cual se habilita un convento para los religiosos de la Santa Cruz, que se encargarán del servicio del santuario. Existen además amplias terrazas y jardines que permiten recibir a las multitudes. Fray André prevé un gran movimiento de adoración a Dios, así como la conversión en masa de los pecadores, pero todavía queda pendiente conseguir el dinero para la construcción de la basílica. Para ello se crea la revista *Los Anales de san José* y la Cofradía de san José, que enseguida consigue reunir a más de treinta mil afiliados. Finalmente, un grupo de devotos se dedica a cosechar fondos en los Estados Unidos.

En 1924 se ponen los pilares de la basílica y los trabajos duran hasta 1930, cuando debido a la muerte del arquitecto y a la falta de fondos las obras han

de pararse. Sin embargo, el humilde fraile no pierde la confianza. Todos los años, él mismo emprende una gira de recolecta por los Estados Unidos. A principios de 1936, durante la reunión del consejo de la capilla de Mont-Royal, exclama: «Vayamos a llevar de inmediato la estatua de san José al ábside de la basílica y nuestro santo patrono se encargará de cubrirla con la cúpula». Dicho y hecho. Poco tiempo después se pide un préstamo, cubierto rápidamente por las donaciones y los trabajos se reanudan.

Este excepcional anciano de casi noventa años sorprende por la juventud de su corazón. «Nos imaginamos la fe cristiana como algo muy viejo. Pero se trata de un error, ¡es completamente joven!». En efecto, para Dios todo está presente. Esta verdad influye profundamente en la oración y en la contemplación de fray André. Según la recomendación de san Ignacio en los Ejercicios, él se imagina las escenas de la vida de Jesús como si estuviera allí en realidad. De ese modo, cuando habla con san José se imagina que trabaja junto a él en el taller de Nazaret, o cuando reza el vía crucis sigue a Jesús como si asistiera personalmente a la Pasión. Estas contemplaciones vivientes aumentan su amor a Dios y su caridad para con el prójimo.

«La continuación de los trabajos está asegurada. Ahora resulto inútil; es hora de irme». Es ya un venerable nonagenario, agotado por el trabajo; siente como le abandonan las fuerzas y ya sólo recibe a los enfermos dos días a la semana.

El miércoles 6 de enero de 1937, entrega su alma a Dios y entra en la verdadera vida. Más de un millón de personas asistieron a su funeral, a pesar del mal tiempo que hacía. Su cuerpo reposa en una sencilla tumba en el interior del magnífico santuario de San José en Mont-Royal, donde cada año se acercan más de dos millones y medio de peregrinos.

En 1982 fue beatificado por Juan Pablo II y el pasado 17 de octubre canonizado por Benedicto XVI. Como ha dicho este último en la homilía de canonización: «Muy poco instruido, entendió, sin embargo, dónde se encontraba lo esencial de su fe. Para él, creer significa someterse libremente y por amor a la voluntad divina. Habitado todo él por el misterio de Jesús, vivió la bienaventuranza de los corazones puros, la de la rectitud personal. Esta simplicidad ha permitido a muchos ver a Dios».

Aprendamos de san José y san André el amor por la oración. «¿La confianza de fray André en la virtud de la oración acaso no es una de las indicaciones más preciadas para los hombres y mujeres de nuestro tiempo, que intentan resolver sus problemas sin tener en cuenta a Dios?» —preguntaba Juan Pablo II en su beatificación.

Que san André Bessette nos ayude también a crecer en devoción a san José.

La casa de san Pedro

RAMÓN GELPÍ SABATER
www.christusregnat.com

Hemos visto en anteriores comentarios que Jesús tenía la base de su predicación en Cafarnaúm, y concretamente en casa de Simón Pedro. Vamos a contemplarlo con los ojos de la fe, analizando los textos evangélicos que nos dan pie para esta composición de lugar:

«... Saliendo de la sinagoga, entró en la casa de Simón. La suegra de Simón estaba aquejada de una fiebre muy alta e intercedieron ante Él en su favor. Se inclinó hacia ella, conminó a la fiebre, y la fiebre cedió completamente; levantándose enseguida, se puso a servirles ...» (Lc 38-39)

Este episodio de la curación de la suegra de san Pedro y que narran los tres sinópticos, es el que permite suponer que esta estancia de Jesús no era una circunstancia ocasional, sino que realmente se hospedaba allí. Se narran muchos episodios en los que Jesús está en una casa y la gente se agolpa para entrar; en estos no se dice si es o no la casa de san Pedro, pero cabe pensar que generalmente así debió ser. Sabemos por la narración evangélica que la Virgen acompañó a Jesús en gran parte de la vida pública. De hecho, muchos comentaristas suponen que al ser rechazado en Nazaret, Jesús se llevó a su Madre a Cafarnaúm (Jn 2, 12 y Mt 4, 13) donde, con toda probabilidad se hospedó en casa de Simón Pedro.

Se advierte, por la existencia de una suegra, que san Pedro estaba o estuvo casado (algunos piensan, con buena lógica, que era viudo cuando recibió la vocación) e incluso existe una antigua tradición que le atribuye una hija, venerada como santa Petronila, pero no hay verdaderos fundamentos para ello. Tampoco se sabe nada de las posibles circunstancias familiares de los demás apóstoles, pero precisamente por esto debemos suponerles célibes. Sí es evidente, leyendo el texto, que la casa de san Pedro era el «cuartel general» de Nuestro Señor, durante su larga residencia en Cafarnaúm, y así lo hemos enfocado siempre en nuestra contemplación. También lo creen así muchos comentaristas bíblicos.

Como hemos dicho, la Virgen María acompañaría a Jesús en algunos casos, en su predicación por Galilea, pero en otras ocasiones debió de quedarse en Cafarnaúm con los parientes más allegados, y pro-

bablemente con algunas de las santas mujeres que se hacían cargo de la intendencia. A este respecto cabe citar un pasaje de san Marcos en el que se habla precisamente de esta intendencia: «... *Vueltos a casa, se congregó de nuevo la muchedumbre, de manera que no podían ponerse a comer. Enterados los suyos, salieron para recogerlo, pues decían que lo volvían loco ...*» (Mc 3, 20-21). Parece claro que, cuando estaban en Cafarnaúm «los suyos» se ocupaban de que comiera, cosa que seguramente Jesús desatendía bastante, movido por su celo apostólico.

Curación de un paralítico

El episodio más notable de los que ocurrieron «en una casa» en Cafarnaúm, es la curación de un paralítico que es descolgado desde la azotea. ¿Fue en la casa de san Pedro? Puede ser, pero no es necesario que cuando ocurrieron los hechos Jesús se encontrara, precisamente, en la casa en la que se hospedaba. Veamos la narración concordada:

«... Le llevaron allí un paralítico, acostado en el lecho. [(Mc 2) Y tantos se congregaron, que ni en el patio cabían. Él les dirigía la palabra. Entonces le trajeron al paralítico, transportado por cuatro personas. Y al no poder presentárselo a causa de la multitud, descubrieron el techo por donde Él estaba y, hecho un agujero, fueron descolgando la camilla en que yacía el paralítico. Al ver Jesús la fe de aquellas personas, le dijo al paralítico: Hijo mío, tus pecados quedan perdonados. Pero estaban allí sentados algunos escribas que se pusieron a razonar en su interior: (Lc 5) ¿Quién es éste que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?] Jesús, conociendo sus pensamientos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir: perdonados te quedan tus pecados; o decir: levántate y anda? Pues bien, para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados, levántate, dijo al paralítico, toma tu camilla y vete a tu casa. Y él se levantó y se fue a su casa ...» [Mt 9, 1-18 (Mc 2, 1-12; Lc 5, 17-26)]

Ya tuvimos ocasión de comentar hace algo más

de un año este episodio evangélico, y allí describimos el tipo de construcción de las casas en Galilea que, además solían disponer de una escalera exterior para acceder al terrado. Ahora nos detendremos en el perdón de los pecados que «el Hijo del Hombre» concede al que después habrá de curar.

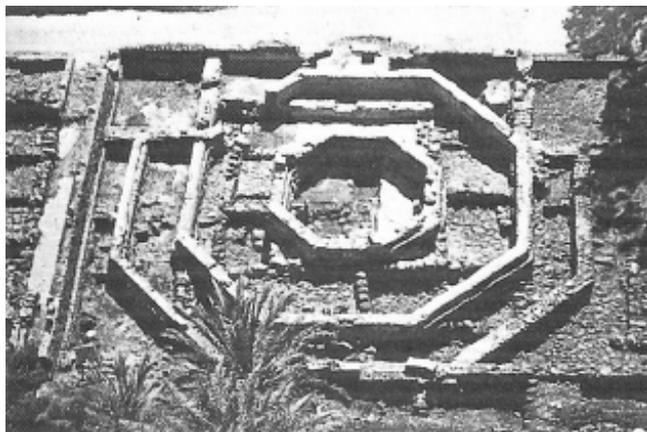
En el Antiguo Testamento vemos cómo la Ley de Moisés preveía la posibilidad de que los fieles obtuvieran el perdón de sus pecados, mediante ofrendas. El penitente entregaba en el Templo un animal de granja para ser sacrificado y este rito de ofrecimiento a Dios conseguía de Él el perdón. No era el rito el que perdonaba sino Dios mismo que aceptaba la ofrenda.

Entre los presentes en la casa, esta acción de perdonarle los pecados al paralítico, que Jesús ejerce públicamente, escandaliza a los escribas y fariseos que buscaban argumentos para cuestionar las enseñanzas de Jesús: «¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?». Jesús hace el milagro para mostrar su origen divino; el que tiene poder de perdonar los pecados también lo tiene para curar a un paralítico, y así lo hace. Jesús se denomina a sí mismo como el «Hijo del Hombre». Es un apelativo que usa mucho, y que es a veces un poco sorprendente sabiéndole Hijo de Dios; pero no hay ninguna contradicción en ello. Este apelativo es misterioso, y a su vez profético, porque con él se define al que es Dios y hombre verdadero; y así se reconoce en Jesús, al que ha asumido nuestra naturaleza humana para redimirnos.

Curiosamente, dice el evangelista: «... Y él se levantó y se fue a su casa. Al ver esto, las muchedumbres quedaron sobrecogidas de temor y glorificaban a Dios por haber concedido tal poder a los hombres ...» (Mt 9, 8). Este poder recibido de Jesucristo a través de los Apóstoles es el que han ejercido los sacerdotes en el sacramento de la Confesión. Ya no será precisa la ofrenda cruenta en el altar: Cristo mismo ha ofrecido el sacrificio cruento por el que el confesor nos absuelve de los pecados en su nombre.

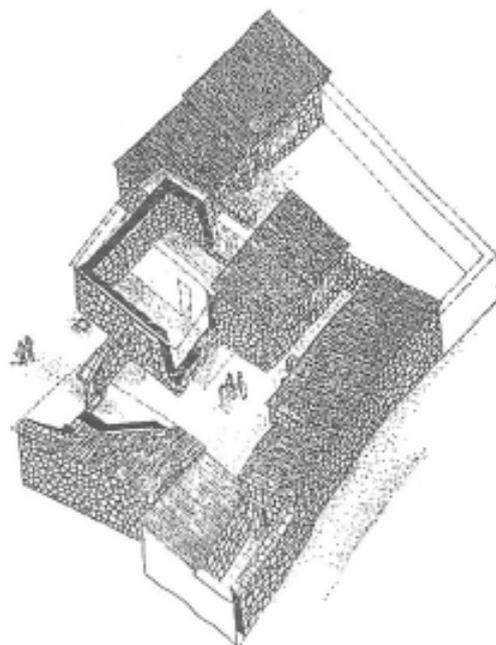
La casa de san Pedro

Los peregrinos a Tierra Santa visitan Cafarnaúm, cuyas ruinas fueron desenterradas a principios del siglo XIX. Se observan los cimientos de muchas casas, del estilo que ya hemos descrito en otras ocasiones, pero la casa de san Pedro se identifica porque ha sido objeto de culto de los primeros cristianos. Efectivamente, la localización de la casa de san Pedro en Cafarnaúm fue posible porque encima de los restos de una edificación, se encontraron los de una basílica bizantina de planta octogonal. Normalmente, la aparición de señales de culto antiguas, es muestra evidente de que se trata de un lugar considerado como reliquia.



Restos de la basílica de planta octogonal

En la recreación posible de la casa (ver figura inferior) se ha diseñado un patio interior «... Y tantos se congregaron, que ni en el patio cabían ...». Esto era muy común, especialmente en las casas grandes, pero no en todas. Las casas señoriales del monte Sión en Jerusalén tenían grandes patios con soportales: en uno de ellos negó Pedro al Maestro por tres veces; pero en las zonas rurales eran patios que servían más bien de corral o para guarda de utensilios de trabajo. Observamos que, en esta ilustración, no aparece el terrado practicable por el que se supone descendió el paralítico, pero es fácil de imaginar. Hoy las ruinas de la casa, a la que se superponen los cimientos de la basílica bizantina, está bajo una estructura metálica en la que se sitúa un altar, ante el cual los peregrinos asisten a la Santa Misa. Estas celebraciones eucarísticas, en los lugares en los que estuvo el mismo Jesús, son una gran fuente de gracia y consolación espiritual, y así lo hemos querido contemplar.



Reconstrucción ideal de la casa de san Pedro



Pequeñas lecciones de historia

El templo de la Sagrada Familia, Bocabella, Gaudí y... san José

GERARDO MANRESA

CUANDO el 3 de noviembre de 1883, José M^a Bocabella, hombre de profunda religiosidad y muy devoto de san José, promotor de la construcción del templo de la Sagrada Familia, se puso en contacto con el joven arquitecto Antoni Gaudí, una de las cosas que le dejó más intranquilo fue su despreocupación religiosa. Gaudí tenía entonces 31 años y, a pesar de la niñez y juventud pasadas en una familia muy religiosa en Reus, su vida de estudiante en Barcelona fue azarosa y parece que alejada del cumplimiento de sus obligaciones religiosas. A pesar de su inexperiencia, pues solamente hacía cinco años que tenía el título de arquitecto y apenas ningún encargo profesional, la recomendación del arquitecto Martorell, amigo de Bocabella, fue suficiente.

A pesar de su tibieza religiosa, el encargo del nuevo templo produjo impacto en el espíritu de Gaudí, y toda la vida recordó con satisfacción el ascenso a que le había llevado el encargo de Bocabella. Más tarde diría que fue una intervención de san José, pues el arquitecto encargado en un principio de la construcción del templo, Villar, nunca había renunciado a ningún encargo de una obra una vez iniciada, salvo en esta ocasión. De todas formas, Bocabella, que era librero e impresor, no perdía de vista al nuevo arquitecto y sufría por ver su frialdad espiritual. Pero, como buen apóstol, no cesó en su empeño de ir «calentando» el espíritu de Gaudí. En primer lugar, le regaló un libro, editado por él, titulado *El Año Cristiano*, recomendándole que lo leyera «para coger ideas de las figuras de los santos», cosa que Gaudí hizo con detenimiento. La lectura de este libro empezó a «calentar» espiritualmente a Gaudí y esto, junto con la ilusión del mismo encargo, empezó a tener influencia sobrenatural en su espíritu, pasando del escepticismo a la fe.

Es lógico que Bocabella tuviera esta preocupación por la religiosidad del arquitecto, pues la idea de fundar la Sagrada Familia obedeció a motivos de expiación; el acta que se puso en la primera piedra decía que el templo se levantaba «para mayor honra de la Sagrada Familia, para que despierten de su tibieza los corazones dormidos, exalte la fe, dé calor a la caridad...». Además, visto humanamente, era necesario que el arquitecto, para dar forma artística a dichas finalidades espirituales, estuviera influido por los efectos de estas súplicas y que el ambiente de fe y de expiación que giraba alrededor del templo penetraran íntimamente en su alma. La idea de Bocabella era hacer un santuario como el de Loreto, incluso con las mismas medidas, pues así había sido la casa de la Sagrada Familia.

Apenas recibió el encargo, Gaudí completó la obra de la cripta, ya iniciada, y pidió a Bocabella un período de un año para replantear toda la obra. En este período Bocabella y Gaudí se reunían prácticamente cada día, pues el librero quería saber exactamente lo que el arquitecto planeaba. En su primera etapa concibió el templo sin las precisiones de después, pero a medida que se iba impregnando en el espíritu que Bocabella le quiso imprimir, su persona quedó prendada de él y su fe le sugería nuevas ideas, hasta tomar cuerpo un proyecto muy superior al previsto. Bocabella iba viendo el fruto de su apostolado y la labor de san José en el alma de su arquitecto. César Martinell, discípulo de Gaudí, en su libro *Gaudí, su vida, su teoría y su obra*, escribe: «y en virtud de esa ley armónica que relaciona la ética con la estética, por los caminos del arte llegó a la religión. Y ya metido en ella, arte y religión colaboraron en la grandiosa concepción que le hizo famoso. En la Sagrada Familia vio unificadas la grandiosidad de un templo y las verdades de la fe. Lo que más le impresionó de esta fe quiso plasmarlo al socaire del templo».

Esta labor de san José, iniciada por medio de Bocabella, en Gaudí, no fue únicamente para la construcción del templo sino que toda la persona de Gaudí fue transformada. En 1889 y en los años siguientes, los amigos de Gaudí en las tertulias que tenían en el Ateneo Barcelonés, explican, especialmente Palau i Dulcet, que había perdido todo resabio anticlerical y que simpatizó con él por ser «humilde, creyente y trabajador. Era un gozo escuchar su dulce palabra. Pienso que san Francisco hablaría como él». Este aspecto místico y dulcificado permite creer que el efecto del «recalentamiento» de su espíritu era ya un hecho.

Cuando en 1891 murió Bocabella pudo sentir la satisfacción de haber visto y contribuido a la metamorfosis espiritual del arquitecto y siempre lo atribuyó a la intercesión de san José, como el mismo arquitecto.

No hay duda de que la construcción de la Sagrada Familia cambió la vida de Gaudí y, a partir de entonces, en todos los encargos que recibió Gaudí puso su sello característico, es decir el sello de la Sagrada Familia, los nombres de Jesús, María y José, que aparecen por todas ellas, junto con el signo de la cruz.

¡Estos fueron los sellos de su vida!

Se confirma en Gaudí lo que dice santa Teresa de Ávila sobre san José: «No me acuerdo haberle suplicado cosa alguna que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo, así de cuerpo como de alma».



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

La Iglesia venera a los santos en sus reliquias

LA Iglesia reconoce que Jesucristo es el único Salvador y Mediador entre Dios y los hombres. Sin embargo, Cristo en muchas ocasiones ha querido otorgar sus gracias a través de instrumentos, sean personas o cosas. Así, leemos en el Antiguo Testamento cómo Eliseo recibe de Elías el manto con el cual hace milagros y en el Nuevo cómo una mujer con flujos de sangre quedó curada inmediatamente al tocar el manto de Jesús o hasta la misma sombra de san Pedro curaba a los enfermos. Por ello, la Iglesia desde los primeros siglos ha venerado las reliquias de los santos en reconocimiento del poder omnipotente de Dios que se ha manifestado y quiere seguir manifestándose a través de ellos.

Prueba de ello la constituyen las múltiples ocasiones en que durante este año la Iglesia ha propuesto a sus fieles la veneración extraordinaria de diferentes reliquias. El pasado mes de octubre el barco-capilla *Padre Werenfried* inició en Rusia un recorrido de más de tres mil kilómetros, desde la desembocadura del río Volga hasta Moscú, llevando las reliquias de santos y mártires que vivieron antes de la división introducida en la Iglesia por el Cisma de Oriente –san Juan Bautista, santa Ana, el apóstol Bartolomeo, los mártires san Esteban y san Lorenzo, san Jorge, san Juan Crisóstomo y san Cirilo– con la intención de ser «un catalizador del diálogo entre la Iglesia ortodoxa y la Iglesia católica». Y en Singapur las reliquias de san Pío de Pietrelcina congregaron también a centenares de personas.

Ya informamos anteriormente de la visita de las reliquias de santa Teresita del Niño Jesús a Sudáfrica y mientras en Inglaterra se expuso el pasado mes de junio en la catedral de Westminster las reliquias de san John Southworth, uno de los cuarenta mártires ingleses de la Reforma, con ocasión del cuarenta aniversario de su canonización, Benedicto XVI veneraba las reliquias de san Celestino V en la cripta de la catedral de Sulmona durante su visita pastoral a esta ciudad italiana. También las reliquias de san Juan Bosco llevan más de un año recorriendo el mundo entero en preparación para la celebración del próximo bicentenario del nacimiento del fundador de los salesianos que tendrá lugar en 2015 y han sido millones los fieles que han pasado a venerar la Sábana Santa de Turín durante la solemne ostensión que finalizó el pasado mes de mayo.

San Juan María Vianney ha sido otro de los santos cuyas reliquias han sido veneradas en diferentes países durante el recientemente concluido Año Sacerdotal y más de doscientas mil personas visitaron la basílica de San Antonio de Padua del 15 al 20 de febrero para la ostensión excepcional del cuerpo del santo. Finalmente podemos destacar también la presencia de las reliquias de santa Bernardette en Roma con ocasión del veinticinco aniversario del Consejo Pontificio para la Salud, que fueron trasladadas en procesión por toda la vía de la Conciliación.

Y también el pasado mes de agosto fueron encontradas en un relicario del monasterio de la isla San Iván (Mar Negro) unas reliquias de san Juan Bautista. Las reliquias corresponden a seis falanges de los dedos, parte de la mandíbula superior, un diente, un hueso del talón y varios huesos más pequeños.

Cinco obispos anglicanos vuelven a la Iglesia católica

EL arzobispo de Canterbury, Rowan Williams, ha aceptado la renuncia de cinco obispos de la Iglesia de Inglaterra que han solicitado entrar en comunión plena con la Iglesia católica. Los reverendos Andrew Burnham, obispo de Ebbsfleet; Keith Newton, obispo de Richborough, John Broadhurst, obispo de Fulham, Edwin Barnes, emérito de Richborough y David Silk, auxiliar emérito de Exeter, siguiendo la constitución apostólica *Anglicanorum coetibus*, publicaron el pasado ocho de noviembre una declaración conjunta anunciando su renuncia y su intención de sumarse al Ordinariato inglés cuando sea establecido.

En dicha declaración los obispos muestran su aflicción al ver «cómo anglicanos y católicos se han alejado, en los últimos treinta años, en distintos temas», resaltando su consternación al ver «distintos desarrollos en asuntos de fe y orden en el anglicanismo que, creemos, son incompatibles con la vocación histórica del anglicanismo y la tradición de dos mil años de la Iglesia. La constitución apostólica *Anglicanorum coetibus* –afirman– fue una respuesta a los anglicanos que buscan la unidad con la Santa Sede, (...) una unidad que, creemos, es posible sólo en la comunión eucarística con el Sucesor de san Pedro.» En este sentido, el reverendo Broadhurst explicaba al diario *The Times* que la re-

nuncia «tiene como trans fondo la consagración episcopal de mujeres pero, en realidad, tiene que ver con una oferta del Papa que sentíamos no poder rechazar». Y vaticinó que miles de seglares van a pasarse a la fe de Roma.

Mientras, la Santa Sede ya está dando los pasos hacia el establecimiento de ordinariatos en el Reino Unido, los Estados Unidos, Canadá y Australia. La Congregación para la Doctrina de la Fe ha aprobado recientemente los programas de preparación para los laicos y de formación para el clero que busca ser reconciliado a través del Ordinariato. En orden al establecimiento de los ordinariatos, se prevén dos etapas para el próximo año: la reconciliación y ordenación de los clérigos que hayan pedido ser admitidos al orden sagrado en el Ordinariato y hayan sido aceptados y, en una fecha posterior, las primeras reconciliaciones de fieles laicos.

Continúa el exterminio de cristianos en Iraq

EL pasado 31 de octubre cincuenta y ocho personas, entre rehenes y oficiales de policía, fueron asesinadas y veinticinco permanecen muy graves cuando fuerzas de seguridad entraron en la iglesia de Sayida An Nayá (Nuestra Señora del Socorro) en Bagdad para liberar a más de cien católicos iraquíes que habían sido capturados por miembros del Estado Islámico de Iraq, conglomerado de grupos terroristas vinculado a Al Qaeda.

En su mensaje reivindicativo del atentado, el Estado Islámico de Iraq explica que la agresión fue lanzada contra «uno de los bastiones de la apostasía» que los cristianos de Iraq «toman como sede para la guerra contra la religión del islam» y asegura que «se ha acabado el plazo dado a la Iglesia cristiana en el Egipto musulmán para que aclare la situación de nuestras hermanas retenidas y para que las ponga en libertad», en referencia a supuestas conversiones al cristianismo de mujeres musulmanas «detenidas en las cárceles de los monasterios y las iglesias de la infidelidad en Egipto». Además, el grupo terrorista anuncia que «todos los centros, organizaciones y organismos cristianos, con sus dirigentes y seguidores, son objetivos legítimos para los muyahidín allá donde puedan ser alcanzados». Y la amenaza no sólo se extiende a la Iglesia copta sino que se exige también al Vaticano que se desvincule de dicha Iglesia si no quiere convertirse en blanco de los ataques de Al Qaeda. «Que sepan estos infieles y su cabeza el Vaticano que la espada de la muerte no se va a levantar de los cuellos de sus seguidores hasta que (el Vaticano) anuncie que no tiene nada que ver con lo que hacen los perros de la Iglesia egipcia (...) para poner fin a los crímenes y poner en

libertad a las detenidas en las cárceles de sus monasterios», insistiendo en que si la jerarquía de la Iglesia católica no toma esta postura «se abrirán las puertas de la destrucción y los mares de sangre».

Once días después de estos sucesos, tres personas más murieron y al menos treinta resultaron heridas como consecuencia de una serie de ataques con bombas y mortero contra cristianos en varios puntos de la capital iraquí. A lo largo de dos horas, los autores de los ataques hicieron detonar unas catorce bombas artesanales en varias casas de cristianos y una iglesia en los barrios de Camp Sara, Al Wehda y Al Ghadir y efectuaron una ronda de disparos de mortero en el distrito de Al Dura, al sur de la capital.

Los ataques islamistas han reducido la población de cristianos de un millón y medio de fieles a tan solo cuatrocientos mil. Los cristianos iraquíes se han replegado hacia el norte, donde el Gobierno regional del Kurdistán parece aún capaz de proveerles de cierta seguridad, y la cifra de refugiados toma ya unas proporciones astronómicas. Unas once mil familias de Bagdad y Basora se han refugiado en el Kurdistán en los últimos tres años.

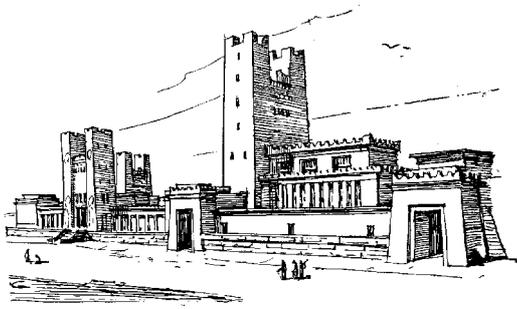
Estadísticas de la Iglesia en España

CON motivo de la visita de Benedicto XVI a España, la Santa Sede ha publicado los datos estadísticos de la Iglesia católica en España a fecha 31 de diciembre de 2009. Según la nota informativa, el número de fieles bautizados en la Iglesia católica asciende a 42.470.000 personas, el 92,5 % de la población española.

Las circunscripciones eclesiásticas en España son 70 (69 diócesis y el arzobispado castrense), en las que hay 22.674 parroquias y 45.261 otros centros pastorales. El número de obispos ascendía a finales de 2009 a 124, los sacerdotes diocesanos eran 16.859 y 7.990 los sacerdotes religiosos, es decir, un sacerdote por cada 1.709 católicos.

Hay asimismo 326 diáconos permanentes, 3.946 religiosos no sacerdotes, 50.653 religiosas, 2.786 miembros laicos de institutos seculares, 33 misioneros laicos y 101.261 catequistas. Además, el número de seminaristas mayores ascendían a 1.963 y 1.943 eran los seminaristas menores.

La Iglesia católica en España sirve a 1.738 escuelas maternas y primarias, 3.694 escuelas secundarias y secundarias y 153 centros de educación superior y universitaria, con 265.348, 1.136.437 y 104.644 alumnos, respectivamente, a 93 hospitales, 72 ambulatorios, una leprosería, 788 casas de ancianos e inválidos, 435 orfanatos, 301 consultorios familiares y centros para la protección de la vida y otras cuatrocientas instituciones sociocaritativas.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

El multiculturalismo ha muerto... al menos en Alemania

Es lo que ha afirmado la canciller alemana Angela Merkel en un discurso ante las juventudes de su partido en la localidad de Postdam. Abordando los esfuerzos por integrar a la población inmigrante establecida en Alemania, en su mayor parte musulmana de origen turco, Merkel sostuvo que «Este enfoque multicultural ha fracasado, fracasado por completo». Y agregó: «A principios de los sesenta nuestro país convocaba a los trabajadores extranjeros para venir a trabajar a Alemania y ahora viven en nuestro país (...) Nos hemos engañado a nosotros mismos. Dijimos: “No se van a quedar, en algún momento se irán”. Pero esto no es así». Lo cierto es que la población de origen turco alcanza casi los tres millones, superando al total de extranjeros procedentes de la Unión Europea y triplicando al segundo grupo de extranjeros, el de los provenientes de la antigua Yugoslavia.

El multiculturalismo, nacido en las facultades más izquierdistas de las principales universidades europeas y norteamericanas, proclama las bondades de la diversidad y, al mismo tiempo, del igualitarismo, a partir de un relativismo cultural que se declara incapaz de juzgar entre diferentes opciones culturales. Ante la nueva situación, común a la mayoría de países occidentales, de minorías étnicas importantes presentes en lo que antes eran sociedades más o menos homogéneas, el multiculturalismo se opone a cualquier atisbo de integración en una supuesta cultura común, la del país de acogida, que según ellos no tiene ningún derecho a imponer su visión sobre la de otros grupos con una cultura distinta. De ahí que se deba permitir la creación de guetos para cada una de las culturas minoritarias en los que se pueda vivir de acuerdo con sus valores y criterios. Por ejemplo, en el caso de la comunidad islámica en Gran Bretaña, ésta debería poder tener sus escuelas, tribunales y, por qué no, incluso sus propias leyes. Además, como el multiculturalismo se aplica solamente en países occidentales (nadie se ha atrevido a proponerlo en el mundo islámico), la pretendida neutralidad se traduce en una inequívoca animadversión hacia la herencia cultural occidental y, por ello mis-

mo, cristiana. Se cumple así aquello de Orwell en *Rebelión en la granja*, aunque esta vez no se trate de animales sino de culturas: «todas las culturas son iguales, aunque algunas son más iguales que otras».

El problema estriba en que, si bien son muchos quienes ven el carácter nocivo del multiculturalismo y sus peligros, pocos son los que se atreven a ofrecer una alternativa. Porque si bien el multiculturalismo nos aboca al fracaso como sociedad, ¿qué alternativa puede ofrecer Occidente? Se tratará de algo más que de aprender a hablar bien el alemán, como reclamaba Angela Merkel. Tocamos aquí a la definición de cómo debemos organizar la vida en común y qué es lo que consideramos bueno para esta vida. Resulta imposible fundar esa vida en común desde el liberalismo relativista hegemónico en Europa, por lo que la única alternativa real es una vuelta de nuestras sociedades a Dios, abandonando lo que André Glucksman tildaba no hace mucho de intento suicida, el experimento, inédito en la historia, de una civilización que pretende vivir como si Dios no existiera (quizás habría que recordar aquí aquello de que cuando el hombre ha querido construir el mundo sin Dios ha creado un infierno). Occidente, pues, se debate entre el regreso a la fe que lo sacó de la barbarie y el secularismo, más o menos agresivo, que parece dominar nuestro tiempo. Debate que no se alargará mucho, pues la demografía europea lo resolverá pronto si no hay un rápido cambio de rumbo.

Terrible matanza de católicos en la catedral de Bagdad

COMO confirmando de modo trágico las advertencias que se pudieron escuchar en el reciente Sínodo de Obispos para Oriente Medio, una semana después de su clausura se ha producido en la catedral de Bagdad un brutal atentado, cometido por terroristas islamistas, en el que han muerto al menos 52 personas y 67 más han quedado heridas graves, mientras asistían a misa. Una masacre que se enmarca en el sangriento rosario de mártires cristianos en países musulmanes que se acrecienta cada semana que pasa.

El Papa, durante el rezo del Ángelus, afirmó res-



La catedral católica de Bagdad tras el atentado

pecto de este atentado que «se trata de una violencia absurda y feroz contra personas indefensas, que hay que denunciar alto y claro, comenzando por nuestra sociedad occidental que, en ocasiones, parece mirar hacia otro lado, como si la matanza sistemática de cristianos en el mundo no fuera con ella», para añadir que «la paz, que es don de Dios, también es el resultado de los esfuerzos de los hombres de buena voluntad, de las instituciones nacionales e internacionales y en particular de los estados que están directamente implicados en la búsqueda de la solución de los conflictos».

Como señalábamos antes, la masacre es sólo un paso más dentro de una persecución constante y cada vez más cruenta hacia las comunidades cristianas de Iraq, Irán, Pakistán y Oriente Medio en general, que no sólo deja mártires sino también un éxodo masivo sin precedentes en las últimas décadas. Comunidades cuyo origen se remonta a los tiempos apostólicos y que testimonian el primer impulso evangelizador de los discípulos de Cristo. Por desgracia, este retroceso de la presencia cristiana en la zona, si bien ahora vive una fuerte intensificación, siempre ha sido uno de los objetivos islámicos. Dejando aparte la presión a la que se vieron sometidos los cristianos en los tiempos de Mahoma y centrándonos en los últimos siglos, la imposición forzosa del credo chiíta por parte de la dinastía Safavida en Irán desde el siglo xvi redujo la presencia cristiana en Persia a niveles anecdóticos. En territorio otomano, y ya en el siglo xx, los pogroms contra armenios, asirios y griegos fueron frecuentes. La revolución iraní de 1979 liderada por Jomeini recrudeció la persecución anticristiana, suavizada en tiempos de los Pahlevi.

Los números hablan por sí solos: los no musulmanes en Irán se han reducido en más de dos tercios desde 1979. Los cristianos asirios han pasado de los cien mil a mediados de los años setenta del siglo pasado a apenas quince mil en la actualidad. En el vecino Iraq, se calcula que desde 2003 han huido del país cerca de cuatrocientos mil cristianos. Junto a la persecución física y la expulsión, se está produciendo también la expropiación generalizada de escuelas, iglesias y otros bienes de las comunidades cristianas a manos del gobierno, las autoridades locales o incluso organizaciones islamistas. Ante la pasividad de un Occidente incapaz de exigir la más mínima reciprocidad, a las cristiandades de Oriente sólo les queda confiar en la Providencia, en la confianza de que nada ocurre sin sentido en la historia de la Salvación.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Noviembre

General: Para que cuantos son víctimas de la droga y de toda forma de adicción encuentren en el poder de Dios Salvador la fuerza de cambiar radicalmente su vida, gracias al apoyo de la comunidad cristiana.

Misionera: Para que las Iglesias de América Latina prosigan la misión continental propuesta por sus obispos, insertándola en la tarea misionera universal del Pueblo de Dios.

Diciembre

General: Para que la experiencia del sufrimiento sea ocasión para comprender las situaciones de malestar y de dolor de las personas solas, enfermos y ancianos, y estimule a todos a salir a su encuentro con generosidad.

Misionera: Para que los pueblos de la tierra abran las puertas a Cristo y a su Evangelio de paz, fraternidad y justicia.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

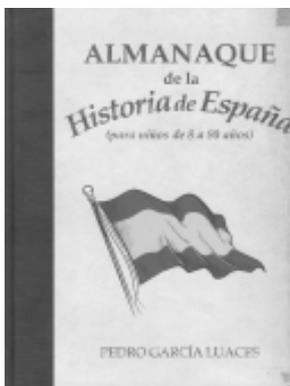
Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:



El apocalipsis oculto
Autor: Jesús Trillo-Figueroa,
Editorial: Sekotia
páginas páginas
Precio: 24,00 €
Suso de la Torre y Marta Palacio son dos jóvenes periodistas que reciben el encargo de asistir a la presentación de la película *Ágora* con el fin de hacer la crítica para la prensa. Sin que lo deseen se verán involucrados en un mundo peligroso, donde los intereses políticos, las sectas masónicas y las redes luciferinas se cruzan con la labor de investigación y llevan a los dos jóvenes periodistas a compartir momentos de tensión y angustia.

Los poderes en la sombra desean poner en práctica sus estrategias de poder en un irreversible Nuevo Orden Mundial.



Almanaque de la Historia de España
Autor: Pedro García Luaces
Editorial: Ciudadela
408 páginas
Precio: 25,90 €
La épica de la Reconquista, el espíritu y los ideales que animaron a los conquistadores, la maestría de pintores, poetas y literatos, acontecimientos políticos decisivos... todo queda recogido a lo largo de los 365 días del año, en breves textos y amenas recreaciones, un sugerente suceso histórico para cada día del año; una entretenida manera para que los más pequeños aprendan los hechos capitales que jalonan nuestro pasado. Este libro es una fuente de inspiración e información sobre nuestros héroes, reyes y grandes hombres, y las empresas que acometieron. Además, se incluyen, cada día, otras efemérides mundiales.



El misterio del Corazón de Jesús en Benedicto XVI
Autor: VV.AA.
Editorial: Instituto Teológico San Ildefonso
45 páginas
Precio: 3,00 €
Con motivo del 50 aniversario de la encíclica *Haurietis aquas*, Benedicto XVI afirmó que «el culto al Corazón de Jesús tiene una importancia insustituible para nuestra fe y para nuestra vida en el amor». El «Aula de Teología desde el Corazón de Jesús» del Instituto Teológico «San Ildefonso» de Toledo ofrece una recopilación de varios documentos de Benedicto XVI en los que el Papa aborda el tema del Corazón de Jesús.



Verbum Domini. La Palabra del Señor
Autor: Benedicto XVI
Editorial: San Pablo
238 páginas
Precio: 4,00 €
«La Palabra del Señor» es el título de esta exhortación, en la que el Papa afirma, entre otras cosas, que el tiempo de la Iglesia «ha de ser cada día más el de una nueva escucha de la Palabra de Dios y de una nueva evangelización». Benedicto XVI invita también a los laicos a comprometerse con la tarea de «intervenir directamente en la acción social y política», señala como objetivo de la Iglesia «descubrir la centralidad de la Palabra de Dios» y llama a la Iglesia a utilizar «los medios más eficaces –como los nuevos medios de comunicación e internet– para proclamar la Palabra».

CONTRAPORTADA

Qué es el Papa

«El dulce Cristo en la Tierra», le apellidó santa Catalina de Siena. Aquél por quien Cristo es romano, había escrito el Poeta de la Divina Comedia. El Padre Santo, lo llama la voz unánime de los fieles.

[...]

Pero si la Iglesia debía ser una, y Cristo la quiso tal, era necesario que estableciese en ella un principio infrangible de unidad, y éste fue Pedro entre los Apóstoles y continúa siéndolo hasta la consumación de los siglos el Papa entre los obispos. A Pedro y al Papa constituyó Cristo centro de unidad depositando en el solo la plenitud del poder de que quiso investir a su Iglesia, y haciendo depender de tal plenitud el poder distribuido a los demás jerarcas. Antes que a todos los Apóstoles en conjunto dijese «los pecados que perdonareis en la tierra serán perdonados en el cielo»; había ya dicho a Pedro en particular: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; y te daré las llaves del cielo, lo que atares en la tierra atado será en los cielos, y lo que desatares en la tierra, desatado será en los cielos.» A Pedro solo dijo el Señor que confirmase a sus hermanos: que apacentase sus corderos, apacentase sus ovejas.

Al Papa confió el Señor las dos grandes prerrogativas que garantizarían a su Iglesia la perennidad: el primado y el magisterio infalible. Al Papa compete el magisterio infalible. Al Papa compete el primado no sólo de honor sino también de jurisdicción. El, además de ser el primero de los obispos, tiene una autoridad de orden superior que nos alcanza directamente a todos los miembros de la Iglesia, los simples fieles, los sacerdotes y los mismos obispos. La asistencia del Espíritu Santo asegura al Papa la infalibilidad en el ejercicio de su magisterio supremo e inapelable, de manera que en materia de fe y costumbres él no puede engañarnos así como la Iglesia universal no puede ser engañada.

El Papa con estas sus prerrogativas es uno de los mayores dones que el Señor nos otorgó en la Iglesia católica, pues por él nuestra vida religiosa se desenvuelve segura, sin temor de caer víctima de las asechanzas del Maligno, que de otro modo fácilmente se insinuaría como lobo vestido de oveja. Ahora estamos seguros de que nuestros sacerdotes no nos conducirán por caminos tortuosos. ¿En qué se apoya tal confianza? En que nos enseñan con sujeción a las directivas del Romano Pontífice.

Por todo esto cuando como ahora se nos brinda una ocasión propicia para rendir acatamiento al Santo Padre, es justo que pongamos en nuestro homenaje los más acendrados sentimientos de respeto filial, de entusiasmo y de generosidad.

No tengamos la menor duda de esto: el fervor de nuestro homenaje al Papa señalará el grado de nuestro catolicismo.

Siervo de Dios BARTOMEU XIBERTA